

Marzo 2005 3

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Renovar nuestra oración por las víctimas del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 223
- Homilía con motivo del Primer Aniversario de los atentados terroristas en Madrid ocurridos el 11 de marzo de 2004 226
- Palabras finales de agradecimiento en el funeral del Primer Aniversario por las víctimas de los atentados terroristas en Madrid 231
- Mirar a Cristo crucificado 233
- Carta Pastoral con motivo de la celebración del "Día del Seminario" 236
- Carta al Santo Padre 240
- La victoria de Jesús es nuestra victoria 242

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Acuerdo de Colaboración entre la parroquia territorial de Santa María Magdalena y la parroquia personal de habla inglesa Our Lady of Mercy 245
- Nombramientos 248
- Sagradas Órdenes 249
- Defunciones 250
- Actividades del Sr. Cardenal. Marzo 2005 252
- Comunicación 254

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- 50 Aniversario de la Hermandad de Jesús de Medinaceli - Alcalá 261
- Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Mónica 267
- Eucaristía por las víctimas del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 271
- Celebración del matrimonio de Mercedes Hermoso y Esteban Ruiz 277
- Colación de misterios de lector y acólito 283
- Celebración del Domingo de Ramos 288
- Misa Crismal 292
- Misa "In Coena Domini" del Jueves Santo 297
- Celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo 302
- Domingo de Pascua de Resurrección 305

VICARÍA GENERAL

- Defunciones 310
- Actividades diocesanas 311

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades del Sr. Obispo. Marzo 2005 313

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta con motivo del Día del Seminario 315

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Estadísticas del Seminario de Getafe 317
- Colectas Día del Seminario 319

DELEGACIÓN DIOCESANA DE PATRIMONIO ARTÍSTICO Y CULTURAL

- Convenio entre el Excmo. Ayuntamiento de Navalcarnero y la Diócesis de Getafe 325

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Mensaje a los participantes en el Curso sobre el fuero interno 337
- Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo 340

Conferencia Episcopal Española

- Nota del Comité Ejecutivo sobre el Anteproyecto de la Ley Orgánica de Educación 347

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIII - Núm. 2766 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**HOMILÍA EN LA MISA DE LOS JÓVENES POR EL
SANTO PADRE JUAN PABLO II**

Explanada de la Catedral de La Almudena,
4.IV.05, 21'00 horas

Madrid, 4 de Abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor,
Mis queridos jóvenes:

Los jóvenes, ¿ante la muerte de un santo?

Celebramos esta Eucaristía por nuestro queridísimo Santo Padre, Juan Pablo, recurriendo de este modo a la forma de oración más eficaz a los ojos de Dios y la más valiosa que podemos presentar los hombres. Ofrecer el sacrificio eucarístico por él es la muestra de recuerdo emocionado y de amor -¡de vuestro cariño!- más auténtica y mejor que podéis tributarle en estas horas tan cercanas aún a su muerte, cuando su cadáver acaba de ser trasladado a la Basílica de San Pedro para la veneración de los fieles. Le habéis llamado amigo ¡tantas veces!; le habéis dicho en privado y en público ¡clamorosamente! que le quiere todo el mundo; habéis usado la expresión “padre”, ¡Santo Padre!, con toda la naturalidad propia de vuestro

estilo juvenil, nada dado a fórmulas hipócritas cuando de lo que va es de amistad sincera y de afectos incuestionables, hondos y duraderos. ¿A quién mejor que a Jesucristo, del que Juan Pablo II fue Vicario en la tierra tantos años, de forma tan abnegada y transparente, y a éste Resucitado, podemos encomendar nuestras súplicas y deseos de que goce ya eternamente con Él de la Gloria de su Reino? Si es el mismo Señor que se pone a nuestro lado y el que por el ministerio del sacerdote va a ofrecer en esta celebración eucarística su oblación sacerdotal en la Cruz, su Carne y su Sangre, su vida entregada, para que la hagamos nuestra con toda la Iglesia: por la fe, por la esperanza y, sobre todo, por la caridad de nuestros corazones arrepentidos que ante el Señor en el Sacramento de la Penitencia han dicho no al pecado que nos mata el alma. ¡Vivamos así la Eucaristía de esta noche en la explanada de la Catedral de la Virgen de La Almudena ofreciendo por el Papa el sacrificio espiritual de un corazón limpio! Todo nos hace suponer que él participa ya gloriosamente en ese único y victorioso sacrificio que Jesucristo Crucificado, el Sacerdote eterno, presenta a la Gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, intercediendo eternamente por nosotros: los vivos y los difuntos. ¡Seamos sinceros! ¿no nos sale del alma afirmar que el nombre que le cuadra a Juan Pablo II a la vista de todo lo que hemos conocido, vivido y recibido de Él como nuestro Padre y Pastor es el de SANTO? Lo que podría haber de convencional en esa forma de llamarle en vida “Santo Padre” ¿no desaparece y se diluye totalmente en esta hora de su llamada a la Casa del Padre? ¿Ante las imágenes que se nos acumulan en la visión interior del alma no estamos legitimados para confesar con toda verdad que Juan Pablo II vivió y murió como un santo?

Aquel joven Karol Wojtyła que perdió muy pronto a su madre y a su único hermano; más tarde a su padre; que sufre en directo los dos períodos de mayor persecución de los cristianos que conoció el mundo -el nacionalsocialista y el comunista-; que dedica toda sus extraordinarias dotes intelectuales, humanas y espirituales, su innata y noble forma de mostrar afecto, de ser generoso... al amor indiviso del Señor que le llama en su joven madurez al sacerdocio, muy pronto al episcopado que ejerce en sus tiempos de Arzobispo de Cracovia con el estilo propio de los testigos indomables de la fe y del amor cristianos; y que, luego, como Sucesor de Pedro, se mostró dispuesto a amar a nuestro Señor “más que a éstos” hasta dar la vida por Él y por los hermanos, sufriendo en su propia carne el golpe mortal del terrorismo enemigo del Evangelio y gastando y desgastando toda su vida hasta el último aliento al servicio de Cristo, el Salvador del hombre, como instrumento de su amor salvador a los hombres de nuestro tiempo... ¿no nos obliga a mirarle en nues-

tra memoria agradecida y conmovida de hijos y amigos muy queridos como un santo? Vosotros, queridos jóvenes, fuisteis sus amigos, de los más preferidos; os contaba y le contabais entre los mejores amigos. ¿Verdad que os sale del alma reconocer públicamente: fue un santo?

La fidelidad de vuestra amistad: ¡a prueba!

La fidelidad de vuestra amistad la ponéis a prueba hoy y todos estos días en vuestra oración y en vuestras manifestaciones públicas de amor al Papa de vuestras vidas, al Papa de vuestra juventud. ¡Es preciso que deis un paso más! Que no olvidéis todo lo que os ha encarecido y encargado en los inolvidables encuentros vividos juntos, sobre todo en los de España y, muy en especial, en los de Madrid. Retornad con vuestros recuerdos al último, el de “Cuatro Vientos”, atardecer del tres de mayo del año 2003:

“Queridos jóvenes, os invito a formar parte de ‘la Escuela de la Virgen María’. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la acción de la contemplación, así contribuiréis a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas... decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos”

“Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Mantenéos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestras vidas que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo...”

“Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! y, como los nuevos santos ¡no tengáis miedo a hablar de Él! pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino...”

“Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es tarea de todos...; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: ‘Sígueme’ ... no la

acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida”

“¡Un joven de 83 años! Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!”

¡Queremos ser testigos de Jesucristo!

Queridos jóvenes de Madrid: ¿vamos a desilusionar ahora, precisamente ahora, al Papa? Respondedle con corazón comprometido y ferviente: ¡queremos ser testigos de Jesucristo! ¡Queremos ser los protagonistas de un mundo nuevo en una España y en un Madrid, nuevos! ¡Estamos firmemente decididos a llevar las aguas siempre y eternamente frescas del Evangelio a las raíces más profundas de las personas y de la sociedad! ¡Estamos dispuestos a empeñar nuestras vidas! El Papa confesaba gozoso a los jóvenes de Madrid reunidos por centenares de millares en el Estadio Bernabéu también en un atardecer, el del 3 de noviembre del año 1982, en su primer viaje apostólico a España como “Testigo de Esperanza” lo siguiente: “No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros”. Lo que les propuso en aquél momento jubiloso fue el programa de las Bienaventuranzas para vencer al mal con el bien, y les habló de Jesucristo y de su amistad como el único camino para conseguirlo: “Haced la experiencia de esta amistad con Jesús”.

Sí, ¡hacedla, queridos jóvenes de Madrid, vosotros, la juventud del Tercer Milenio, la juventud del Papa -como os gusta denominaros a vosotros mismos-, sin miedo, valientemente! ¡Entonces comprobaréis cómo se os llenará el corazón de la gracia del Resucitado, de la vida plena y feliz, que salta hasta la vida eterna! ¡Así no defraudaréis a vuestro gran amigo y padre, el Papa Juan Pablo II!

Se trata pues de decirle “sí” al Señor con nueva creatividad y perseverancia como María el día en que le fue anunciado por el Ángel que iba a concebir en su seno a la Palabra: que iba a ser la Madre de Jesús, el Hijo del Altísimo, la Madre de Dios. No lo dudó, se introdujo en el dinamismo sobrenatural de la propia obediencia de su Hijo Jesucristo, que cuando “entró en el mundo dijo: ‘Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: ‘Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad’ ... Y conforme a esa voluntad todos

quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre” (cfr. He 10.4-106).

Incorporarse al Sí de María

Este es nuestro gran reto, queridos jóvenes: ¡incorporarnos al sí de María para que se haga realidad en nosotros el sí de Jesucristo, siguiendo el ejemplo de los santos! “¡No tengáis miedo a ser santos!”, nos animaba Juan Pablo II en el Monte del Gozo compostelano en la mañana luminosa del 20 de agosto de 1989 en la Eucaristía de la inolvidable IV Jornada Mundial de la Juventud con una fuerza de convicción espiritual y con un tono vibrante que nos arrebatava.

¡Que vuestra fórmula de despedida al Papa en la tierra, al Papa que tanto habéis querido, sea la de la confianza íntima de corazón a corazón, comunicándole: ¡queremos perder el miedo a ser santos! ¡caminaremos por la senda que tú nos has marcado...! Y, por ello, con tus mismas palabras, las de tu oración a María en “Cuatro Vientos” al finalizar la vigilia de oración con nosotros, le rogamos hoy a Santa María Inmaculada, Virgen de La Almudena:

“¡Dios te salve, María, llena de gracia!
Esta noche te pido por los jóvenes de España,
jóvenes llenos de sueños y esperanzas.
Ellos son los centinelas del mañana,
el pueblo de las Bienaventuranzas;
son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa.
Santa María, madre de los jóvenes,
intercede para que sean testigos de Cristo Resucitado
apóstoles humildes y valientes del tercer milenio,
heraldos generosos del Evangelio.
Santa María, Virgen Inmaculada,
reza con nosotros,
reza por nosotros.”

¡María! lleva a quien ha sido “todo tuyo”, a Juan Pablo II, el Vicario de tu Hijo en los años de nuestra juventud, cerca de Él para que lo introduzca como al servidor bueno y fiel en la Asamblea de los Ángeles y de los Santos por toda la eternidad.

Amén.

CARTA CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO II

Madrid, 2 de abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El Papa ha muerto, ha llegado ya al umbral de la Casa del Padre para el definitivo encuentro con Jesucristo Resucitado. Así lo esperamos firmemente y así lo pedimos fervientemente al Señor a quien ha servido como su Vicario y como buen Pastor de su Iglesia con entrega y amor admirables durante más de un cuarto de siglo. Se lo confirmamos a María, Madre del Señor y Madre nuestra, la Reina del Cielo, a la que Juan Pablo II dedicó su vida y consagró su ministerio con ternura filial, declarándose “todo tuyo” –“Totus tuus”-.

Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado ya con Él. Sí, es lícito afirmar a la luz de la biografía del Santo Padre, sobre todo desde el momento de su elección como Sucesor de Pedro hasta estos últimos días de su cruel enfermedad, que no vivió para sí mismo, que vivió siempre para el Señor y que muere para Él: ¡verdaderamente en la vida y en la muerte ha sido y es del Señor! (cfr. Rom 14 7-9). Más aún, todo lo que nuestro recuerdo vivo -¡el recuerdo de los hijos!- nos trae a la memoria de su Pontificado, heroico y martirial como los de la primera hora del Papado, nos obliga a sostener que el Papa de este tiempo

nuestro, el del paso del segundo milenio al tercer milenio de la era cristiana, no vaciló nunca en mantener viva la respuesta afirmativa a Jesús, ya Resucitado, que le preguntó el día de su elección igual que a Pedro a la orilla del lago de Genesaret: “¿me amas más que a éstos?” Efectivamente lo que sabemos de la vida y ministerio de Juan Pablo II, todo nuestra experiencia de hijos de la Iglesia vivida con él, el Vicario de Cristo para los años más decisivos de nuestra vida, es revelación conmovedora de un Sí de amor a Jesucristo nunca desmentido, afirmado y renovado desde lo más hondo del alma, siempre más y más. En ese amor a Cristo profesado y confesado con una intensidad interior y con una valentía exterior excepcionales se encuentra la clava de su Pontificado, o lo que es lo mismo, la clave para entender su modo y forma de cumplir con el mandato del Señor “¡apacienta mis ovejas!”: sumamente cercana, cálidamente próxima ¡tan humana y tan sobrenatural a la vez!

Juan Pablo se propuso desde el primer día de su ministerio pastoral que los hombres del mundo contemporáneo, por tantas razones atormentados, amedrentados y dolidos, no tuviesen miedo: ¡que le abriesen las puertas a Cristo! ¡de par en par!: las de su corazón, las de sus familias, las de su pueblo, las de toda la humanidad. Así se explica ese Papa amigo del hombre, de los hombres concretos de nuestro tiempo, de los más pobres y afligidos en el alma y en el cuerpo; ese Papa amigo de la verdadera paz que la opinión pública mundial destaca y reconoce en esta hora decisiva de su encuentro con el Señor Resucitado, Jesús Misericordioso, Juez de vivos y muertos. Así se explica también que su presencia en todos los lugares de la tierra y su palabra ardiente de testigo insobornable de Jesucristo - ¡hasta el martirio!- y de maestro luminoso de la fe encendiese con tanto fulgor la esperanza en la Iglesia y en el mundo y que sus casi tres décadas de ministerio apostólico significasen una proclamación constante del Evangelio de tal modo, que resonase en todos los rincones de la tierra como un canto firme de la esperanza en la victoria del Señor Resucitado: de su misericordia, de su gracia y de su gloria en el tiempo y en la eternidad. Una victoria operante ya en su Iglesia por la efusión del Espíritu Santo y por el testimonio de sus santos y de sus mártires, visibles en toda la geografía del planeta; victoria que hemos podido experimentar y podemos constatar también de la mano del Papa en la Iglesia que se ha adentrado ya en una nueva época de la historia: la del Tercer Milenio Cristiano.

Nuestras plegarias, las de toda la Archidiócesis de Madrid, se funden con las de la Iglesia extendida por todo el Universo para que la esperanza de la Gloria se haya convertido en realidad poseída por nuestro muy querido Juan Pablo II: ¡qué

el Señor Jesús, el Resucitado, haya acogido a su siervo fiel y solícito por toda la eternidad en la Asamblea de los Ángeles y los Santos!

¡Sabemos que Jesucristo, el Señor y Esposo de la Iglesia, no la abandona nunca! Nuestro corazón sabe también con la certeza, nacida del don de la sabiduría, que a nuestro lado vela María, su Madre y Madre nuestra, para que no le falte nunca a la Iglesia el servicio fiel del Vicario de su Hijo, dispuesto igualmente que Pedro a “amarle más que a éstos” y “apacentar sus ovejas” hasta dar la vida por Él y por ellas.

Con todo afecto y mi bendición,

HOMILÍA EN EL FUNERAL POR S.S. JUAN PABLO II

“Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”
(Jn 21,17)

Explanada de la Catedral de La Almudena, 11.IV.05

Majestades

Altezas

Excelentísimos Señores y Señoras

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

La Iglesia de Cristo ha vivido intensas horas de conmoción espiritual con motivo de la muerte de nuestro amadísimo Papa Juan Pablo II. Todos somos conscientes de que la página del Evangelio que hemos proclamado se ha actualizado en la vida y en la muerte del sucesor de Pedro a quien recibimos el 18 de Octubre de 1978 como regalo de la Providencia y que nos ha conducido hasta esta hora trascendental del paso de un milenio a otro. La biografía espiritual del Papa Juan Pablo II se ha escrito sobre la pauta de la vocación de Pedro a orillas del mar de Galilea, símbolo de ese otro mar inmenso, que es el mundo, donde el Papa ha introducido la barca de la Iglesia en el tercer milenio con toda la confianza puesta en el Señor de la Historia: “Duc in altum”, nos ha dicho con las mismas palabras de Cristo.

Este buen Pastor, en el que hemos contemplado con luminosa transparencia los rasgos del mismo Cristo, ha cruzado ya el mar de este mundo para llegar a la orilla de la eternidad adonde el Resucitado le ha llamado con el último “sígueme”. “Deseo seguirle -ha dejado escrito en su testamento pensando en su muerte- y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento”. ¡Qué glorioso habrá sido el encuentro con su Señor de este humilde y valiente servidor del Evangelio que ha gustado hasta el fin de su vida el cáliz de los padecimientos de Cristo! ¡Qué grande la gloria de este Papa a quien la Iglesia entera le debe haber sido confirmada en la fe cristiana con la frescura del primer anuncio del Evangelio! Hoy, nuestra Iglesia de Madrid, a la que se unen otros obispos de España, con la cooperación de la Conferencia Episcopal Española, y en la que participan Sus Majestades los Reyes de España, el Sr. Presidente de Gobierno y los representantes de las más altas instancias del Estado, de la Comunidad Autónoma y del Ayuntamiento de Madrid, ofrece el sacrificio de Cristo por el Santo Padre para que participe ya eternamente de la gloria del Resucitado, y expresa el más profundo agradecimiento por su ministerio de Pastor universal y por el afecto paternal que mostró siempre al pueblo de España.

1. “¿Me amas más que éstos?”

Al ser elegido para el supremo pontificado, el cardenal arzobispo de Cracovia escuchó de labios de Cristo la pregunta sobre el amor, antes de recibir en plenitud el “*officium amoris*” (San Agustín): “¿Me amas más que éstos?”. Preparado a lo largo de su vida para escuchar y responder a esta pregunta, Juan Pablo II respondió, en la obediencia de la fe y confiado en Jesucristo Salvador y en su Madre Santísima, con toda generosidad: “Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Al término de su pontificado toda la Iglesia, y los hombres de buena voluntad, hemos sido testigos de que el Papa ha amado a Cristo sin reservas hasta identificarse totalmente con Él. Ése, y no otro, ha sido el secreto de su fecundo pontificado. Su historia ha sido la de “un amor” apasionado a Cristo, a quien ha seguido sin reservas, con una disponibilidad y obediencia heroicas en la entrega diaria y crucificada de su vida hasta los últimos momentos de su crudelísima enfermedad. El Papa se ha dejado ceñir por Cristo que le ha llevado a la cumbre del abandono total de sí mismo, a la cruz, de donde no se ha querido bajar para revelarnos así el amor de Cristo por su pueblo “hasta el fin, hasta la consumación” (Cf. Jn 13). Cuando hoy la Iglesia, y los jóvenes de modo especial, le aclaman como a un santo, es porque han visto en su entrega a la Iglesia y a la humanidad el amor del Buen Pastor que, como Cristo, ha dado la vida por su rebaño, según el mandato de Cristo: “Apacienta mis ovejas”.

Juan Pablo II ha apacentado el rebaño del Señor de una forma directa e inmediata, visitando a las Iglesias y comunidades cristianas, por pequeñas que fueran, para conocer su realidad concreta. Dándose así, ha hecho que el mundo en general comprenda y valore el verdadero sentido del ministerio de Pedro que, por voluntad de Cristo, ha sido instituido para que la Iglesia aparezca como la casa de la salvación. Por ello, son muchos los que, sin pertenecer a la Iglesia de Cristo, se han sentido pastoreados y apacentados por este Vicario del Señor en la tierra cuya ansia evangelizadora ha marcado su pontificado. Es esta entrega a su ministerio lo que ha renovado dentro de la misma Iglesia la gozosa certeza de que Cristo vive en Pedro, y de que Pedro hace visible, cercano y tangible al mismo Cristo. ¡Gracias, Santo Padre, por habernos mostrado a Cristo, Supremo Pastor!

2. El “solemne testimonio” de la fe

En su largo ministerio como Pastor universal, Juan Pablo II no ha dejado de dar solemne testimonio del señorío de Cristo, que ahuyenta de la conciencia de los cristianos toda sombra de miedo. El Papa nos ha enseñado a confesar con gozo nuestra fe, y ha recuperado para la Iglesia entera la convicción de que la fe es nuestra victoria. Como sucesor de Pedro ha sido el testigo cualificado de la fe en Cristo muerto y Resucitado en quien obtenemos el perdón de los pecados, como dice la segunda lectura. Este solemne testimonio le ha llevado, como pastor infatigable, a todas las partes del mundo para confirmar en la fe a sus hermanos y para anunciar a todos los hombres que Cristo ama a los hombres sin acepción de personas, es el único Salvador del mundo, Aquél que nos ofrece el sentido último de la vida y de la muerte. Juan Pablo II no se ha predicado a sí mismo, sino a Cristo, y a éste crucificado. Y lo ha hecho con la palabra de la verdad y con el testimonio de su propia vida, conformada según la imagen del Buen Pastor. Ha cumplido este ministerio de modo tan ejemplar que, ya desde el inicio de su pontificado, víctima de un terrible atentado terrorista, fue marcado martirialmente con la cruz de Cristo, la cruz que ha sido su apoyo, su fuerza y su consuelo.

Hasta el último momento de su vida Juan Pablo II ha querido dar solemne testimonio de la fe en Cristo muerto y resucitado invitando a la Iglesia a vivir con la mirada puesta en la patria definitiva del cielo, de donde aguardamos un Salvador. Al final de su vida, la imagen de su naturaleza desgastada dejaba traslucir sin embargo la energía y el poder de la Resurrección con que Cristo se someterá a Sí todo lo creado. “El transformará, dice san Pablo, nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso”. Esta certeza del poder de Cristo,

de su Cruz gloriosa y de su Resurrección, ha animado la vida entera del Santo Padre hasta llegar al momento mismo de su muerte en el que, abandonado a la Divina Misericordia, ha consumado su carrera con las palabras de Cristo en la cruz, con que acaba su testamento: “In Manus tuas, Domine, commendo spiritum meum”. El solemne testimonio de la fe ha sido rubricado con la entrega de su vida al Señor, consumando así el amor confesado a Jesucristo: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”.

3. El amor a España

España, de modo especial, ha sido testigo de este amor del Buen Pastor. No nos ha faltado su cuidado. Con toda verdad hemos podido decir en los años de Juan Pablo II: “El Señor es mi pastor, nada me falta... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”. En los cinco viajes pastorales a nuestra patria, siempre luminosos, ha encendido, reavivado y fortalecido nuestra esperanza, ayudándonos, con su magisterio y el testimonio de su vida, a vivir nuestra fe sin miedos ni complejos como respuesta a los problemas de la sociedad. En su última visita, en Mayo de 2003, de imborrable recuerdo por el esfuerzo personal que hubo de hacer dadas sus condiciones de salud, en una despedida con sabor de último testamento, nos urgía a vivir nuestra identidad. Merece la pena recordar el párrafo entero de su Homilía en la Plaza de Colón en la que se refería a ello, con el trasfondo de los cinco Santos españoles contemporáneos que acababa de canonizar: “Surgirán nuevos frutos de santidad - en España- si la familia sabe permanecer unida, como auténtico santuario del amor y de la vida. ‘La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español’, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Discurso en Santiago, 9.11.1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. ¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia.” (4 de Mayo de 2003).

El Papa nos ha invitado a ser testigos de Jesucristo, luchando contra la fascinación de las ideologías materialistas que atacan directamente a la dignidad de la persona. El Papa que se forjó en la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo, que padeció en su propia carne los terribles años del Nacionalsocialismo y el Comunismo, en su patria y en toda la Europa arrasada por la Guerra, el que conoció en directo la inconcebible tragedia de la “Shoah”, ha sido entre nosotros un

testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios. Este Papa, místico adorador de Dios y maestro de profunda oración, ha sido al mismo tiempo el abanderado del hombre, en su condición histórica, concreta, que es para la Iglesia el camino por el que debe llevar adelante su misión, como dijera en su encíclica programática del Pontificado. Por eso hoy le lloran los hombres agradecidos que han encontrado en él una voz de indiscutible autoridad moral, siempre valiente, que ha sabido fundamentar los derechos inalienables de la persona en su nivel más radical: el de la trascendencia de Dios; y que ha propagado sin desfallecer la cultura de la vida, basada en el respeto incondicional al plan de Dios sobre el matrimonio y la familia y en el amor solidario a los más débiles y pobres de nuestra sociedad. Por eso le lloran y le aclaman los jóvenes, a quienes ha invitado siempre a la santidad y a una vida de virtudes, en la escuela de María, para ser los constructores de una nueva civilización del amor, la única que puede seducir y comprometer a las nuevas generaciones. Es en la escuela de María donde los jóvenes podrán conocer, contemplar y tratar a Jesucristo en la experiencia de la vida interior. Así responderán generosamente a la vocación de Dios, en el sacerdocio, en la vida consagrada, en el matrimonio y la familia y en el compromiso del seglar cristiano en las tareas de la nueva evangelización. ¡Queridos jóvenes, no olvidéis este legado del Papa! ¡Acogedlo como su último testamento en nuestra patria! ¡Responded con fidelidad a quien tanto os ha amado!

Su ¡adiós! a nosotros y a vosotros, se expresó con un: “¡Hasta siempre España! ¡Hasta siempre, tierra de María!”.

4. “Totus tuus”

En su testamento espiritual Juan Pablo II pone su vida entera en manos de la Virgen, a quien se consagró totalmente con su lema Totus tuus. Como hizo Cristo en la cruz, también él ha querido, al salir de este mundo, dejarnos en manos de María: “En estas mismas manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humanidad”. También nosotros queremos colocar en manos de María a nuestro amado Juan Pablo II. Lo hacemos en esta Catedral dedicada por él, cuyo recuerdo permanecerá imborrable como signo de su pastoreo universal y de su afán evangelizador. A Ella, Madre de Cristo y de la Iglesia, encomendamos a su hijo el Papa Juan Pablo II y le rogamos con todo el afecto de nuestro corazón:

“Madre, Virgen de La Almudena, acoge a quien te consagró toda su vida y su ministerio con amor filial lleno de ternura; preséntalo a tu Hijo, a quien amó y sirvió con la entrega total de su vida hasta el último aliento; colócalo junto a Él para que, en la compañía de todos los santos, goce para siempre de la luz que iluminó su vida en la tierra y cante eternamente las misericordias del Señor. Y a nosotros danos la alegría de vivir siempre en la fe que él conservó, transmitió y vivió como el Pastor bueno que tu Hijo quiso concedernos en esta hora magnífica de la Iglesia”.

Amén.

CARTA A LOS FIELES DE LA
ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
CON MOTIVO DEL INICIO SOLEMNE DEL
PONTIFICADO DEL SANTO PADRE,
BENEDICTO XVI

Madrid, 22 de abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El Domingo, nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, iniciará solemnemente su ministerio como Romano Pontífice y Pastor de la Iglesia Universal. Elegido por el Colegio de los Cardenales electores siguiendo las normas canónicas vigentes el pasado martes día 19 de abril, y después de haber aceptado su elección, el nuevo Papa recibía directamente del Señor la misión, el mandato y la autoridad de ser “Pedro” para su Iglesia: “el pueblo y ovejas de su rebaño”. “Tu es Christus” -”Tú eres Cristo”- había confesado el elegido por sus hermanos los Obispos miembros del Colegio Cardenalicio, dirigiéndose a Jesucristo, el Cabeza y Pastor invisible del nuevo Pueblo de Dios. “Tu es Petrus” -”Tú eres Pedro”- le había replicado el Señor, añadiendo “y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (cfr. Mt 16, 13-20).

La proclamación de este pasaje del Evangelio de San Mateo después de las palabras de aceptación revelaba con claridad meridiana a todos los presentes, a toda la comunidad de los fieles católicos y a todo el mundo quién era el protagonista principal de lo que estaba ocurriendo, con qué fuerza y legitimación se estaba actuando y quién inspiraba el acontecimiento y lo asistía. ¡No había duda! El Señor Jesús, el Resucitado, en este preciso momento histórico de la humanidad que ha iniciado la andadura del Tercer Milenio, seguía de manera efectiva eligiendo y constituyendo a “Pedro” como el principio y fundamento visible de la unidad de fe y de comunión para su pueblo. ¡Su Espíritu, el Espíritu Santo, se había hecho presente y operante en la actualización de ese diálogo de fe y de amor entre el Señor y el nuevo Sucesor de Pedro!

En el marco incomparable de la Capilla Sixtina, delante de Cristo que va a juzgar a vivos y muertos, tan genialmente representado en el fresco de Miguel Ángel, la acción litúrgica, en la que se desarrollaba el acto, subrayaba la hondura espiritual de lo que se contemplaba y de lo que se vivía. El Señor le preguntaba al nuevo Sucesor de Pedro si le amaba “más que éstos” y escuchaba del elegido como respuesta un sí tembloroso, sencillo y humilde que se confiaba totalmente a su amor misericordioso y al cuidado maternal de su Madre, la Santísima Virgen María. ¡No había miedo! Estaba dispuesto a apacentar sus ovejas (cfr. Jn 21, 15-19). La Iglesia recibía así del mismo Cristo, su Cabeza y Esposo, un nuevo Pastor supremo: la Iglesia Universal y las Iglesias Particulares en las que está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica” (ChD 11). ¿Cómo no dar gracias fervientes al Señor por el don que nos ha hecho del nuevo Papa? ¿Y cómo no vivir estos momentos tan trascendentales en la historia de la Iglesia contemporánea en un clima de plegaria incesante y unánime por el nuevo Romano Pontífice que “como sucesor de Pedro -según hermosas palabras del Concilio Vaticano II- es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los Obispos como de la muchedumbre de los fieles?” (Lg 23).

El acontecimiento de la elección del nuevo Papa, Benedicto XVI, ha estado rodeada -como lo estará también la misa del inicio solemne de su ministerio de Pastor Universal- de un interés informativo espectacular y de una expectación social que no conoce fronteras. El mundo, entendido en el sentido más descriptivo de la expresión -las naciones y pueblos de la tierra, sus gentes y sus gobernantes-, han seguido paso a paso lo que sucedió en Roma ya en los días del fallecimiento y de las exequias de nuestro amadísimo Juan Pablo II y ahora con la elección de Benedicto

XVI, y manifestando una actitud de respeto y -¿por qué no querer verlo?- de esperanza para el bien de la humanidad que nos admira y conmueve. Las voces críticas y discordantes no han logrado empañar ni perturbar este ambiente de reconocimiento agradecido y de deseo de buenos augurios para un nuevo futuro de concordia y de paz en todos los puntos de la tierra y en todas aquellas situaciones típicas del hombre contemporáneo, marcadas por el desánimo, el sufrimiento y el ansia de ser curados y salvados. Los creyentes, los hijos de la Iglesia, debemos alegrarnos por ello y compartir esta necesidad de obtener razones para la esperanza que siente tanta gente y que demandan, sobre todo, las generaciones más jóvenes de la sociedad contemporánea. Pero debemos ir más allá: es preciso profundizar en el significado cristológico y espiritual del Ministerio de “Pedro” para la Iglesia y la evangelización del mundo, apropiarlo con una renovada profesión de fe según la doctrina del Concilio Vaticano II sin reservas y recortes intelectuales y pastorales raquíticos, y unirnos, especialmente en la celebración de este Domingo, a la oración de toda la Iglesia por nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, y por la fecundidad evangélica de su ministerio para el bien de la Iglesia y de todos los hombres, sobre todo de los más necesitados de la gracia misericordiosa del Señor y del amor fraterno de los cristianos en el cuerpo y en el alma.

La muestra quizá más auténtica de la acogida fiel y generosa de lo que el Señor nos pide en este momento inicial del Pontificado de Benedicto XVI es responder positivamente con una actitud de obediente comunión a lo que él nos ha propuesto ya como líneas de futuro de su ministerio al servicio de una renovada vida cristiana y de la acción pastoral y apostólica de la Iglesia ante esta nueva etapa de su historia que comienza solemnemente el próximo Domingo, a saber: el anteponer a Cristo a todas las cosas; vivir toda la riqueza espiritual del Sacramento de la Eucaristía en este año dedicado a su mejor conocimiento, a su mayor veneración y a su más auténtica y vigorosa experiencia en el interior de la vida cristiana de cada persona y de toda la comunidad eclesial, con el reconocimiento renovado de la presencia real del Señor en este Santísimo Sacramento, con la importancia decisiva de la celebración diaria de la Santa Misa para la vida del sacerdote y de la comunidad cristiana y, muy significativamente, como la fuente del amor verdadero que mueve y sostiene la ofrenda de todo lo que poseemos y somos en favor del amor a los más pobres y a los más débiles dentro y fuera de la comunidad eclesial; y, finalmente, ofrecer la luz de Cristo y no la propia en la acción evangelizadora, especialmente en el diálogo con los jóvenes, abierto por Juan Pablo II con contenidos y estilos originales y profundamente evangélicos que tanto les han fascinado, y que el nuevo Papa se propone continuar: Luz de Cristo que quiere llevar también al cora-

zón de un nuevo empeño ecuménico por la unidad de la Iglesia y al centro mismo del diálogo interreligioso e intercultural.

¡Sigamos al Papa Benedicto XVI por este camino de esa “Iglesia más valiente, más libre y más joven” que nos legó Juan Pablo II y que él nos propone hacer avanzar con nuevas perspectivas y esperanzas! No abrigo la menor duda de que nuestra queridísima Archidiócesis de Madrid, que celebra en la víspera de la inauguración solemne del “ministerio petrino” del nuevo Obispo de Roma la última sesión plenaria de la Asamblea de su III Sínodo Diocesano, mirando con ilusión creyente y apostólicamente comprometida el objetivo de la transmisión de la fe a todos los madrileños, le seguirá sin vacilación. Pidamos insistentemente al Señor por nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, Papa de la reconciliación y de la paz, de la revitalización cristiana de las raíces de Europa, el que va a anteponer a Cristo a todas las cosas en el servicio humilde en la viña del Señor y en la cercanía al hombre más doliente de nuestro tiempo, y encomendémoslo amorosamente a la Virgen María, Madre de la Iglesia, nuestra Madre y Señora de La Almudena.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA

**en la Celebración de la Eucaristía de Acción de Gracias por
la Elección de Benedicto XVI y el
Inicio Solemne de su Ministerio
como Pastor de la Iglesia Universal**

Explanada de la Catedral de La Almudena, 30.IV.2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Una misma escena evangélica

Una misma escena evangélica ha ambientado las exequias de nuestro amadísimo Juan Pablo II en esta misma explanada de la Catedral de La Almudena hace poco menos de dos semanas -intensas de emociones y fervientes de plegarias- y, hoy, la celebración de la Eucaristía de Acción de Gracias por la elección de nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, y el inicio de su Pontificado como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal: es la escena del diálogo entre Jesús Resucitado y Pedro a orillas del Lago de Genesaret. “¿Simón, hijo de Juan me amas más que éstos?... Tu sabes que te amo... apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas”. Tres veces se repite la pregunta. A la tercera: “Pedro se entristeció”... Si Jesús lo sabía todo... sabía que lo amaba... ¿Por qué tanta insistencia? Por lo que iba a venir: para anunciarle como iba a morir y pedirle el seguimiento hasta el martirio.

Muchos son los aspectos que recordamos de la vida y ministerio de Juan Pablo II que han suscitado nuestra veneración, nuestro cariño y nuestra gratitud imperecedera. No, no es fácil encontrar en la historia reciente y en el pasado de la humanidad una personalidad tan rica de facetas humanas como la de Juan Pablo II. Fue un Papa que se hacía querer. Pero hay una que constituye la clave de explicación de todas las demás y la que, en el fondo de nuestros sentimientos y querer, resulta la verdaderamente decisiva: su amor a Cristo hasta el extremo de estar dispuesto a ser el Pastor de sus hermanos y, si fuese preciso, a dar la vida por ellos como el Maestro; en una palabra, decidido a ser su Vicario para la Iglesia y para el mundo.

También, en esta luminosa mañana madrileña, al celebrar el gozo -¡el “*gaudium magnum*”!- de la elección de Benedicto XVI y del comienzo solemne de su “ministerio petrino”, vivas en nosotros las jubilosas celebraciones de la Plaza de San Pedro de los días 19 y 24, lo que nos mueve y conmueve el corazón es el sí de nuestro Papa a Jesús, el Señor Resucitado, formulado igual que el de Pedro después de que se les hubiese aparecido y hubiera comido con ellos. De nuevo, en medio de la Iglesia, entre los discípulos del Señor, los de este tiempo, los de nuestro tiempo, más concretamente de entre los actuales sucesores de los Apóstoles, uno se ha adelantado para decirle: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” y, sobre todo, para renovarle sin condiciones su amor, un amor superior al de los otros, manteniendo vigilante y ardiente el amor del pescador de Galilea, de Pedro, en el cuidado tierno y abnegado de “sus ovejas”. En el cara a cara con Jesucristo, nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, no ha dudado: “Me dispongo a emprender este peculiar ministerio, el “ministerio petrino” al servicio de la Iglesia universal, con humilde abandono en las manos de la providencia de Dios. Y es en primer lugar a Cristo, a quien renuevo mi total y confiada adhesión: ¡In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum!”.

¡La Iglesia tiene necesidad de “Pedro”!

“Pedro” no es “un lujo” para la Iglesia o una especie de anacronismo del que se puede prescindir en “la modernidad”. Antes al contrario. Las promesas del Señor al respecto son inconfundibles e indefectibles: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella...” (Mt 16,18,19). “Pedro” es pues una necesidad vital y constitutiva para la Iglesia. ¡Nunca le ha faltado, nunca le faltará! Necesidad que hoy sentimos con una peculiar sensibilidad, nacida de la doctrina y de la vivencia del Concilio Vaticano II, por una

parte, y de la experiencia de su aplicación y realización pastoral en estos cuarenta años de postconcilio, por otra. Sin el ministerio petrino no es posible la unidad de la fe de pastores y fieles, su comunión y la eficacia universal de la evangelización. ¿Cómo superar la sinuosa tentación que nos acecha en el momento actual de la vida de la Iglesia, de proyectar nuestra luz y no la de Cristo al anunciar y enseñar la doctrina de la fe, si prescindimos del testimonio y del magisterio de Pedro, su Vicario para la Iglesia Universal? ¡Cuánto han agradecido, especialmente los más sencillos y mansos de corazón ¡los jóvenes!-, el Magisterio de nuestro queridísimo Juan Pablo II, en estos tiempos de intemperie espiritual! Estoy absolutamente seguro que lo mismo ocurrirá con las palabras y las enseñanzas, siempre luminosas, de Benedicto XVI. Ha llegado la hora en la que la voz de los Obispos y de sus sacerdotes resuene unánime en la predicación del Evangelio de Jesucristo, el único Salvador del hombre. En una sociedad como la nuestra, inerme muchas veces ante el poder del pecado y de la muerte, es improporrible que todos los fieles cristianos nos unamos estrechamente en comunión de fe, de palabra y de testimonio de vida en torno al Papa, si queremos que Cristo -y Éste Crucificado y Glorificado- y el misterio de su amor misericordioso sean conocidos y amados.

Y necesitamos también al Papa para que el Colegio Episcopal, el Obispo con sus presbíteros, los seminaristas, los consagrados, los fieles laicos -¡todos!- vivan unidos el tesoro de gracia y santidad que encierra el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: el significado verdadero del sacrificio y de la mesa eucarística, la presencia real del Señor en las especies eucarísticas y el sentido transformador de la comunión eucarística. Y lo hagan con honda piedad y veneración, con el alma convertida, buscando allí la fuente de una vida santa, del amor creciente que se entrega a los hermanos, más pobres y pequeños, y a los más necesitados en el alma y el cuerpo. ¡La unidad eucarística de la Iglesia en la profesión y testimonio de la fe, en la esperanza y en la comunión de la caridad es imprescindible para que el mundo crea y sea evangelizado!

También “el mundo” necesita a “Pedro”

Porque también el mundo y el hombre necesitan hoy a “Pedro” -¡al Papa!- como pocas veces en épocas pasadas de la historia de la humanidad. Un mundo que también “se globaliza” a pasos agigantados en torno a la destrucción de la dignidad del hombre, del matrimonio y de la familia, ofuscado por falaces promesas de supuestos logros de libertad y de vida que, en realidad, conducen inexorablemente a una cultura de la muerte, precisa de una instancia moral y espiritual

personalizada, de alguien que con la fuerza de Cristo sea por vocación y misión defensor de la persona humana y de su dignidad, promotor de paz y de reconciliación, servidor de los más humildes: de los padres y madres de familia numerosa, de los niños y de los jóvenes, de los pueblos más empobrecidos de la tierra...; necesita de una persona que libre e insobornablemente, imitando al Buen Pastor y encarnando actualizadamente la función pastoral de “Pedro”, cargue sobre sus hombros con el peso de la humanidad herida: con las ovejas perdidas de la actual familia humana. ¡Son tantos los extraviados de nuestra época y tantas las malezas y desiertos en los que se han perdido! El propio Benedicto XVI lo concretaba admirablemente en la Homilía de la Eucaristía del pasado domingo en la Plaza de San Pedro:

“La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores”.

La humanidad de la actual hora de la globalización -¡también en España!- reclama impacientemente que alguien le recuerde con fortaleza inquebrantable que “no es el poder el que redime, sino el amor”. Ese alguien es “Pedro”, y “Pedro” es hoy Benedicto XVI.

El Señor nos ha regalado de nuevo a “Pedro” en la persona de Benedicto XVI

Las promesas del Señor se han cumplido una vez más.

Contamos con un nuevo Sucesor de Pedro que nos guíe en la verdad de Cristo, que nos una en la comunión de su esperanza y caridad y que defienda y sostenga al hombre hermano en el camino de la cruz salvadora. Y por ello, porque el Señor nos ha dado a Benedicto XVI, nos sentimos llenos de gozosa gratitud y le ofrecemos al Padre junto con el sacrificio del Hijo, Jesucristo, animados y sostenidos por el Espíritu Santo, de la mano de María, en compañía de todos los Santos, lo mejor de nuestros sentimientos y nuestras vidas: la plegaria incesante por su persona e intenciones.

Uno de los instantes de más emoción, vividos en estos primeros días del Pontificado de Benedicto XVI, es aquél en el que el Papa confiesa que no se siente, ni está solo, después de aludir al canto de las letanías de los santos que nos habían acompañado en las exequias de nuestro llorado Juan Pablo II, con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave y al comienzo de su primera Eucaristía solemne: “de este modo -afirma-, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy sólo. No tengo que llevar yo sólo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo sólo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza”.

Yo quiero decirle al Papa solemnemente, en nombre vuestro y en el de todos los católicos de Madrid, con los que estoy seguro sintonizan todos los de España, que no está solo y que no le dejaremos sólo. Invocaremos fervientemente a los Mártires y Santos de España -los del primer milenio- y los del segundo milenio para que le auxilién en el empinado camino de su ministerio y no cejaremos en nuestra oración a la Virgen Santísima, la Inmaculada Concepción, bajo las innumerables y entrañables advocaciones que le han dedicado los españoles de todos los tiempos: ¡que sea Ella la que le guarde junto a su Hijo! ¡que le conceda “vitam et salutem perpetuam” -“vida y salud perpetua”-!

El Papa necesita nuestra oración

¡El Papa nos necesita! Necesita, sobre todo, nuestra oración, no sólo la de los santos del cielo, sino también la de la comunidad de los santos de la tierra: ¡de la Iglesia viva! La Iglesia manifiesta su vitalidad en la tierra de forma eminente cuando, unida al coro de los ángeles y de los santos en el cielo, contempla a su Señor glorificado, lo alaba, exulta de gozo y de acción de gracias con Él, suplica al Padre con plegaria ardiente que venga “su Reino” y se muestra dispuesta a seguir fielmente a su Pastor visible y universal, el Vicario de Jesucristo, por las sendas del Evangelio y de la santidad.

Leyendo estos días en el libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús, me he encontrado con aquel pasaje en el que ella recomienda vivamente la comunión de oraciones, el ejercicio de la amistad de los que oran: “Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones. ¡Cuánto más que hay muchas más ganancias! Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean

muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), no se ha de permitir que quien comencare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración”. A la Santa le preocupaba, antes que nada, la suerte del alma: “Gran mal es un alma sola entre tantos peligros: paréceme a mí que, si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudare a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios” (cfr. Libro de la Vida, 7,20)-. Pero evidentemente quedaba dicho que lo que estaba en juego era el bien de todas las almas, el destino del hombre arrogante. ¿Hay forma de mayor arrogancia que la que pretende desde el poder proyectar y regular el derecho a la vida, el trabajo, el matrimonio, la familia, la sociedad, la política, la cultura, la sociedad, la patria... como si Dios no existiese?

La Iglesia en Madrid, al finalizar su III Sínodo Diocesano, se siente interpelada en lo más hondo de su ser en orden a configurarse con mayor intensidad como comunidad orante, formada por los llamados al cultivo diario de la amistad con el Señor y con los hermanos, consciente de la urgencia de tomar conciencia de que “es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones”. El nuevo Papa nos insiste con palabras dramáticas en que le prestemos esa ayuda de nuestras oraciones: “rogad por mí -nos decía en su homilía del pasado domingo-, para que, por miedo, no huya ante los lobos”; pero, a la vez, estimulantes, confiadas y gozosas: “roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros”... “¡quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida!”.

Contad con nosotros, querido Santo Padre, contad con nuestra oración y con nuestra obediencia filial, expresión inequívoca de obediencia a la voluntad de Dios que nos hace libres, que es la fuente purísima de la libertad: ¡somos tus amigos! Y, viceversa, no dudamos ni un solo segundo de tu amistad fiel y de tu amor de pastor y padre; hoy mucho mayor que ayer en los días inolvidables de tus visitas a Madrid. A través de las palabras del Apóstol Pedro, proclamadas en la segunda lectura, te oímos decir a ti: “El mismo Dios de toda gracia, que os ha llamado en Cristo a su eterna gloria, os restablecerá, os afianzará, os robustecerá. Suyo es el poder por los siglos, Amén” (1 Pe 5,11).

¡Querido Santo Padre, querido Benedicto XVI, os encomendamos a Nuestra Señora y Madre, la Virgen de La Almudena, de todo corazón!

Los jóvenes de Madrid estarán contigo en Colonia, el próximo agosto, en la XX Jornada Mundial de la Juventud, para el encuentro de los jóvenes católicos de todo el mundo con Jesucristo, el Señor, su Maestro y Amigo: ¡iremos juntos “a adorarle”! (cfr. Mc 2,2).

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CAPELLANES:

De las MM. Agustinas del Real Monasterio de la Encarnación:
D. José María González Pardo (5-04-2005).
De la comunidad Rumana de Rito Latino: D. Leonard Diac (5-04-2005).

SAGRADAS ÓRDENES

- El día 1 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid, en la Parroquia de San Miguel Arcángel, de Pedrezuela (Madrid), confirió el Sagrado Orden del Diaconado a D. Werby Mitial, religioso profeso de votos perpetuos de los Misioneros del Espíritu Santo.

- El día 2 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid, en la Parroquia de San Francisco Javier, de Madrid, confirió el Sagrado Orden del Diaconado a los religiosos de la Compañía de Jesús:

D. Eduardo López-Aranguren Velarde, S. J.

D. Ignatius Musi Fominyen, S. J.

D. Rui Nunes, S. J.

D. Roberto Otero André, S. J.

D. Guy Rodriguez Takoudjou, Dzomo, S. J.

D. Joaquín Solá Lario, S. J.

- El día 17 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdm. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo y Auxiliar de Madrid, con licencia del Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal

Arzobispo de Madrid, confirió, en la Colegiata de San Isidro de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Diáconos de esta Diócesis:

D. Alfredo Bada García de Quevedo
D. Pedro Pablo Cano Santacruz
D. Jesús Jaime Díaz-Roperó López
D. Andrés Esteban Colmenarejo
D. Ignacio Javier Gallego Sanmiguel
D. Miguel Fernando García López
D. Rubén Inocencio González
D. Pablo López Vizcaíno
D. Álvaro Maldonado González
D. Emilio Montes García
D. Francisco Javier Pérez Sánchez
D. Miguel Ángel Torrente Vigil
D. Faustino Fernando Velasco Arribas.

DISTINCIONES PONTIFICIAS

PRELADO DE HONOR DE SU SANTIDAD:

- SEBASTIÁN GAYÁ RIERE (13 de marzo de 2005).

CRUZ PRO ECCLESIA ET PONTIFICE:

- FR. DANIEL ELCID CELIGÜETA. O.F.M. (31 de marzo de 2005).

DEFUNCIONES



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL ABRIL 2005

Día 2: Sínodo.

Día 3: Misa por los 40 años de la parroquia de Nuestra Señora de Sonsoles.
Misa en la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe, organizada por la Asociación de la Divina Misericordia.

Día 4: Eucaristía con los jóvenes por el Santo Padre.

Día 9: Inauguración de la parroquia de la Aurora y el Santo Ángel.

Día 10: Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora de Los Arroyos, en El Escorial.

Misa en Santa María de Caná, en Pozuelo.

Día 11: Misa en la explanada de la Catedral de la Almudena por el Papa Juan Pablo II.

Día 12: Consejo Episcopal.

Viaje a Roma.

comienzo, en el Monasterio de las Concepcionistas Franciscanas de la Inmaculada Concepción; el azaroso traslado a la segunda sede, en 1968, en el Monasterio de San Bernardo; las salidas procesionales con la primera y la segunda imagen propia, obras del Sr. Tudanca; y, últimamente, la etapa en la actual sede de la parroquia de San Bartolomé.

2. Como el profeta Samuel, contemplabais las cosas con mirada humana: intentando valorar las ventajas y desventajas, según vuestra propia medida e intereses; proponiendo objetivos, humanamente laudables, pero menos importantes desde la vivencia de la fe; resistiéndooos, incluso, a las propuestas de la jerarquía, que intentaba ayudaros a renovar vuestra Hermandad y a purificarla, sobre todo de aquello que no estaba muy en consonancia con la fe cristiana y con una verdadera actitud eclesial. Pero el Señor quería haceros ver los acontecimientos desde su misma mirada, infinitamente más alta que la simple mirada humana.

Damos gracias a Dios porque, poco a poco, con la oración, la reflexión y el diálogo, habéis sido capaces de ir cambiando vuestra mirada humana, en una mirada más cercana a la de Dios; habéis ido apreciando cada vez más la riqueza de lo espiritual y religioso, relativizando otros aparentes valores. Queda aún un largo camino por recorrer, hasta que nuestra pobre mirada humana coincida plenamente con la mirada de Dios, quien nos invita a ser perfectos como Él (cf. *Mt 5,48*); ésta es la meta de todo cristiano.

Y dando gracias a Dios, quiero también agradeceros vuestro esfuerzo en este camino recorrido, en el que habéis intentado ser fieles, aunque a veces con reticencias, a lo que Dios os pedía, a través de la Iglesia. La historia de salvación es una obra conjunta entre Dios y el hombre; en este caso, habéis colaborado con Dios, en bien vuestro.

La actitud de respeto y obediencia a la Iglesia es garantía de permanecer en el buen camino; mientras que la actitud díscola lleva fácilmente por derroteros, que se desvían de la verdadera senda. La experiencia, que habéis tenido en estos años, estimados cofrades, os sirva para confiar, cada día más, en la solicitud amorosa de nuestra madre la Iglesia.

Hoy, el Ayuntamiento de Alcalá os ha concedido la “Medalla de Plata de la Ciudad”, en reconocimiento a la labor de la Hermandad de Jesús de Medinaceli y al empeño en solemnizar la Semana Santa.

Pedimos al Señor de Nazaret que os acompañe en los años venideros, para seguir haciendo historia de salvación, tanto para vuestras almas como para ayuda de los demás.

2. Ungidos por el Espíritu para la acción evangelizadora

3. El profeta Samuel, movido por la fuerza de Dios, ungió al menor de los hijos de Jesé y «en aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor y estuvo con él en adelante» (1 S 16,13). Las gestas del rey David son de todos conocidas. Si os dejáis invadir por el Espíritu de Dios, tened por cierto que las cosas que realicéis tendrán valor perenne y sabor de eternidad.

Habéis sido ungidos, en el bautismo y en la confirmación, para poder realizar grandes proezas y admirables acciones en el campo de la evangelización. Nuestro mundo necesita hombres de fe, que vivan con gozo la dimensión religiosa; nuestra sociedad está falta de testigos del Evangelio, que anuncien la grandeza de la Revelación cristiana; nuestra Ciudad alcalaína pide, a gritos silenciosos, la profesión pública de la fe, por parte de todos los miembros de las Hermandades y Cofradías.

¡Anunciad, con vuestra vida, mediante vuestra participación en las celebraciones litúrgicas y con vuestro testimonio público, esta Buena Nueva de salvación para todos los hombres! ¡Pregonad a toda Alcalá y al mundo entero, que Jesucristo nos ha redimido, mediante su muerte en cruz y su resurrección, y nos ha otorgado la salvación de Dios!

3. La imagen de Jesús de Medinaceli

4. Se acerca la Semana Santa; semana grande, en la que celebramos los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Vuestra Cofradía tiene como titular y objeto de su devoción a “Jesús de Medinaceli”, cuya imagen que representa al Hijo de Dios, flagelado, escarnido, coronado de espinas, maniatado y camino del calvario.

La imagen de Jesús de Medinaceli, que venera vuestra Cofradía, es copia de la imagen de Jesús Nazareno de los Padres Capuchinos de Madrid, de escuela sevillana del siglo XVII, probablemente del autor Juan de Mesa, cuyos ava-

tares los narra el Rvdmo.D. Luis García Gutiérrez, en su reciente libro sobre la historia de vuestra de vuestra Cofradía, de la que es Capellán y que está concelebrando conmigo.

En su origen, dicha imagen se llamaba “*Jesús del Rescate*” o “*Jesús Rescatado*”, puesto que estuvo en el norte de África y fue rescatada, junto con algunas personas, cautivas de los musulmanes.

5. Tanto la historia de la imagen, como su belleza artística nos hablan de “rescate”. Mediante su obra salvífica, Jesucristo nos ha querido rescatarnos de la situación de pecado y devolvernos la amistad con Dios. Jesús de Nazaret nos ha redimido muriendo en la cruz y entregando su vida por nosotros: «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (*Flp 2,6-8*).

Procesionar esta imagen por la calles de nuestra Ciudad significa aceptar a Jesucristo como Salvador y Señor; y expresa, al mismo tiempo, el testimonio público de que la redención de todo hombre ha sido llevado a cabo por “Jesús el Nazareno”. Cuando las gentes os contemplen, portando, con devoción y fe sincera, esta imagen, que vean en vosotros unos “rescatados” de la esclavitud, unos “redimidos” del cautiverio del pecado: «Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo» (*1 Pe 1,18-19*).

6. ¡Haced honor a la Hermandad, a la que pertenecéis! ¡Sois esclavos rescatados y liberados, por Aquel que ha dado la vida por vosotros! ¡Pregonad a las gentes, con vuestra vida, que no hay otro señor ni otro dios, fuera del Dios de Jesucristo! Nuestra sociedad se ha fabricado “muchos dioses”, hechura de manos humanas, que no sirven para nada: «Plata y oro son sus ídolos, obra de mano de hombre» (*Sal 115,4*).

Decid como San Pedro, cuando fue interrogado por los sumos sacerdotes, que sólo por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, crucificado y resucitado de entre los muertos, puede el hombre ser salvado (cf. *Hch 4,10-12*).

4. *La celebración del misterio pascual, centro de la vida cristiana*

7. Desde el año 1971 vuestra Hermandad de Jesús Nazareno viene celebrando, de manera especial, la misa de cada primer viernes de mes.

Este año, por decisión del Papa Juan Pablo II, está dedicado a la Eucaristía, centro y cumbre de toda la vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30). En la Eucaristía se realiza la obra de nuestra redención (cf. *Lumen gentium*, 3) y es el don por excelencia, que Cristo ha dado a su Iglesia, porque es el don de sí mismo, fruto de su amor que no conoce medida; por ello “todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas” (*Ecclesia de Eucharistia*, 11).

Los cristianos nos hemos de comprometer a dar un claro testimonio de la presencia de Dios en el mundo, expresando públicamente nuestra fe y sin tener miedo a hablar de Dios. Como dice el Papa: “Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia” (*Mane nobiscum Domine*, 26).

Os animo a celebrar dignamente este misterio de amor; os exhorto a participar asiduamente de esta fuente inagotable de gracia, que os dará fuerzas para vivir con gozo la fe cristiana, en medio de este mundo, que sólo busca la satisfacción de sus propios deseos, sin tener en cuenta que somos hijos de Dios.

¡Seguid celebrando también la fiesta de Cristo Rey, cuya novena venís realizando desde 1988, y que ha ido adquiriendo solemnidad en estos últimos años! ¡Cuidad con esmero, asimismo, la fiesta de la “Virgen de la Trinidad”! Me alegra que hayáis incluido en vuestra Hermandad el paso de la imagen de la Virgen. La devoción mariana forma parte de nuestra fe. La Virgen María es Hija de Dios-Padre, Madre de Dios-Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

Dentro de dos semanas nos reuniremos para celebrar el pórtico de la Semana Santa: El Domingo de Ramos. La fiesta de hoy es como la antesala de ese pórtico. ¡Aprovechad este tiempo de gracia, para pedir perdón a Dios, mediante la confesión sacramental de los pecados, y obtener la misericordia del Señor!

Dando gracias a Dios por el Cincuenta Aniversario de la fundación de la Hermandad de Jesús de Medinaceli y por el camino recorrido durante estos años, pedimos a Jesucristo, el Señor de Nazaret, que os colme de bendiciones y que la Virgen, nuestra Madre, cuide con maternal solicitud de cada uno de vosotros. Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SANTA MÓNICA

(Rivas-Vaciamadrid, 6 Marzo 2005)

Cuarto Domingo de Cuaresma- Ciclo A.

Lecturas: *1 S 16,1-6-7.10-13; Ef 5,8-14; Jn 9,1-41.*

1. El Señor envía al profeta Samuel a la casa de Jesé, para que unja rey de Israel a uno de sus hijos (*1 S 16,1*). Empezando por el mayor, todos van pasando ante la presencia del profeta; Samuel, conforme va conociendo a cada uno de ellos, piensa que Dios ha elegido al que tiene delante en ese momento. Pero la mirada de Dios, no es como la del hombre: éste mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón; por eso va descartándolos uno a uno: no han sido escogidos para ser rey (*1 S 16,6-9*).

Muchas veces los cristianos contemplamos las cosas desde nuestro prisma, sin esforzarnos por contemplarlas con la mirada de Dios. Desde Él, las cosas se ven de otra manera. Leyendo y meditando su Palabra podremos acercarnos a contemplar la vida, el mundo, la sociedad, los problemas,... con la mirada de Dios.

2. La Visita pastoral es una ocasión de gracia para renovar nuestra fe y nuestro compromiso eclesial. Como el profeta Samuel, también esta comunidad

parroquial ha contemplado, a veces, las cosas con mirada humana: intentando valorar las ventajas y desventajas, según los propios intereses; manteniendo posturas de defensa respecto a la jerarquía, que sólo buscaba el bien de la parroquia. ¡Que la Visita pastoral fortalezca nuestros lazos fraternales y nos a todos una más a Jesucristo!

Damos gracias a Dios porque, poco a poco, con la oración, la reflexión y el diálogo, se han ido superando dificultades, buscando todos la voluntad del Señor. Queda aún un largo camino por recorrer, hasta que nuestra pobre mirada humana coincida plenamente con la mirada de Dios, quien nos invita a ser perfectos como Él (cf. *Mt 5,48*); ésta es la meta de todo cristiano.

Quiero también agradeceros vuestro esfuerzo y vuestra actitud de ir aceptando lo que Dios os pedía, a través de la Iglesia.

3. El profeta Samuel, movido por la fuerza de Dios, ungió al menor de los hijos de Jesé y «en aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor y estuvo con él en adelante» (*1 S 16,13*). Las gestas del rey David son de todos conocidas. Si os dejáis invadir por el Espíritu de Dios, tened por cierto que las cosas que realicéis tendrán valor perenne y sabor de eternidad.

Habéis sido ungidos, en el bautismo y en la confirmación, para poder realizar grandes proezas y admirables acciones en el campo de la evangelización. Nuestro mundo necesita hombres de fe, que vivan con gozo la dimensión religiosa; nuestra sociedad está falta de testigos del Evangelio, que anuncien la grandeza de la Revelación cristiana. Hemos de estar dispuestos a hacer profesión pública de la fe y «a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (*1 Pe 3,15*). Los cristianos nos hemos de comprometer a dar un claro testimonio de la presencia de Dios en el mundo, expresando públicamente nuestra fe y sin tener miedo a hablar de Dios. Como dice el Papa: “Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia” (*Mane nobiscum Domine*, 26). ¡Anunciad, con vuestra vida, mediante vuestra participación en las celebraciones litúrgicas y con vuestro testimonio público, esta Buena Nueva de salvación para todos los hombres!

4. San Pablo nos recuerda nuestra condición de “ciegos”, que hemos sido curados por el Señor: «En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor.

Caminad como hijos de la luz» (Ef 5,8). Los frutos de la luz son: la bondad, la justicia, la verdad (cf. Ef 5,9-10).

Se nos invita a dejar las obras de las tinieblas e incluso a denunciarlas: «Sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciadlas» (Ef 5,11). La denuncia de las obras de las tinieblas, desde la luz del Evangelio, es una tarea necesaria en este momento de nuestra historia; no podemos permanecer silenciosos, ni apocados: «Pues hasta da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas» (Ef 5,12).

Los cristianos tienen una hermosa misión: llevar la luz de Cristo a los hombres. No somos nosotros esa luz, sino que somos portadores de la luz de Dios. Nuestra tarea es necesaria en esta sociedad; sin la aportación del cristianismo, la sociedad sería más ciega y habría más tinieblas.

El ciego de nacimiento, según nos narra el Evangelio de San Juan, recobró la vista, gracias al poder y a la acción de Jesús de Nazaret, quien es la «luz del mundo». (Jn 9,5).

Nosotros podemos vivir como hijos de la luz, unidos a Jesucristo, único salvador del género humano.

6. Este año, por decisión del Papa Juan Pablo II, está dedicado a la Eucaristía, centro y cumbre de toda la vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30). En la Eucaristía se realiza la obra de nuestra redención (cf. *Lumen gentium*, 3) y es el don por excelencia, que Cristo ha dado a su Iglesia, porque es el don de sí mismo, fruto de su amor que no conoce medida; por ello “todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas” (*Ecclesia de Eucharistia*, 11).

Os animo a celebrar dignamente este misterio de amor y a participar asiduamente de esta fuente inagotable de gracia, que os dará fuerzas para vivir con gozo la fe cristiana, en medio de este mundo.

¡Aprovechad este tiempo cuaresmal de gracia, para pedir perdón a Dios, mediante la confesión sacramental de los pecados, y obtener la misericordia del Señor!

¡Que la Visita pastoral sea motivo de renovación de esta comunidad cristiana! Quiero agradecer el esfuerzo de todos y el empeño de tantos de vosotros que, con generosidad y gozo, dedicáis vuestro tiempo al anuncio del mensaje evangélico, a la catequesis, a la educación en la fe de vuestros paisanos, y a las diversas tareas que son necesarias para el buen funcionamiento de la parroquia.

¡Que el Señor os bendiga a todos y os mantenga fieles a lo que Él mismo os pide! Amén.

EUCARISTÍA
POR LA VÍCTIMAS DEL ATENTADO TERRORISTA
DEL 11 DE MARZO DE 2004

(Catedral-Magistral, 11 Marzo 2005)

Lecturas: *Sb* 2,1.12-22; *Jn* 7,1-2.10.25-30.

1. Conmemoramos hoy el primer Aniversario del atentado terrorista, perpetrado el once de marzo. Queremos recordar a las ciento noventa y dos personas, cuyas vidas quedaron segadas por tan cruel e inhumano acto; queremos tener presente a todos aquellos que sufrieron heridas en su cuerpo o en su espíritu, sobre todo a los que aún no han superado la situación dramática que vivieron o están necesitados de convalecencia y recuperación; queremos traer hoy a la memoria también a todos los familiares y amigos de las víctimas, que han perdido algún ser querido o están atendiendo a las personas enfermas o necesitadas de ayuda.

A todos deseamos expresarles una palabra de consuelo, desde nuestra cercanía humana, uniéndonos a tantas personas, que, de modos diversos, han mostrado su condolencia y su apoyo a las innumerables víctimas del brutal atentado.

Pero queremos, además, ofrecerles a todos ellos una palabra de aliento desde la fe y la esperanza cristiana; queremos hacerles sentir la fuerza del amor de

Dios y de su gran misericordia. Como hemos cantado en el Salmo: “El Señor es mi pastor; nada me falta está”; el Señor está cerca de los atribulados, que le invocan.

2. Cercanos ya a la celebración de la Pascua, la Iglesia católica nos invita a prepararnos con esmero, para sacar buenos frutos mediante la participación en el misterio pascual de Jesucristo, nuestro Salvador.

Las fuerzas del mal llevaron a la muerte de cruz a Jesús de Nazaret. Hemos escuchado en el Evangelio de hoy la trama urdida en su contra y un primer intento fallido de captura, «porque todavía no había llegado su hora» (*Jn* 7,30).

Las mismas fuerzas del mal continúan llevando hoy a la muerte temporal a muchos seres humanos. Ante la experiencia de la vida, las preguntas fundamentales sobre el hombre, sobre el sentido de la vida, sobre el dolor, sobre el mal, sobre la muerte, sobre la otra vida,... ¡siguen en pie! La Iglesia ofrece una respuesta: “Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse” (*Gaudium et spes*, 10). La clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en Jesucristo, fundamento último de la existencia humana, que esclarece el misterio del hombre.

Esta respuesta viene ofrecida, pero jamás impuesta. Con la libertad propia del hombre, toda persona humana puede encontrar la Verdad y adherirse a ella; es decir, puede encontrar a Jesucristo, Verdad de nuestra vida y creer en Él. Os ofrecemos el tesoro de nuestra fe cristiana, que puede colmar las aspiraciones de todo hombre y despajar sus interrogantes profundos.

3. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt* 5, 9).

Son muchos los que, de modos diversos, colaboran por una mayor convivencia pacífica. A todos ellos el Señor les acoge como hijos suyos, es decir, como hijos de la luz, como hijos de la verdad, como hijos de la verdadera libertad. Todos ellos merecen nuestro reconocimiento y estima.

Los ciudadanos españoles hemos demostrado al mundo entero nuestra capacidad de perdón, nuestra solidaridad, nuestra actitud de ayuda desinteresada, nuestro empeño por la paz, nuestro esfuerzo por la convivencia tolerante y respetuosa. Estas actitudes son fruto de la verdadera paz, que nace de Dios y es don de Dios. Pedimos al Señor que nos conceda abundantemente su paz, tan necesaria en nuestros días.

4. Esta mañana, en una entrevista a “Radio Vaticano”, me preguntaban, desde Roma, si las heridas del once de marzo del pasado año estaban curadas y cuál había sido la respuesta de los cristianos y de los ciudadanos en este tiempo transcurrido. He podido responder, con gozo, que un momento tan doloroso, como fue aquel fatídico once de marzo, nos ha conjuntado a todos, creyentes y no-creyentes, aunando nuestras fuerzas a favor del necesitado y del débil. Este acontecimiento, dentro del dolor y de la crueldad que ha significado, ha sido un motivo de crecimiento para todos nosotros; tanto los individuos como las instituciones han demostrado una colaboración eficaz, una buena participación y un querer resolver los problemas que nos afectaban.

Quiero agradecer a todos el que, desde vuestra fe, hayáis ayudado a poner un poco más de luz en esta sociedad, que tantas tinieblas mantiene aún. Quiero agradecer vuestro testimonio de perdón, de comprensión y de ayuda. Y pido al Señor para que todos, desde la luz de la fe, sigamos creciendo en amor a Dios y en amor al prójimo, porque no puede darse el uno sin el otro.

5. El libro de la Sabiduría nos ha presentado la figura del “impío”, que acecha al justo, porque le resulta incómodo, por muchas razones: Se opone a sus acciones, le echa en cara sus pecados, le reprende su educación equivocada, declara que conoce a Dios, es un reproche para sus ideas, lleva una vida distinta de los demás, su conducta es diferente y se aparta de sus sendas por ser incorrectas (cf. *Sb* 2,12-16).

Los impíos, no pudiendo soportar la presencia y la rectitud del justo, intentan darle muerte, para seguir actuando según sus propios deseos. Esto fue lo que hicieron con Jesús de Nazaret, porque les resultaba incómodo; y esto es lo que intentan hacer con quien hoy les pueda resultar incómodo.

Según el texto bíblico, el “impío” se caracteriza por su actitud de “incredencia”, por no aceptar a Dios en su vida, por no respetar las normas divinas, por querer

erigirse en autor absoluto de toda ley, por querer disfrutar de una pretendida autonomía, que no le corresponde como ser creado, por pretender erigirse en creador de sí mismo. Quien tales cosas ambiciona, se sitúa en la actitud de desprecio de la vida de los demás. La conclusión del texto bíblico es: «Así discurren y se engañan, porque los ciega su maldad» (cf. *Sb* 2, 21).

6. Esta actitud, propia del “impío”, se manifiesta en las relaciones entre las personas y los grupos, y también a nivel de colectividades más amplias, provocando dolorosos fenómenos sociales de nuestro tiempo; enumeramos, entre ellos: La conculcación de los derechos fundamentales de la persona humana, entre los que se encuentra el derecho a la vida; las asechanzas y presiones contra la libertad de los individuos y las colectividades, sin excluir la tantas veces ofendida y amenazada libertad religiosa; las varias formas de discriminación; la violencia y el terrorismo; el uso de la tortura y de formas injustas e ilegítimas de represión; la acumulación de armas convencionales o atómicas; la carrera de armamentos; la distribución inicua de las riquezas del mundo (cf. Juan Pablo II, Exhortación postsinodal *Reconciliación y penitencia* (2.XII.1984), 2). Palabras claras y contundentes, tomadas de la exhortación del Papa, proclamadas hace más de veinte años.

Son muchas las formas de violencia y terrorismo, que, desde la luz del Evangelio, es preciso condenar. No hay motivos de ningún tipo que las justifiquen: ni ideológicos, ni políticos, ni económicos, ni religiosos. Cualquier forma de violencia y terrorismo es absolutamente injustificable y condenable.

Por otra parte, nadie estamos exentos de la tentación de dominio y de manipulación del otro, buscando los propios intereses. Mire cada cual cómo vive la relación con Dios y con los demás, examinando su posible pecado de “impiedad”, como nos decía el texto del libro de la Sabiduría, que destrona a Dios de su lugar y coloca en él los intereses humanos.

7. San Teófilo de Antioquía, obispo, en una carta a Autólico le dice que hay que tener los ojos limpios, para poder ver con claridad: “Ven a Dios los que son capaces de mirarlo, porque tienen abiertos los ojos del espíritu. Porque todo el mundo tiene ojos, pero algunos los tienen oscurecidos y no ven la luz del sol. Y no porque los ciegos no vean ha de decirse que el sol ha dejado de lucir, sino que esto hay que atribuírselo a sí mismos y a sus propios ojos. De la misma manera,

tienes tú los ojos de tu alma oscurecidos a causa de tus pecados y malas acciones. El alma del hombre tiene que ser pura, como un espejo brillante. Cuando en el espejo se produce la herrumbre, no se puede ver el rostro de una persona; de la misma manera, cuando el pecado está en el hombre, el hombre ya no puede contemplar a Dios” (San Teófilo de Antioquía, *Carta a Autólico*: Libro 1, 2.7: PG 6, 1026-1027. 1035).

La limpieza de corazón permite contemplar a Dios: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mt 5,8*). Es la actitud contraria a la del “impío”, que se coloca una venda, para no ver la realidad de la vida. Los limpios de corazón ven las cosas desde Dios, desde su luz, desde su perspectiva.

Al igual que los que trabajan por la paz son considerados hijos de Dios, los que son limpios de corazón podrán gozar de la presencia de Dios y contemplarle cara a cara.

8. Ante las diversos obstáculos, que amenazan la convivencia humana y la pacífica relación entre las naciones, os invito, hermanos, a elevar nuestras plegarias a Dios, clemente y misericordioso, pidiéndole que ilumine a quienes detentan los destinos de los pueblos, a quienes tienen responsabilidades políticas, para que sepan encontrar soluciones a los problemas existentes y haga brillar la fulgurante estrella de la paz sobre las poblaciones y comunidades humanas, atribuladas por las guerras, los odios, las violencias y las acciones terroristas.

Pedimos de modo especial en esta Eucaristía, por quienes hace un año perdieron su vida en el execrable atentado terrorista, perpetrado en nuestra Comunidad Autónoma. ¡Que el Señor les conceda la contemplación de su rostro y la felicidad eterna, a los que partieron de este mundo!

Pedimos por todos los que han sufrido en sus vidas las negativas consecuencias de este atentado: por los enfermos y por las familias afectadas.

Queremos pedir también por la conversión de los que perpetraron dicho acto, para que el Señor les ilumine y puedan apreciar la gravedad de sus hechos, desterrando de su corazón todo tipo de violencia.

Y puesto que la paz es un don de Dios a los hombres, pedimos al Señor por todos los hombres de buena voluntad, para que entre todos busquemos soluciones justas a los problemas y dificultades, que la sociedad tiene planteados.

¡Que Santa María, la Reina de la paz, interceda con su solicitud maternal por todos nosotros, para que seamos constructores de la paz y vivamos con limpieza de corazón! Amén.

CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO DE MERCEDES HERMOSO Y ESTEBAN RUIZ

Parroquia de San Juan Evangelista.
Torrejón de Ardoz, 12 de Marzo de 2005

Lecturas: *Jr* 11,18-20; *Col* 3,12-17; *Jn* 7,40-53.

1. Hemos escuchado el texto del Evangelio de san Juan, en el que aparecen diversidad de opiniones sobre Jesús, y discrepancias en torno a Él (cf. *Jn* 7,40-53). Nos dice el texto que unos sostienen que Jesús es el Mesías, y otros que no lo es.

Entre los judíos, nadie sabía con certeza la procedencia y el origen del Mesías; sin embargo, todos sabían que Jesús había nacido en Belén. Esto origina una disensión entre la gente por causa de Jesús.

Jesús no deja indiferente a nadie. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, cuando se encuentra con las personas, no deja indiferente: o se está con Él, o se le rechaza. Pero uno no puede quedar neutral ante la presencia de Cristo. Esa es la primera consecuencia que sacamos de este relato.

2. Unos quieren prenderlo y matarlo (cf. *Jn* 7,44); mientras que otros no encuentran motivos para ello. La presencia de Jesús es tan profética y testimonial,

que implica a las personas. Quienes no aceptan lo que Él dice y hace, quieren quitarlo de la tierra de los vivos.

Dentro de poco, celebraremos en la Semana Santa la muerte de Jesús en la cruz, porque su presencia y su doctrina molestaba a algunos paisanos suyos. Otros, sin embargo, no encuentran motivos para prenderlo.

3. Unos encuentran en Jesús a un gran Maestro, otros a un embaucador. Los primeros aprecian lo que Jesús dice: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre» (*Jn* 7,46). Realmente, nadie ha expuesto la doctrina que Jesús ha presentado; nadie ha dicho las cosas, que Él ha dicho; nadie ha hecho las obras, que Él ha hecho.

Humanamente hablando, ningún ser humano debería quedar indiferente ante otro ser humano. Y si la persona con la que nos encontramos es Jesús, el Dios hecho Hombre, aún debería dejarnos menos indiferentes. Sin embargo, unos encuentran en Él una sabiduría profunda y lo aceptan como Maestro, mientras que otros lo rechazan como milagrero y embaucador.

4. Hoy día también hay división de opiniones ante Jesús. Y las hay en vuestro ambiente, queridos Mercedes y Esteban. Unos, vosotros entre ellos, lo aceptáis como Salvador. Pero otros rechazan a Jesús.

El testimonio de los cristianos –y el vuestro en concreto- ha de ir en la línea de la aceptación de Jesús en la propia vida, explicando a los demás que esta presencia es muy importante.

Vuestra vida, a partir de ahora, va a estar unida a la del otro. Individual y autónomamente, cada uno de vosotros ha aceptado a Jesús en su vida. Para cada uno de vosotros, Jesús ha sido importante y no ha pasado inadvertida su presencia. Jesús ha dado sentido a vuestra juventud, a vuestras actividades, a vuestra profesión. Jesús está dando sentido a lo que estáis haciendo hoy. Si hasta ahora, Jesús ha ido dando sentido a vuestra vida y la habéis fundamentado sobre su Persona, con más razón, a partir de hoy, que unís vuestras vidas en santo matrimonio, Jesús ha de ser central en vuestra vida.

5. A partir de este momento os convertís en dos personas, que han unido su vida en Jesús, ante Dios y por su gracia. Os convertís en dos testigos de Cristo, unidos inseparablemente hasta vuestra muerte.

Encontraréis –como hasta ahora por separado- muchas personas que lo vituperarán, que lo desearán y que no encontrarán motivos para aceptarlo en su vida; eso no os debe desanimar. Vosotros debéis aceptarlo, porque sabéis lo que Él os ha regalado y lo mucho que os ama.

Estáis llamados, desde este momento, a ser signo sacramental, en el matrimonio, del amor de Dios a los hombres. Es decir, vais a convertirlos en “signos vivos” en esta sociedad que, de muchas maneras, rechaza a Dios. Vais a convertirlos en signos personales, sacramentales del amor de Dios a los hombres, del amor de Cristo a su Iglesia, del amor de Dios a cada uno de nosotros.

6. El mismo amor, que os profesáis el uno al otro, no es sino participación del Amor de Dios. No hay ningún ser humano, que hay inventado el amor: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10).

Originariamente, el amor -como nos dice san Juan- es la experiencia de haberse sentido amado por Dios. Sólo aquél, que ha sido objeto de amor por parte de Dios, a través de sus padres, de su familia, de otras personas, y ha experimentado el amor es capaz de amar.

Hay muchas personas, jóvenes e incluso casados, que no saben amar; en parte, porque no han sido amados. Aquí tenéis un reto precioso, Mercedes y Esteban, y todos los matrimonios cristianos, que estáis presentes. Gracias al amor, que vosotros profesáis a otras personas -vuestros hijos, vuestro esposo, vuestra mujer, vuestros amigos- ellos podrán experimentar el amor y ser capaces de amar.

Nuestra sociedad está propiciando el nacimiento y el desarrollo de seres humanos con una pobrísima experiencia de amor. Estáis llamados a vivir el Amor, a promoverlo, a hacerlo presente, a animarlo. Tenéis un gran reto, que a partir de ahora afrontaréis juntos; no podéis hacerlo por separado.

7. Tened confianza en Dios. El “Siervo de Yahveh”, como hemos escuchado en la primera lectura (cf. Jr 11,18-20), sabe que es llevado al matadero; conoce los planes homicidas, que contra Él planean, pero pone su confianza en Dios.

Vosotros también debéis ser conscientes de que el camino que comenzáis es precioso, bellissimo, pero no está exento de espinas -como el rosal-, ni de dificul-

tades. Es mejor ser conscientes de ello y poner vuestra confianza en Dios. Poned vuestro futuro, vuestro presente y vuestro amor en manos de Dios, que es Amor. ¡Fiaos de Él, que jamás abandona ni defrauda!

Nuestros padres, incluso nuestra madre que nos ha llevado en el seno, podrían abandonarnos. Por desgracia, hay muchas madres que abandonan hoy a sus hijos. El Señor nos dice, con el salmista: «Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me acogerá» (*Sal 27,10*). El Amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, jamás falla. ¡Tened esa fe y convicción profundas y poneos en manos del Amor, para vivir enamorados! Si queréis seguir viviendo “en-amor-ados”, debéis poner vuestro corazón en el Amor de Dios, del cual vuestro amor es un reflejo precioso.

8. La carta de Pablo a los *Colosenses*, que habéis meditado muchas veces y que tanto os gusta, es preciosa. Intentaría deciros tres palabras sobre ella, que os ayuden en esta nueva vida, que hoy vais a comenzar.

En primer lugar, Pablo, cuando habla del matrimonio, recuerda sencillamente que el matrimonio ha de estar adornado -y así debéis estarlo vosotros- de virtudes humanas. Entre las virtudes humanas se encuentran: La bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión, la servicialidad, el aguante, la fortaleza... (*Col 3,12*). Cualquier matrimonio, incluso no creyente, puede estar perfectamente adornado con estas virtudes. Con mayor razón debe estar adornado de ellas, quien realiza su matrimonio delante de Dios, quien es hijo de Dios y quiere vivir como tal. Por tanto, ¡adornaos con estas virtudes, promoviéndolas cada día más!

9. Un peldaño más en la subida hacia la perfección, son los tres pilares sobre los que se debe apoyar todo matrimonio cristiano. Se trata no sólo de estar adornados por virtudes humanas, sino enriquecidos de las “virtudes cristianas”. Las otras eran “adorno”, estas son una “riqueza”. Las virtudes cristianas típicas son las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza cristiana y la caridad.

Pablo dice: «Por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad, y que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón» (*Col 3,14-15*). Las tres virtudes cristianas teologales nos ubican en sintonía con Dios y son un don de Dios; por eso son una “riqueza”, que nos regala Dios. Las virtudes teologales se os dieron como regalo en el Bautismo y en la Confirmación: promovedlas, aceptadlas, vividlas y profundizadlas. ¡Enriqueceos de esos dones que el Señor os ha dado!

10. El tercer elemento, que deseamos comentar, después de las virtudes humanas y las virtudes teologales, es el alimento necesario para el cristiano: la Palabra de Dios y el Pan eucarístico. Casi todos los matrimonios viven las virtudes humanas; son muchos, desgraciadamente, que no viven las virtudes teologales; y tan solo unos pocos celebran habitualmente los sacramentos de la fe.

Sin embargo, la escucha de la Palabra de Dios y la participación en el banquete eucarístico son claves para alimentar el amor. Os animo a leer juntos en casa la Palabra divina y a rezar juntos: «Cantad salmos, himnos y cánticos inspirados» (Col 3,16), como dice Pablo. Cantad y rezad a Dios, tanto en casa como en el templo, con los salmos. Leed y medita la Palabra de Dios, individualmente y juntos, rezando con ella. Alimentaos de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que es el Pan de la Vida. Dedicad un tiempo de oración a Dios. Ésa es la característica del matrimonio cristiano: celebrar y vivir la fe cristiana y alimentarse de los sacramentos. Y esto hay que hacerlo como matrimonio, no sólo individualmente.

Mercedes y Esteban, ¡he aquí un precioso programa de vida! No lo agotaréis jamás, por muchos años que viváis. Tan solo la lectura completa de la Biblia os puede llevar muchos años; y, cuando terminéis, podéis volver a empezar. También podrías rezar todos los días la “Liturgia de las Horas”, asumiendo ese canto de alabanza como una iglesia doméstica.

11. Con gozo y alegría debéis apoyaros y ayudaros mutuamente, para enriqueceros el uno al otro. También es necesario que sepáis perdonaros, porque habrá fragilidades, debido a nuestra flaqueza humana, por el pecado original. No exijáis al otro lo que vosotros tampoco podéis dar; no podéis exigir que otro sea perfecto.

Todos los presentes pedimos al Señor que santifique vuestro amor; que os enriquezca con sus dones; que os bendiga, en este día, en que os ofrecéis el uno al otro en el santo matrimonio cristiano.

El matrimonio puede mantenerse por don de Dios, pero no por las solas fuerzas humanas. Quien crea ser “superhombre” sucumbirá a la primera dificultad. ¡Fiaos del Señor, poniendo vuestro amor en manos del Amor de Dios!

12. Según una historia oriental, un día le preguntó el discípulo a su maestro: “¿Cómo conservar una gota de agua?”. El aprendiz estaba preocupado, porque

una gota de agua es difícil conservarla sola: puede evaporarse o ser destruida. Y la respuesta del maestro fue: “Una gota de agua se conservará mejor en medio del océano”.

¿Cómo conservar un amor entre dos personas? Si se aísla, desaparecerá totalmente. Pero se puede conservar un amor frágil y pequeño entre dos personas, sumergiéndolo en el Amor de Dios. ¡Sumergid vuestro amor, vuestra gota preciosa de amor, en la inmensidad infinita del amor de Dios! De ese modo, no desaparecerá nunca y quedará guardado hasta la eternidad.

13. Vamos a proseguir la celebración, rezando por vosotros. Vais a realizar el signo sacramental, mediante el cual haréis donación de vosotros mismos al otro; os regalaréis el uno al otro vuestro amor, delante de toda la asamblea y delante de la Iglesia, representada en los sacerdotes.

¡Que el Señor os bendiga, Mercedes y Esteban, y bendiga también a todos los matrimonios cristianos, y a todos los que, en esta tarde, estáis presentes en esta celebración. Amén.

COLACIÓN DE MINISTERIOS DE LECTOR Y ACÓLITO

(Capilla del Palacio-Alcalá, 19 Marzo 2005)

Lecturas: 2 *Sm* 7,4-5.12-14.16; *Rm* 4,13.16-18.22; *Mt* 1,16.18-21.24.

1. Como hemos escuchado en la carta a los Romanos, la fe de Abrahán lo lleva a la justificación: «No fue la observancia de la Ley, sino la justificación obtenida por la fe, la que obtuvo para Abrahán y su descendencia la promesa de heredar el mundo» (*Rm* 4,13).

Abrahán se encuentra con el Dios vivo; el Dios que da la vida y mantiene providencialmente a los seres en la existencia; el encuentro con el Dios de la vida le lleva a la fe: «Al encontrarse con el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe, Abrahán creyó» (*Rm* 4,17).

En San José, cuya solemnidad hoy celebramos, se cumplen las promesas de Dios a su pueblo. Él es modelo de fe, al modo del patriarca Abrahán, que obedeció contra toda lógica y esperó contra toda esperanza (cf. *Rm* 4, 16.18).

San José vivió, al igual que el Patriarca de Ur, la experiencia del Dios de la vida; se le propone aceptar a María su mujer, porque el hijo que nacerá de ella será

el Salvador de la humanidad: «Daré a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados» (*Mt* 1,21).

2. San José fue el hombre bueno, carpintero de Nazaret de Galilea (cf. *Mt* 1, 19; 13, 55; *Mc* 6,3.), a quien “Dios confió la custodia de sus tesoros más preciosos” (*Redemptoris custos*, 1), el Hijo de Dios y su Madre, la Virgen.

Estando José desposado con María, resulta que ella espera un hijo; ante ese acontecimiento inesperado, José decide repudiar en secreto a su esposa. Pero «apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (*Mt* 1,20).

La acogida se tradujo en aceptación plena: desde la alegría de la Navidad, a las tribulaciones del exilio y la búsqueda de nuevas residencias; de la acogida festiva de los dones de los Magos, a la preocupación de poner a salvo al Niño y a la Madre. A pesar de todos los motivos, que podía tener José para no comprometerse en aquello que podría aparecer como una aventura, se fió de Dios; y se fió también de María. Así, con plena confianza, entró con ella en el misterio del Hijo de Dios hecho hombre, aún sin saber cómo se resolvería todo.

La figura de San José, que hoy veneramos, es un canto a la obediencia confiada de la fe: «Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor» (*Mt* 1,24). Con sencillez y humildad acepta las disposiciones divinas, a pesar de que, humanamente hablando, no eran muy comprensibles ni halagüeñas. El Señor nos invita a aceptar su voluntad con una gran confianza.

3. Hoy se celebra, en muchas diócesis españolas, el “Día del Seminario”. Al igual que Abrahán hoy siguen habiendo personas que hacen la experiencia de la fe; que perciben la presencia de Dios en su vida y se fían de él.

También hoy día, al igual que a San José, el Señor sigue llamando a jóvenes para que cuiden de “sus tesoros”, Jesús y María, y los den a conocer a los demás. A vosotros, estimados lectores y acólitos, se os confían los tesoros de Jesús y de María, para que os enriquezcáis, para que los cuidéis y para que los ofrezcáis a vuestros contemporáneos.

Nuestro mundo necesita jóvenes, que acepten el encargo de dar a conocer las insondables riquezas del misterio cristiano; jóvenes, que, de manera callada y humilde, lleven a cabo el plan de salvación, que Dios tiene previsto para los hombres de nuestro tiempo.

Vale la pena dedicar la propia vida a una causa humana noble; pero vale más todavía consagrar la propia vida a la causa del Reino de los cielos. La juventud actual está muchas veces falta de “modelos de vida”, a quien imitar; está falta de “ilusiones”, por las que entregar la propia vida; está falta de “motivaciones” para salir de sí mismos al encuentro con los demás, sobre todo, con los más necesitados, con los pobres de espíritu, con los pobres de cultura, con los pobres de fe, con los faltos y pobres de amor. Estáis llamados, estimados jóvenes, a vivir con ilusión, a tener ideales altos y nobles, a saber perder la propia vida, para ganarla en el amor de Dios.

4. El Señor os ha llamado a vosotros, estimados candidatos a lectores y acólitos, para que ejerzáis estos ministerios al servicio de la Iglesia y a favor de los hombres. A los lectores, estimados Jesús-Javier y Antimo, se os encomienda un oficio especial al servicio de la fe, que tiene su raíz y fundamento en la Palabra de Dios. Vuestra misión será proclamar esta Palabra en las celebraciones litúrgicas y educar en la fe a los fieles, anunciándoles la Buena nueva de la salvación y preparándolos para recibir dignamente los sacramentos.

A los acólitos, queridos Julio y Fermín, se os confía la misión de ayudar a los presbíteros y diáconos en su ministerio y distribuir como ministros extraordinarios la Sagrada comunión a los fieles. En este año, dedicado de modo especial a la Eucaristía, debéis vivir con mayor intensidad este misterio de amor y procurar identificaros más plenamente con él.

5. José recibe una importante misión de Dios: cuidar del Hijo Jesucristo y de su Madre, la Virgen María. La grandeza de este hombre no nace tanto de la función visible y externa, que Dios le encomendó, cuanto de sus disposiciones interiores, que le convierten en modelo de docilidad a la voluntad divina.

San José es modelo de todos los fieles, y de modo especial de los jóvenes que hoy recibís los ministerios de Lector y Acólito. No se trata de ostentar un cargo, ni de obtener un título, sino de vivir la misión, que Dios os confía, como un servicio callado a la Iglesia.

La Iglesia pone ante nuestros ojos un ejemplo a imitar. Quiere ofrecernos la manera de encarnar el Evangelio, que San José ha vivido, como joven trabajador en una pequeña aldea de Galilea, como esposo de una joven virgen, como padre adoptivo de un “hijo” que no ha engendrado, pero del cual era padre según la Ley.

6. La Iglesia nos invita hoy a honrar a San José, celebrando su fiesta con alegría, propuesta desde 1470 por el Papa Sixto IV. Damos gracias a Dios por esta eminente figura de la Iglesia universal, de la que es patrono, desde 1870, por voluntad del Papa Pío IX. Damos gracias a Dios por el regalo que supone para toda la Iglesia la presencia de San José.

San José vivió pobremente, según los criterios de esta tierra, como nos narran los Evangelios; pero fue infinitamente rico, gozando de la presencia de las personas que Dios le confió a su cuidado.

Probablemente, estimados candidatos a los ministerios, no viviréis en este mundo con gran riqueza de bienes materiales; no sería buen signo, si así fuera. Pero podéis estar seguros de ser infinitamente mucho más ricos, con las dádivas y los dones que el Señor os concederá a través de vuestro ministerio.

7. El Salmo interleccional nos ha invitado a cantar las misericordias de Dios: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades» (*Sal* 88,2). ¡Sea ésta nuestra misión y nuestro empeño! El Señor nos llama a anunciar las grandezas de su amor y la fidelidad de su misericordia, que no se detiene ante ningún obstáculo; ni siquiera ante la fragilidad y la miseria del ser humano.

Cantemos con el salmista: «Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora» (*Sal* 88,27). San José vivió la paternidad adoptiva de Jesús, en correspondencia de la paternidad divina. Por eso no tuvo dudas y se fió plenamente de Dios, de quien esperaba la fidelidad de su amor: «Le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable» (*Sal* 88,29).

¡Fiaos de quien os llama a su servicio! ¡Cantad las alabanzas de quien os ha concedido su misericordia y su perdón! ¡Entonad salmos de bendición a quien os ha escogido para ser sus ministros!

8. San José fue instrumento de Dios, junto a su esposa María, para llevar a cabo la obra de la Encarnación y de la Redención. Madre e Hijo tenían necesidad de este hombre justo, humilde, sencillo, piadoso, trabajador y silencioso. José fue apoyo para Jesús en su niñez y adolescencia; y también para la joven esposa.

La vida de José, al lado de su esposa María, fue una verdadera peregrinación en la fe, iniciada antes de los acontecimientos narrados en el Evangelio y continuada a lo largo de toda su vida. Con la ayuda de la gracia y procurando vivir como buen israelita, José fue avanzando por las sendas de la santidad y de la fidelidad al Dios que siempre fue fiel con su pueblo.

Esta actitud de José, calificada por la Sagrada Escritura como propia del hombre “justo” (cf. *Mt* 1,19) y aplicada a patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, se va acrisolando al aceptar la voluntad de Dios, a pesar de las dificultades. José acata los planes de Dios en silencio y obediencia: éste es su camino de fe. A lo largo de este camino los Evangelios sólo citan sus acciones de obediencia y su silencio de acogida; “gracias a ello se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el ‘justo’” (*Redemptoris custos*, 17).

9. En esta celebración eucarística podemos reafirmar nuestra devoción al glorioso Patriarca San José, beneficiario inmediato del regalo del amor salvador de Dios en la humanidad de Cristo (cf. *Redemptoris custos*, 27c), y pedirle que sea nuestro intercesor cualificado.

¡Que San José interceda a favor de la Iglesia universal, de la que es Patrono! ¡Que la proteja en esta nueva andadura del tercer Milenio! ¡Que sostenga a los ministros de Iglesia en su misión propia!

¡Que interceda por todos los sacerdotes y seminaristas del mundo y, en particular, de nuestra nación! ¡Que cuide paternalmente de los nuevos Lectores y Acólitos!

¡Que San José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal, sea modelo para todos nosotros: en la escucha religiosa de la Palabra de Dios, en la obediencia y disponibilidad a la voluntad del Padre, en el silencio y la laboriosidad, en la vivencia de las exigencias del amor y en la búsqueda de la verdad! Amén.

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS

(Catedral, 20 Marzo 2005)

Lecturas: *Is* 50,4-7; *Flp* 2,6-11; *Mt* 26,14–27,66.

La unidad intrínseca del Misterio Pascual

1. La celebración del Domingo de Ramos abre la puerta de entrada a la Semana Santa para todos los cristianos, en una doble vertiente: aclamamos a Jesús como Rey y Mesías en su entrada triunfal en Jerusalén, y a la vez anunciamos el misterio de su muerte y Resurrección por amor a nosotros.

Ambos motivos centran la celebración hodierna y nos ayudan a iniciar la Semana Santa adecuadamente, puesto que la pasión y muerte de Jesús y su posterior triunfo salvador por la Resurrección, como Rey y Señor de nuestra vida, no son dos hechos aislados, sino las dos caras indisociables de un mismo misterio, el Misterio Pascual, por el cual Jesús pasa de la muerte a la vida y nos lleva con Él, salvándonos para siempre.

2. La Iglesia, al adentrarse en la Semana Santa, no se dispone a contemplar al Señor únicamente en su pasión y muerte, que, por otro lado, siempre es bueno y necesario para que nuestra vida cristiana de fruto. La Iglesia contempla a Cristo Resucitado, que ha redimido al ser humano y lo ha conducido a una vida nueva y eterna.

Esto significa que hemos de celebrar siempre en Semana Santa el Misterio Pascual completo, que comprende la Muerte y la Resurrección del Señor en su unidad constitutiva y en su significado pleno. El cristiano no puede quedarse únicamente en la contemplación de la Pasión y Muerte de Cristo, sino que debe llegar a la celebración creyente y firme de la Resurrección de Jesús de Nazaret. Corremos el riesgo, a veces, de quedarnos solamente en la contemplación de la Cruz y la Muerte del Señor, sin llegar a dar la verdadera importancia a la verdad de la Resurrección.

3. Pedimos hoy al Señor la gracia de comprender y vivir fructuosamente el Misterio, que nos disponemos a celebrar en la Semana Santa: el Misterio de su Pascua, de su paso de la muerte a la vida.

Acabamos de escuchar el relato de la pasión y muerte del Señor según el evangelista San Mateo. Entre los personajes de la Pasión aparecen los judíos, que gritaban a Pilatos: «¡Crucifícale, crucifícale!» (*Mt 27,22*); en ellos estábamos nosotros representados por nuestro pecado; en los soldados, quienes, escupiendo e insultando a Jesús le decían: «Salve, Rey de los judíos» (*Mt 27,29*), también estábamos nosotros, por nuestro pecado; y entre los que, delante de la cruz, le gritaban a Jesús para que bajara de la misma y le decían: «Que se baje ahora de la cruz y creeremos en él» (*Mt 27,42*), allí también estábamos nosotros, por nuestro pecado.

Jesucristo nos ha redimido a todos y ha cancelado la condena que merecemos por nuestro pecado.

4. El Señor entra hoy aclamado como Rey en Jerusalén, consciente de que va a entregar su vida en el más absoluto despojo de sí mismo. Aquella muchedumbre entusiasmada, que extendía sus mantos a su paso y cortaba ramos para arrojarlos a sus pies, aclamándole como Rey e Hijo de David, no comprendía la profunda conmoción espiritual con que Jesús vivía esos momentos, decisivos para nuestra Redención.

En medio de un clima de fiesta y alegría, el Señor se presenta ante nosotros como el Siervo humilde, que viene montado en un animal de carga; pero no viene como un rey de este mundo, ni como un salvador político, es decir, el Mesías esperado por el pueblo de Israel.

5. Nuestra salvación pasa por el abajamiento y el servicio del Siervo de Yahveh, por su humillación y su muerte en cruz. Como hemos escuchado en el Canto del Siervo de Yahveh del profeta Isaías: «Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvazos» (*Is 50,6*).

El Señor Jesús se rebajó para ser exaltado; se humilló para ser enaltecido; murió para resucitar. Asumió nuestra naturaleza humana para comunicarnos su naturaleza divina, nuestra muerte para darnos su vida. Se entregó libremente para sacarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte, y ahora resucitado, vive para siempre e intercede por nosotros, como Rey y Señor de nuestra vida.

6. Miremos nosotros hoy a nuestro Rey, manso y humilde, que viene a nosotros, para humillarse hasta la muerte de cruz, y comprendamos lo grande que es su misericordia para con nosotros. Miremos la humildad de Dios, y comprendamos que hemos de humillarnos también nosotros, entregando la vida con Él y por Él cada día, para ser enaltecidos por Él.

Al comenzar hoy la Semana Santa, contemplemos a Jesús, «coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte» (*Hb 2,9*). Así, por su abajamiento y obediencia, por su humillación en la pasión, ha padecido la muerte para la salvación de todos, conforme al designio eterno de Dios Padre, de darnos a todos sus hijos su misma gloria.

7. Algunos, en nuestra querida nación, desean que desaparezca todo tipo de manifestación religiosa pública; piden que se prohíba todo signo externo de religiosidad y toda forma de testimonio público de la fe.

Estimados alcalaínos, ¡salid a la calle, a manifestar públicamente vuestra fe! ¡Profesadla interna y externamente! El derecho a la libertad religiosa es un derecho fundamental y primario; si éste no existe, tampoco existirán los demás.

Os invito a que celebremos la Semana Santa, participando en los Oficios litúrgicos y profesando públicamente nuestra fe por las calles de nuestra querida Ciudad.

8. ¡Que el Señor nos conceda unos días santos! La Semana Santa, que hoy comenzamos, es indudablemente tiempo de gracia, en el que el Señor puede obrar

maravillas en nosotros, si permanecemos contemplándolo a Él, atentos a su voluntad, humildes e identificados con su pasión y su muerte, para poder resucitar después.

¡Que en esta Semana Santa, la Virgen María interceda por nosotros, para que alcancemos de Dios la gracia de la santidad y de la conversión definitiva, muertos al pecado y resucitados con Cristo a una vida nueva; vida de fe que obra por la caridad!

¡Que celebremos todos el Misterio Pascual completo: la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo. Y que nos incorporemos a este Misterio de amor y de salvación!

¡Estimados cofrades, vivid este Misterio de todo corazón! ¡Estimados alcañinos, cuando veáis procesionar los “Pasos” de nuestra Semana Santa, identificaos con Aquel, cuya imagen contempláis; pedidle perdón de vuestros pecados, porque muere por nosotros; y pedidle que os resucite, para vivir y gozar de la Pascua eterna! Así sea.

MISA CRISMAL

(Catedral, Miércoles Santo, 23 Marzo 2005)

Lecturas: *Is* 61,1-3.6-9; *Ap* 1,5-8; *Lc* 4,16-21.

Unidad de vida en Cristo

1. La lectura del profeta Isaías nos ha recordado, a todos y cada uno de nosotros, nuestra condición sacerdotal: «Vosotros os llamaréis ‘Sacerdotes del Señor’, dirán de vosotros: ‘Ministros de nuestro Dios’» (*Is* 61,6).

Por pura gracia divina, por puro don de Dios, queridos hijos, hemos recibido el sacerdocio ministerial, que nos configura con Cristo Sacerdote y nos permite obrar en su nombre (cf. *Presbyterorum ordinis*, 2). Ha sido un regalo especialísimo de su amor para con nosotros.

Cantemos eternamente las misericordias del Señor (cf. *Sal* 88,2), que nos ha llamado a la hermosa tarea de participar de su único sacerdocio, en estrecha unión con Él por el amor, asociándonos a su misión y asemejándonos a su persona.

El Concilio Vaticano II nos recuerda que “el fin que buscan los presbíteros con su ministerio y con su vida es procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta

gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libremente y con gratitud la obra divina realizada en Cristo y la manifiestan en toda su vida” (*Presbyterorum ordinis*, 2).

2. Por el sacramento del orden sacerdotal hemos sido configurados ontológicamente con Cristo: “Los presbíteros se configuran a Cristo Sacerdote como miembro con su Cabeza, para la estructuración y edificación de todo su Cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del orden episcopal” (*Presbyterorum ordinis*, 12).

Los sacerdotes estamos obligados a adquirir la perfección por un título especial, puesto que hemos sido consagrados de forma nueva a Dios por la recepción del Orden sacerdotal y hemos sido constituidos en instrumentos vivos del Sacerdote Eterno, para perpetuar, a través del tiempo, su obra admirable de salvación (cf. *Ibid.*).

El don del sacerdocio ministerial ha de ser acogido por nosotros como el tesoro más preciado, que hemos de saber agradecer y cuidar: colaborando con la gracia de Dios, configurándonos cada día más plenamente con Jesucristo, y dejándonos moldear dócilmente por la acción del Espíritu Santo. En esta relación con la Trinidad hemos de mantener limpio nuestro corazón, para no obstaculizar su obra en nosotros y, a través de nuestro ministerio, en los demás.

3. No somos espectadores pasivos de las maravillas que el Señor obra en nosotros. La configuración ontológica con Cristo, que se nos ofrece como gracia en el sacerdocio ministerial, requiere una configuración existencial, que implique todas las dimensiones de nuestra persona.

El Señor nos invita a asemejarnos cada vez más a Él, en su caridad de Buen Pastor, en su corazón lleno de amor misericordioso, en su actitud de acogida a todos, en el ejercicio del ministerio como servicio eclesial desinteresado y, sobre todo, en su total adhesión a la voluntad del Padre, que se traduce en una vivencia profunda y comprometida de nuestra promesa de obediencia sacerdotal: “Los presbíteros, con esta humildad y esta obediencia responsable y voluntaria, se asemejan a Cristo, sintiendo en sí lo que en Cristo Jesús, que «se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo... hecho obediente hasta la muerte» (*Flp*, 2,7-9). Y con esta obediencia, venció y reparó la desobediencia de Adán” (*Presbyterorum ordinis*, 15).

4. Esta configuración existencial con Cristo requiere que pongamos en juego todas nuestras facultades, nuestra libertad, nuestro entendimiento y voluntad, a disposición de la obra de santidad, que Dios quiere obrar en nosotros por el Espíritu Santo. Se nos pide, en definitiva, estimados hermanos en el sacerdocio, una vida radicalmente entregada a nuestro sacerdocio.

Tenemos todos un ejemplo vivo, precioso, público, en Juan Pablo II, ejerciendo la plenitud del sacerdocio ministerial, como potestad suprema. Como sabéis, no ahorra dedicación generosa, esfuerzo y entrega, a pesar de su estado y de sus limitaciones. Quienes hemos tenido la gracia de colaborar de cerca con él, hemos podido apreciar, día a día y minuto a minuto, esa entrega que desgasta la propia vida en el ejercicio de su ministerio. Y ahora, como todos sabéis, con esa situación de impedido, enfermo, anciano y frágil, continúa entregándose al Señor en cada momento. Pidamos por él, por su ministerio y por su salud.

5. El ejercicio de nuestro ministerio nos exige alcanzar una unidad de vida en Cristo, de tal modo que Él sea el centro y raíz de toda nuestra existencia. Se trata de vivir unidos a Él, como el sarmiento a la vid, como dice el evangelista Juan: «Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (*Jn 15,4*).

El Papa Juan Pablo II, en la exhortación postsinodal “Pastores dabo vobis”, nos indica cuál ha de ser el principio interior unificador: “Esta misma caridad pastoral constituye el *principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote*. Gracias a la misma puede encontrar respuesta la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión. Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de «dar la vida por la grey» puede garantizar esta unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote” (*Pastores dabo vobis*, 23).

6. La Semana Santa nos invita a centrar nuestra mirada en Cristo sacerdote, que muere en la cruz por nosotros. Si queremos ser sacerdotes santos, es necesario que afiancemos nuestra vocación y misión en la contemplación del rostro de Cristo, mediante una vida de oración verdadera, de trato amoroso con el Señor, de

entrega fiel y generosa a nuestro ministerio, que llene nuestra alma y que encauce también nuestra afectividad.

Contemplemos a Cristo, entregado a la muerte por los pecadores: «Mirarán al que atravesaron» (*Jn 19,37*), nos dice Juan evangelista; tengamos los ojos fijos en Él y reconozcamos que es el único amor de nuestra vida y el único que nos salva.

Es necesario cuidar nuestro trato con Jesús, porque sólo desde el amor podemos unificar nuestra vida en Él y descansar nuestro corazón en el suyo: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (*Mt 6,21*).

No seguimos a un Dios de muertos, ni una idea o una causa; seguimos al Dios vivo, al Dios que da la vida (cf. *1 Tm 6,13; 1 Co 15,45*) y actúa en medio de nosotros con su gracia y su misericordia. Seguimos a una Persona, Jesucristo, que nos ama y que espera de nosotros que le amemos, que le correspondamos a su Amor.

7. En la Misa Crismal se reúne el presbiterio en torno a su obispo, para expresar la unidad sacramental del sacerdocio, para renovar con amor las promesas sacerdotales y para bendecir los santos óleos. Éstos nos recuerdan que los sacramentos son acciones salvíficas, cuya eficacia nace de la actualización en ellos del Misterio de Cristo, muerto y resucitado, vivo y presente en su Iglesia, mediante la acción del Espíritu Santo.

Renovamos ahora las promesas sacerdotales. Hagámoslo de corazón, sabiéndonos amados por el Señor, a pesar de nuestras limitaciones, y confiados en Él, que una vez más nos ratifica en la llamada, que nos dirigió al inicio de nuestra vocación.

Que esta celebración nos sirva como marco para adentrarnos en el Triduo Pascual, con un deseo vivo y verdadero de ser santos, por amor a Cristo, que por nosotros dio su vida y resucitó, y por su gracia nos llamó a ser sus amigos íntimos en el sacerdocio.

¡Que el Señor nos ayude a ser hombres de Eucaristía, unidos a Cristo y unificados en Él, en el culto y en la vida diaria, entregada a nuestros hermanos!

Quiero agradecer, estimados sacerdotes, vuestra dedicación generosa y fiel al ministerio. Si bien es verdad que los presbíteros sois “colaboradores necesarios” del obispo (*Presbyterorum ordinis*, 7), deseo que os sintáis “colaboradores conmigo” del Único Sacerdote, Jesucristo.

8. La participación, tan querida para los sacerdotes, de los fieles laicos y religiosos en esta celebración de la Misa Crismal, es un estímulo y un apoyo para nuestra tarea. Quiero agradecer, estimados religiosos y laicos, vuestra presencia, que nos recuerda que nuestro ministerio sacerdotal no es para nosotros, sino vosotros, para los demás.

¡Virgen María, Madre de los sacerdotes, a ti encomendamos hoy la vida de todos tus hijos sacerdotes, de modo especial los del presbiterio de la Diócesis de Alcalá! ¡Haz que sepamos saborear con gozo nuestro sacerdocio! ¡Ayúdanos a vivir alegres y contentos en el servicio ministerial! ¡Que tu ejemplo de obediencia a la voluntad del Padre nos estimule para aceptar con gozo su voluntad! ¡Ayúdanos, Madre, a agradecer de corazón el gran regalo que tu Hijo nos ha hecho, de hacernos partícipes de su sacerdocio eterno! Amén.

MISA “IN COENA DOMINI” DEL JUEVES SANTO

(Catedral, 24 Marzo 2005)

Lecturas: *Ex* 12,1-8.11-14; *I Co* 11,23-26; *Jn* 13,1-15.

La institución de la Eucaristía en la Cena pascual

1. Celebramos, en este comienzo del Triduo Pascual, la Misa en la Cena del Señor. En este año, dedicado por el Papa Juan Pablo II a la Eucaristía, la celebración del Jueves Santo cobra especial relevancia dentro de la Semana Santa. La Eucaristía es memorial de la Muerte y Resurrección de Cristo, nos asocia a ellas y nos ofrece sus frutos.

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II: “Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera” (*Sacrosanctum Concilium*, 47).

2. El Señor ha instituido la Eucaristía antes de sufrir su Pasión, sellando, así, con el sacramento eucarístico su voluntad de dar la vida. Al ofrecernos la Eucaristía, nos permite que le acompañemos y nos asocia a su Pasión oblativa, uniéndonos amorosamente a Él.

El sacramento de la Eucaristía es el sacramento del Amor, que nos hace partícipes de ese mismo Amor, entregado por nosotros. Las almas enamoradas de Cristo viven un doble deseo, infundido por la gracia: el de sufrir con Él por la salvación de los hombres, y el de participar asiduamente de la Eucaristía, que les da la fuerza para sufrir con el Señor.

3. La narración de la Última Cena de Jesús con sus discípulos, según el Evangelista San Juan, tiene un lugar central en su Evangelio. Juan dedica cinco capítulos, de los veintiuno que tiene su Evangelio, a relatar los acontecimientos de la Última Cena y a exponer los discursos y oraciones de Jesús.

En el Cenáculo Dios culmina la cadena de alianzas, que había establecido con los hombres desde Abrahán y los patriarcas, pasando por Moisés, hasta llegar a Jesucristo: «La ley vino por Moisés, la gracia y la verdad, por medio de Jesucristo» (*Jn* 1, 17). El Cenáculo es como el Sinaí del Nuevo Testamento; allí, en la intimidad de aquella sala, Dios se manifestó, en Jesucristo, cara a cara a sus amigos íntimos, perpetuando su entrega de amor por ellos en la Eucaristía, para que pudieran permanecer para siempre unidos a Él y así tener verdadera vida.

4. Esta Nueva Alianza desciende de Dios para nosotros con una riqueza nueva, eterna y definitiva. Cristo, en la Cena pascual, expresa con gestos y palabras lo que realizaría poco más tarde: «Este es el cáliz de la Nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros» (*Lc* 22,20). Las alianzas del Antiguo Testamento, rotas innumerables veces por el pueblo infiel, quedan ahora renovadas por esta Alianza nueva y eterna. Dios había dicho a su pueblo: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (*Ex* 6,7); ahora dice en Jesús: «Creéis en Dios, creed también en mí» (*Jn* 14, 1). Dios había prometido a su pueblo: «Yo habitaré en medio de ellos para siempre» (*Ez* 43,9), ahora dice en su Hijo: «Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20).

Y Jesús nos ofrece una ley nueva del amor: «Esto os mando: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (*Jn* 15, 12). Esta ley ha sido sellada con su sangre, derramada por amor, para que los hombres participen de su misma vida.

De este modo, Jesucristo, el Sacerdote Sumo y Eterno (cf. *Lumen gentium*, 28), ofrece su oblación al Padre una vez para siempre (cf. *Hb* 7,27), e instituye el nuevo sacerdocio, que comparte con sus apóstoles y del que participan los obispos y los presbíteros (cf. *Presbyterorum ordinis*, 7).

5. La noche en la que Jesús instituyó la Eucaristía era la noche de la cena de la Pascua: el momento de recordar ritualmente la noche de la liberación del pueblo de Israel, en su salida de Egipto: «Guarda el mes de Abib y celebra en él la Pascua en honor del Señor tu Dios, porque fue en el mes de Abib, por la noche, cuando el Señor tu Dios te sacó de Egipto» (*Dt* 16,1).

En el mes de Nisán -como hemos escuchado en la lectura del libro del *Éxodo* (12,1-14)- cada familia debía procurarse un cordero o cabrito macho, sin defecto, con cuya sangre marcar las jambas y el dintel de la casa, tal y como hicieron los hijos de Israel en Egipto. El cordero pascual debía comerse acompañado del pan ácimo de la premura y de las verduras amargas, que les recordarían la amargura del desierto, camino de la tierra prometida. La cena debía hacerse de pie, preparados para salir, con las ropas y las sandalias para el camino, en recuerdo de la última cena en Egipto, huyendo de las tropas del Faraón.

6. Jesús había celebrado muchas veces la cena de la pascua judía. Pero aquella cena era especial: Era la Cena de despedida de sus amigos. Dice el Evangelio que Jesús quiso preparar la Última Cena con sumo cuidado; y envió a dos de sus amigos, Pedro y Juan, para disponerlo todo, porque era la noche cumbre de su amor.

Esa preparación cobra para nosotros la belleza de la liturgia: Una belleza digna, cuidada, no excesiva, pero sí necesaria. “¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser celebrado bien”, como nos recuerda el Papa Juan Pablo II, en su carta (*Mane nobiscum Domine*, 17).

A la preparación exterior, se añade la preparación interior: «Con gran deseo he querido comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer» (*Lc* 22, 15). En esa preparación interior, Jesús nos revela su corazón. Nos lo revela en la Eucaristía: el gran amor y deseo de salvarnos le lleva a vivir con ansia los momentos de su Pasión y entrega.

7. Con esta misma ansia continúa entregándose, cada día en el altar, por manos de sus sacerdotes. Hoy el Señor en la Eucaristía sigue profundamente conmo-

vido en su interior por amor a nosotros; se entrega por nosotros y nos salva. Continúa haciendo presente y actualizando, aquí y ahora, aquel momento cumbre de su ministerio, en el que, con generosidad y entrega, instituyó este memorial de su Pasión.

Para Cristo, y para nosotros también, la Última Cena ya no es la cena judía de la Pascua, en la que se comía el cordero pascual, sino la entrega del Nuevo Cordero inmolado. Las palabras y gestos de Jesús convierten en viva realidad las figuras del Antiguo Testamento; los anuncios se transforman en hechos, las sombras en realidades: “¡Tomad y comed!”; «esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía» (*1 Co* 11, 24). ¡Ésta es mi Sangre de la Alianza Nueva y Eterna...!

8. Jesús vive esta Cena con gran deseo de su corazón: El deseo eterno de Dios de salvar al hombre. Está llegando al momento culminante de su obra redentora. Él quería que el mundo ardiera con el fuego (cf. *Lc* 12,49), que había venido a prender en los corazones; él moría en deseos de recibir el bautismo de su pasión.

El Señor nos invita a unirnos a él y a participar en su mesa de amor, en el sacramento de la Eucaristía. También nos invita, como exigencia de esa participación, a dar la vida por él y por los hermanos, a ejemplo suyo: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado» (*Jn* 13,34). A ejemplo suyo, hemos de darnos a los hermanos y compartir con ellos los bienes que Dios nos otorga.

9. En esta Semana Santa, estimados hermanos, gustemos anticipadamente las primicias de la vida eterna, que el Señor nos ha regalado, por la entrega de su Cuerpo y Sangre, perpetuada en la Eucaristía. Gustemos, ya ahora, de la prenda de vida eterna, gracias a su Resurrección, porque Jesús se entrega y muere, pero resucita; su obra no termina en la cruz y el sepulcro, sino que nos abre las puertas del paraíso celeste.

Al recibir hoy la Sagrada Comunión, démosle gracias por las maravillas que su amor obró en favor nuestro, en aquella Última Cena con sus apóstoles. Démosle gracias por todas las “cenas eucarísticas” que el Señor prepara a sus hijos a lo largo de la historia, mediante las cuales alcanzamos la salvación.

Como los discípulos de Emaús, digámosle esta tarde al Señor: «*Quédate con nosotros, Señor*» (Lc 24, 29). Ellos “abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. *ibid.* 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos» (cf. *ibid.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos” (*Mane nobiscum Domine*, 1).

¡Señor Jesús, que nuestro rostro quede también iluminado por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre! ¡Danos el alimento de la Eucaristía, como viático para la vida eterna! ¡Concédenos cumplir tu mandamiento del amor fraterno en esta vida, y no permitas que nos separemos jamás de ti! Amén.

CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR DEL VIERNES SANTO

(Catedral, 25 Marzo 2005)

Lecturas: *Is* 52,13–53,12; *Hb* 4,14-16; 5,7-9; *Jn* 18,1–19,42.

Contemplar el Misterio del Amor de Dios

1. Acabamos de escuchar el relato de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, según la versión del evangelista San Juan. Meditamos su pasión, familiarizándonos con cada paso, donde el Señor nos muestra su amor y da su vida por nosotros: la condena del Inocente, la flagelación, la coronación de espinas, el camino hacia el calvario y, finalmente, la muerte en cruz.

En la celebración de esta tarde de Viernes Santo adoramos su santa Cruz, por la que nos ha redimido y salvado; comulgamos su Cuerpo y su Sangre, en los que mantiene sacramentalmente su entrega por nosotros; contemplamos a Cristo, despojado, humillado y entregado por nosotros, significado hoy en este altar desnudo. A los pies de Cristo crucificado confesamos nuestros pecados y pedimos perdón.

2. Por Jesucristo, el Sumo Sacerdote de nuestra fe, tenemos libre acceso a los cielos, que han quedado abiertos por su ofrenda de amor al Padre: «Teniendo,

pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos - Jesús, el Hijo de Dios - manten-
gamos firmes la fe que profesamos» (*Hb* 4,14), como nos dice el autor de la carta
a los Hebreos.

Dios nos ha dado un intercesor capaz de compadecerse de nuestras flaque-
zas y probado en todo exactamente igual que nosotros, excepto en el pecado (cf.
Hb 4, 15).

Cristo, aún siendo digno de ser escuchado por su actitud reverente y su
inocencia, sin embargo afrontó por nosotros el suplicio de la cruz; y obedeciendo al
Padre, consumó la entrega de sí mismo a través del sufrimiento, y nos obtuvo la
salvación eterna, a los que creemos en su nombre (cf. *Hb* 5, 7-9).

3. ¡Grande es el Misterio del Amor de Dios, que Jesucristo nos revela por
su muerte salvadora! Desde su cruz, Cristo nos invita hoy a entrar en ese misterio;
nos anima a penetrar en su corazón y en el santuario de su misericordia, para gozar
de la intimidad de su amor.

No seamos, estimados hermanos, meros espectadores de la Pasión de Cris-
to, sino contempladores activos del Misterio de amor y mensajeros convencidos,
elegidos por Él para anunciar el mensaje de su amor.

Pidamos ser robustecidos en la confesión de la fe y en la vivencia de la
caridad, para poder comprender de verdad -no sólo teórica, sino experiencialmente-
la grandeza de este amor; para que podamos comprender, como dice San Pablo en
la carta a los Efesios, «cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y
conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis
llenando hasta la total Plenitud de Dios» (*Ef* 3,18-19).

Comprendiendo la inmensidad de este amor y dejándonos llenar por él,
alcanzaremos la plenitud del conocimiento y de la caridad de Cristo, que supera
todo saber humano. Conoceremos el amor que Cristo nos tiene, y cuál debe ser
nuestro amor hacia Él. Comprenderemos que estamos llamados a vivir en ese amor,
como hijos del Padre, hermanos del Hijo Jesucristo y santificados por el Espíritu
Santo.

4. ¡Que Dios nos conceda comprender lo grande que es su amor por noso-
tros! Su amor personal por cada uno: su amor por ti y por mí. Isaías nos ha presen-

tado los sufrimientos que Jesús ha padecido por nosotros: «Despreciado y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado» (*Is 53,3-4*).

¿Quién es capaz de soportar tales sufrimientos por los demás, siendo inocente? El amor sin límites de Dios y su misericordia infinita nos han arrancado de las profundidades del mal y nos han devuelto a la vida.

5. Todos nosotros vivimos gracias a Él, que murió y resucitó por salvarnos: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor» (*Rm 14,7-8*).

¡Gocemos del amor de Dios y demos al mundo testimonio del mismo! ¡Proclamemos nuestra fe en Cristo Jesús y exponamos la razón de nuestra esperanza cristiana! ¡Explicemos a los demás el sentido de esta vida, que merece ser vivida y entregada con Cristo al Padre, a favor de nuestros hermanos! De este modo fructificará en nosotros la gracia derramada por Cristo en su cruz, y no quedará infecunda.

6. Ahora que Cristo inclina su cabeza en un último “sí” a su Padre, y entrega su Espíritu para dar la vida, quedémonos con María, nuestra Madre, aguardando en vela junto al sepulcro, en la esperanza de la resurrección.

Aprendamos de Ella a dar el mismo “sí” de Cristo, recibiendo, como Ella, su Espíritu Santo, que produzca en nosotros frutos de salvación.

¡Que en este día de Viernes Santo, en el que celebramos la Muerte del Señor, un soplo de esperanza siga dando vida al mundo! Amén.

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

(Catedral, 27 Marzo 2005)

Lecturas: *Hch* 10,34.37-43; *Col* 3,1-4; *Jn* 20,1-9.

Jesucristo Resucitado, presente en la Eucaristía

1. ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! Hoy inauguramos el tiempo de la Pascua, del paso del Señor de la muerte a la vida; tiempo de gozo y alegría, para toda la humanidad. ¡Alegrémonos con el Señor, resucitado y vivo entre nosotros! ¡La luz del Resucitado penetre en nuestros corazones y disipe las tinieblas de nuestro pecado y de nuestra ignorancia! ¡El conocimiento de Dios ilumine nuestro entendimiento y lo eleve, para que pueda conocer la sublimidad del amor de Dios!

El primer día de la semana, María Magdalena acude al sepulcro, para embalsamar con aromas el cuerpo muerto del Señor (cf. *Mc* 16,1-2), según la costumbre judía. Sin pensar remotamente en la Resurrección, se encuentra con que la piedra del sepulcro ha sido removida (cf. *Jn* 20,1). Asustada, echa a correr donde están los apóstoles les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto» (*Jn* 20, 2).

Pedro y Juan, saliendo, se encaminaron al sepulcro y entraron en él; allí vieron las vendas y el sudario, con que las que había sido amortajado su Maestro

(*Jn 20,3-7*). Entonces creyeron (*Jn 20,8*). Aquel con quien habían convivido durante unos años y habían visto morir en la cruz, había resucitado, tal como Él mismo lo había anunciado (cf. *Mt 16,21*). El sepulcro no podía retener en su podredumbre a Aquel que era el autor de la Vida.

2. Si hemos vivido con Jesús, escuchando sus palabras, aceptando su doctrina, presenciado los signos y milagros y viéndole morir en la cruz, también nosotros podremos participar en su Resurrección.

Como a los apóstoles en la Última Cena, nos ha dicho: «Si alguno me ama, mi Padre lo amará, y yo también le amaré y me manifestaré a Él» (*Jn 14, 21*). El Señor se nos presenta Resucitado a nosotros hoy y nos hace ver que está vivo y glorioso.

Él se hace presente en nuestra vida por medio de la oración y los acontecimientos de la vida cotidiana; a través de la fe y los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, que es encuentro real y privilegiado con Jesús Resucitado.

Muchos relatos de las apariciones de Jesús Resucitado, que vamos a escuchar durante este tiempo de Pascua, contienen signos y referencias que remiten a la Eucaristía.

3. Cristo es para nosotros la Vida y la Resurrección. Él se ha hecho hombre mortal, para que nosotros pudiéramos ser divinizados; como dice san Atanasio: «El hombre no podía ser divinizado permaneciendo unido a una criatura, si el Hijo no fuese verdaderamente Dios» (*Discurso II contra los Arrianos 70: PG 26, 425 B - 426 G*). Él ha consumado su obra en la cruz: «Todo está cumplido» (*Jn 19, 30*); pero Dios Padre lo ha exaltado y glorificado (cf. *Flp 2,9*).

Hoy contemplamos a Cristo Vivo y Resucitado para siempre. Sabemos, por fe, que ése será también nuestro destino en la vida eterna; pero debemos ser fieles a Él en este mundo. Si en el cielo lo podremos contemplar glorioso, cara a cara, ahora, bajo las especies del pan y del vino, lo contemplamos resucitado en la Eucaristía, aunque de forma velada y escondida.

4. Este año ha sido proclamado por el Papa Juan Pablo II de octubre a octubre “Año eucarístico”. Y él nos invita a reflexionar en la presencia real de Cristo: «*Yo estoy con vosotros todos los días*» (*Mt 28,20*). La presencia de Cristo en

la Eucaristía, según algunos teólogos y padres de la Iglesia, pone a prueba la fe del cristiano.

La Eucaristía, como nos ha dicho el Papa Juan Pablo II en su carta apostólica “*Mane nobiscum Domine*”, es “misterio de luz”, sacramento que difunde en el mundo la luz pascual de Cristo Resucitado y nos comunica la gracia de su vida eterna: “Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (*Jn 8,12*), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*», misterio de fe, por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina” (N.11).

5. Resulta significativo, hermanos, el relato del evangelista Lucas, en el que los discípulos de Emaús, que habían caminado y conversado con Cristo por el camino, sólo lo reconocieron, mientras estaban sentados a la mesa, en el sencillo gesto de la “fracción del pan”, es decir, en el gesto eucarístico que Jesús hizo durante la Última Cena (cf. *Lc 24, 30-31*).

El Papa Juan Pablo II nos recuerda: “Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones reconfortados, los signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla toda ella en el contexto dinámico de signos portadores de un mensaje denso y luminoso. De alguna manera, a través de los signos el misterio se abre a los ojos del creyente” (cf. *Mane nobiscum Domine*, 14).

Así pues, el Misterio de la vida eterna y la comunión íntima con Dios, a la que llegaremos plenamente en el cielo, se nos da ya aquí en la tierra en la Eucaristía. En este augusto sacramento Cristo Resucitado nos une a Él y nos abre las puertas del misterio de la vida trinitaria, invitándonos a pasar y a cenar juntos.

6. En esta vida terrena accedemos al misterio de la presencia de Dios por medio de la Eucaristía. En ella Cristo está realmente presente en medio de nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf. *Mt 28,20*), para comunicarnos su gracia, su vida y sus dones.

La Eucaristía es presencia por antonomasia de Cristo en medio de su Iglesia: “Porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la reali-

dad de su cuerpo y de su sangre. Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos -banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica- un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo” (*Mane nobiscum Domine*, 16).

7. En este tiempo de Pascua, estimados hijos, que hoy se abre ante nosotros, os exhorto a encontraros con Cristo Resucitado, en la escucha de su Palabra; a celebrar con esmero el Sacrificio eucarístico, participando asiduamente de él; a dar culto de adoración, digno de un Misterio tan grande, incluso fuera de la misa; a contemplar a Jesús, presente en la Eucaristía; a intensificar vuestra vida de oración; a acudir a la fuente de nuestra vida cristiana, para gozar en ella de las primicias de la Resurrección y de la vida eterna.

Quien cree que Cristo ha Resucitado y está vivo en medio de nosotros ha de ser “persona eucarística”, pues en ella está el Señor presente de modo especial. El Papa nos invita a vivir la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como “mujer eucarística”: “Más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. *María es mujer «eucarística» con toda su vida*. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio” (*Ecclesia de Eucaristía*, 53).

8. Os invito, estimados hermanos, a “eucaristizar” vuestra vida, es decir, a impregnar de Eucaristía vuestra vida, en todas sus dimensiones: personal, familiar, celebrativa, contemplativa, religiosa, social, política y laboral. La luz de Cristo Resucitado, presente en la Eucaristía, debe iluminar toda nuestra vida, en todas sus dimensiones; la vida del Resucitado debe penetrar dentro de nosotros mismos, como penetró en María. De esa misma luz y vida hemos de ser testigos los cristianos.

¡Que la Virgen María, que acompañó a Jesús en toda su vida, desde la concepción hasta la muerte, nos ayude a acompañar a su Hijo, presente entre nosotros, sobre todo en la Eucaristía!

¡Ella, que gozó de los frutos de la Resurrección, interceda por todos nosotros, para que podamos gozar también de estos mismos frutos! ¡María, mujer

eucarística, nos ayude a celebrar con gozo la “prenda de la vida eterna”, que es la Eucaristía!

9. Agradezco la participación y la colaboración de todos en la celebración solemne de esta Semana Santa. Mención especial a las Autoridades locales, que han facilitado el ordenado paso por nuestras calles de las distintas Cofradías; a éstas y a las Hermandades penitenciales, con sus miembros, que han dignificado la celebración de la Semana Santa en nuestra Ciudad; a todos los que habéis participado saliendo en la procesiones; a los que habéis contemplado las imágenes y habéis rezado ante ellas, pidiendo perdón y dando gracias a Dios; a todos los que habéis dado testimonio público de la Muerte y Resurrección del Señor.

Esta mañana, antes de la Eucaristía, hemos representado el encuentro entre Cristo resucitado y su Madre, la Virgen, simbolizados en las imágenes que tenemos delante. La Virgen de los Dolores se trueca hoy en Virgen de la alegría y de la luz. Quiero felicitar a la Cofradía, que ha vestido esta imagen tan adecuadamente para este acto, con ese manto blanco de luz y resurrección, tan sencillo y tan adaptado a la celebración.

La Virgen quedó transformada, ante su Hijo resucitado, de Virgen dolorosa, vestida de negro, en Virgen de luz y alegría, vestida de blanco. Pido al Señor que, al igual que Ella, todos y cada uno de vosotros quedéis transformados y paséis del sufrimiento, del dolor, de la muerte y del pecado, a la luz gloriosa del Resucitado, a la luz de la vida. ¡Que lo viváis así, durante este tiempo pascual!

¡Felices Pascuas a todos! ¡Que el Señor os ilumine con su luz pascual y transforme vuestra vida con su amor! Amén.

VICARÍA GENERAL

DEFUNCIONES

- En el Monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa María del Corpus Christi, en Alcalá de Henares, el día 4 de marzo de 2005, a los 86 años, falleció Sor MARÍA ELISA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD. Nació en Colunga (Oviedo). Cumplió 59 años de vida consagrada. Religiosa de grandes dotes personales, humilde, bondadosa y acogedora, fue madre Priora en 12 trienios. Descanse en paz.

ACTIVIDADES DIOCESANAS

CRÓNICA DEL ENCUENTRO-FESTIVAL DE LA CANCIÓN MISIONERA. ALCALÁ DE HENARES 12 de marzo de 2005

A partir de las 10:30 horas de la mañana comenzaron a llegar los diferentes grupos de niños y niñas de las parroquias y colegios de nuestra diócesis. El grupo Getsemaní les daba la bienvenida con sus canciones y les animaban a que disfrutasen del encuentro participando en todas las actividades que la Delegación de Infancia y Juventud les había preparado. La mañana fue intensa, los niños y niñas disfrutaban del día jugando y compartiendo su entusiasmo y alegría.

Lo más emocionante fue, cuando después de jugar, se nos invitó a todos a encontrarnos con Jesús en la Eucaristía. Fue presidida por nuestro Obispo Don Jesús y concelebrada por los sacerdotes que acudieron acompañando a sus grupos. Fue muy bonito darnos cuenta que también Jesús juega y se divierte con nosotros y de una manera especial comparte su vida con nosotros y se nos da como alimento.

Después de compartir los bocatas, a las 16:30 horas comenzó el festival. Participaron once grupos de niños y niñas de las diferentes parroquias y colegios y cuatro grupos de jóvenes. Todos nos deleitaron con sus canciones, con su puesta en escena, con sus melodías y, sobre todo, con su mensaje:

Todos somos misioneros que caminamos con Jesús para transmitir su mensaje de salvación.

Este año tuvimos una novedad muy grata para todos y es que los padres también tuvieron su encuentro que les preparó la Delegación de Pastoral Familiar. Las noticias recibidas es que se quedaron con ganas de más y que el año que viene quieren que se repita la experiencia. Al final vamos a tener que llamar al encuentro: Encuentro-Festival de la Canción Misionera de las Familias, puesto que los padres también participan, aunque habría que animarles para que también cantasen. ¿No os parece que sería interesante?

Desde aquí animamos a las familias para que también ellas preparen su canción. ¡ÁNIMO!

Damos las gracias a Cristianos sin Fronteras, a la Delegación de Infancia y Juventud, a la Delegación de Familia, a la Delegación de Misiones, al grupo Getsemaní, a los responsables del IES Antonio Machado y a todos los que han hecho posible que el Encuentro-Festival se pudiese celebrar y de una manera especial a las parroquias y colegios que han participado.

Os esperamos en el Encuentro-Festival que tendrá lugar, en el apartado de niños en Valencia los días 31 de abril y 1 de mayo y en el apartado de jóvenes en Alcalá de Henares los días 16-17 de abril.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO MARZO 2005

Día 1. Audiencias.

Día 3. Reunión de Consejo episcopal.

Día 4. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, visita el Monasterio de Carmelitas del “Corpus Christi” (Alcalá).

Día 5. Por la mañana, Visita pastoral a la parroquia de Santa Mónica (Rivas-Vaciamadrid).

Por la tarde, preside la Eucaristía con motivo del 50 Aniversario de la Hermandad de Jesús de Medinaceli (Catedral).

Día 6. Prosigue la Visita pastoral a la parroquia de Santa Mónica (Rivas-Vaciamadrid).

Días 7-10. Participa en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal.

Día 11. Por la tarde, preside la eucaristía por la víctimas del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 (Catedral).

Día 12. Por la mañana, preside la Eucaristía con motivo de la Jornada diocesana infantil y Festival de la Canción misionera, nivel diocesano (Instituto Antonio Machado-Alcalá).

Por la tarde, preside la Celebración matrimonial de Mercedes Hermoso y Esteban Ruiz (Parroquia de San Juan Evangelista - Torrejón).

Día 14. Preside un Tribunal de Cátedra en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Día 15. Audiencias.

Día 16. Por la mañana, asiste a la Conferencia de S.Em.R.Card. Antonio-M^a Rouco sobre “Iglesia, Sociedad y Comunidad política” (Hotel Ritz - Madrid).

Por la tarde, reunión con el Consejero de Cultura de la Comunidad de Madrid y reunión del Consejo diocesano de Asuntos económicos.

Día 17. Por la mañana, reunión del Consejo general de “Cáritas” diocesana y reunión del Colegio de consultores.

Por la tarde, asiste al Acto conmemorativo con motivo del IV Centenario de “El Quijote” (Palacio episcopal).

Día 18. Reunión del Consejo episcopal y reunión de la Comisión del Año Jubilar.

Día 19. Preside la eucaristía con motivo del rito de Admisión de candidatos al sacerdocio (Capilla del Palacio episcopal).

Día 20. Preside la Celebración del Domingo de Ramos (Catedral).

Día 21. Despacha asuntos en la Curia diocesana.

Día 22. Administra el sacramento de la Penitencia (Catedral).

Asiste a la representación de la Pasión (Parroquia de Santiago Apóstol-Alcalá).

Por la noche, preside el Vía-Crucis (Huerta del Palacio episcopal-Alcalá).

Día 23. Preside la Misa Crismal (Catedral) y participa en la comida con los sacerdotes (Ekumene-Alcalá).

Día 24. Preside la Misa “In Coena Domini” del Jueves Santo (Catedral) y asiste a la “Hora Santa” (Catedral).

Día 25. Preside la celebración de la Pasión del Señor, del Viernes Santo (Catedral).

Día 26. Preside la Vigilia Pascual del Sábado Santo (Catedral).

Día 27. Asiste al Encuentro de las imágenes del Resucitado y de N^aS^a de los Dolores (Pza. Santos Niños-Alcalá) y preside la Eucaristía del domingo de Pascua de Resurrección (Catedral).

Días 28-29. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

CARTA CON MOTIVO DEL DÍA DEL SEMINARIO

Queridos hermanos y amigos:

Próximo ya el día del Seminario, que este año celebraremos D.m. el domingo 13 de Marzo, nuestra Iglesia diocesana de Getafe, en comunión con todas las Iglesias de España, eleva a Dios su mirada para pedirle con fe que siga suscitando, entre nosotros, jóvenes generosos, que, respondiendo con prontitud a su llamada, estén dispuestos a servir a sus hermanos en el ministerio sacerdotal para seguir haciendo presente en el mundo a Jesucristo, Buen Pastor, que guía con amor a su Iglesia y la fortalece y alimenta con la Palabra de Dios y los sacramentos.

En este año, en que conmemoramos el ciento cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, acudimos especialmente a la Santísima Virgen y con el lema “**Generosos y entregados... como María**” la proponemos como ejemplo de fidelidad a la llamada del Señor. “*En María encuentra la Iglesia la fe íntegra, la esperanza sólida y la caridad sincera*” (LG.64). María supo entregarse con generosidad al proyecto de Dios, aun a sabiendas de que no era fácil ni entenderlo ni realizarlo. Pero su confianza en Dios fue tan grande y la gracia de Dios obró en ella tales maravillas, que toda su vida, a partir del “sí” de la Anunciación, fue una permanente ofrenda de amor al designio divino, hasta su entrega suprema al Padre junto a la cruz de Jesús, aceptando también ser la madre de todos aquellos por los que su Hijo derramaba su sangre. En María la entrega se hizo obediencia y la obediencia se convirtió en libertad para amar, como su Hijo Jesucristo, hasta dar la vida.

Hago una llamada especial a todos los jóvenes para que, llevando una vida anclada en la fe, tengan muy abiertos sus oídos a la llamada del Señor. La vocación al sacerdocio es una vocación de amor que, si bien es verdad que exige renunciaciones, llena la vida de tal plenitud y gozo que uno se siente, en su debilidad, verdaderamente agraciado por Dios por haber sido invitado por Él a una misión tan extraordinaria y apasionante.

Pido a toda la comunidad diocesana que sienta el Seminario como algo propio, muy querido y muy cuidado, ayudando a los seminaristas con sus oraciones y, en la medida en que puedan, con su colaboración material. Ellos serán un día sus pastores.

Os invito a rogar todos los días al dueño de la mies para que envíe trabajadores a recoger la abundante cosecha de nuestra querida Diócesis de Getafe.

Con mi bendición y afecto:

† Joaquín María López de Andújar
Obispo de Getafe

CANCELLERÍA-SECRETARÍA

ARCHIVERA

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

Doña Gema María Jiménez Rodríguez

Los archivos eclesiásticos tienen una gran importancia para la eficacia de la misión de la Iglesia y para la sociedad civil. Es responsabilidad del obispo diocesano que se conserven diligentemente las actas y documentos contenidos en los diferentes archivos de la Diócesis. Para cumplir la misión de archivar y custodiar los documentos en nuestra Diócesis, concurriendo en tu persona las dotes y cualidades necesarias, por las presentes te nombro,

ARCHIVERA
del Archivo de la Curia y del Archivo “histórico”

Por el tiempo de mi voluntad. En el desempeño de tu oficio actuarás en conformidad con el Vicario General y Moderador de la Curia y con el responsable último del Archivo que es el Canciller-Secretario, para velar por el cumplimiento de las disposiciones del Código de Derecho Canónico referentes a la custodia y conservación de los archivos. (Cf. cc. 486 -488).

Confío en tu experiencia y pericia en estos temas así como en tu prudencia para desempeñar dignamente el oficio que te encomiendo.

Confía, para el desempeño de este cargo pastoral en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Dado en Getafe, a 20 de abril de 2005,

Por mandato de S. E. Rvdma.

CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO PRESBITERAL 2005-2008

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

Llevadas a cabo las elecciones a las que fue convocado el Presbiterio diocesano mediante Decreto de 28 de diciembre de 2004, y nombrados a su vez, en uso de las facultades que me concede el c. 497 & 3 del Código de Derecho Canónico, los miembros de libre designación que, junto con los miembros natos, conformarán el Consejo Presbiteral, éste queda constituido del siguiente modo:

MIEMBROS NATOS:

Ilmo. Sr. D. Antonio Domínguez Galán, Vicario General y Moderador de la Curia.

Ilmo. Sr. D. José María Avendaño Perea, Vicario General.

Ilmo. Sr. D. Juan Fernández Rodríguez, Vicario Judicial.

Ilmo. Sr. D. Antonio Cano de Santayana Ortega, Vic. Episcopal de Religiosas

M. Iltre. Sr. D. Rafael Zornoza Boy, Rector del Seminario.

Rvdo. Sr. D. Guillermo Corral Peramato

Rvdo. Sr. D. José Antonio Luengo Lora

Rvdo. Sr. D. Antonio Manuel Lucero Granizo

Rvdo. Sr. D. Justo González Meda
Rvdo. Sr. D. Ernesto Luis Senovilla Velasco
Rvdo. Sr. D. Gregorio Romero Alonso
Rvdo. Sr. D. Ricardo Gómez Fernández
Rvdo. Sr. P. José Manuel Cabezón Vicente
Rvdo. Sr. D. Fermín Marcos Priego
Rvdo. Sr. D. Enrique Santayana Lozano
Rvdo. Sr. D. José Juan Lozano Carrasco
Rvdo. Sr. D. Ignacio Fernando López Ortega
Rvdo. Sr. D. Julio Rodrigo Peral

MIEMBROS ELEGIDOS:

Arciprestazgo de Alcorcón
Rvdo. Sr. D. Antonio Soler Areta
Rvdo. Sr. D. Jesús M. de las Heras Sánchez
Arciprestazgo de Aranjuez
Rvdo. Sr. D. Aurelio Carrasquilla Jerez
Arciprestazgo de Chinchón
Rvdo. Sr. D. Pedro Chaparro Barrigas
Arciprestazgo de Fuenlabrada
Rvdo. Sr. D. Andrés Calonge Berzunces
Rvdo. Sr. D. Jesús Torrecuadrada Fdez.
Arciprestazgo de Getafe
Rvdo. Sr. D. José Angel García Botello
Rvdo. Sr. D. Julián Nicolás Ortiz
Arciprestazgo de Griñón
Rvdo. Sr. D. Enrique Conde Vara
Arciprestazgo de Leganés
Rvdo. Sr. D. José María Bueno Martín
Rvdo. Sr. D. Norberto Otero López
Arciprestazgo de Móstoles
Rvdo. Sr. D. Ignacio Torres Gozalo
Rvdo. Sr. D. Juan Luis Castón López
Arciprestazgo de Navalcarnero
Rvdo. Sr. D. Manuel de Castro Martínez
Arciprestazgo de Parla
Rvdo. Sr. D. Alvaro Ojeda Gutiérrez de Tovar

Rvdo. Sr. D. Luzvino Fernández García
Arciprestazgo de San Martín de Valdeiglesias
Rvdo. Sr. D. Juan Antonio Rodríguez Beltrán
Arciprestazgo de Valdemoro
Rvdo. Sr. D. Santiago Rodrigo Ruiz
Arciprestazgo de Villaviciosa de Odón
Rvdo. Sr. D. Antonio Lizana Lago
Curia y Delegaciones
Rvdo. Sr. D. Carlos Díaz Azarola
Capellanes
Rvdo. Sr. D. Mariano Fernández González
CONFER
Rvdo. Sr. D. Alfredo Martín Gonzalez

MIEMBROS DE LIBRE DESIGNACIÓN DEL SR. OBISPO:

Rvdo. Sr. D. Inocente García de Andrés
Rvdo. Sr. D. Manuel Torres López
Rvdo. Sr. D. Gonzalo Pérez-Boccherini Stampa
Por Seminario Menor.
Rvdo. D. Manuel Vargas Cano de Santayana
Por Asociaciones de Fieles y Medios de Comunicación Social
Rvdo. Sr. D. Francisco Armenteros Montiel
Por Cáritas Diocesana.
Rvdo. Sr. D. Jesús de Santos Martín
Secretario
Ilmo. Sr. D. José Javier Romera Martínez.

Dado en Getafe a 11 de abril de 2005

Por mandato de S.E.R.



Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Karol Józef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941.

A los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela *Marcin Wadowita* de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (*Solvay*), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del «Teatro Rapsódico», también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada «Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler». Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-65), con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el Cardenal Wojtyła tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II ha realizado **104 viajes pastorales fuera de Italia**, y **146 por el interior de este país**. Además, como Obispo de Roma ha visitado **317** de las 333 **parroquias romanas**.

Entre sus documentos principales se incluyen: **14 Encíclicas**, **15 Exhortaciones apostólicas**, **11 Constituciones apostólicas** y **45 Cartas apostólicas**. El Papa también ha publicado **cinco libros**: «Cruzando el umbral de la esperanza» (octubre de 1994); «Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal» (noviembre de 1996); «Tríptico romano - Meditaciones», libro de poesías (Marzo de 2003); «¡Levantaos! ¡Vamos!» (mayo de 2004) y «Memoria y identidad» (su publicación está prevista para la primavera de 2005).

Juan Pablo II ha presidido **147 ceremonias de beatificación** -en las que ha proclamado **1338 beatos**- y **51 canonizaciones**, con un total de **482 santos**. Ha celebrado **9 consistorios**, durante los cuales ha creado **231 (+ 1 *in pectore*) Cardenales**. También ha presidido **6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio**.

Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido **15 Asambleas del Sínodo de los Obispos**: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de **17.600.100 peregrinos** han participado en las más de 1160 **Audiencias Generales que se celebran los miércoles**. Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas [más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000] y los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las **38 visitas oficiales** y las **738 audiencias o encuentros con jefes de Estado** y **246 audiencias y encuentros con Primeros Ministros**.

Fuente: Oficina de Prensa de la Santa Sede.

VIAJES APOSTÓLICOS DE JUAN PABLO II A ESPAÑA

PRIMER VIAJE APOSTÓLICO DE JUAN PABLO II A ESPAÑA
(31 de Octubre a 11 de Noviembre de 1982)

DÍA 1º: Domingo 31 de octubre.
(Madrid: Barajas, Sede de la CEE, Parroquia Ntra. Sra. de Guadalupe)

AEROPUERTO DE MADRID-BARAJAS: Discurso a las autoridades, presididas por los Reyes, a la Iglesia y al pueblo de España: «Gracias, España, Gracias, Iglesia de España».

MADRID: Visita, bendición e inauguración de la nueva sede de la Conferencia Episcopal Española en la calle Añastro de Madrid. Momento de oración en la capilla, reunión con los Obispos en el aula de la Asamblea Plenaria y discurso sobre la misión del Obispo en la Iglesia. Encuentro con los colaboradores y empleados de la Casa de la Iglesia y palabras de saludo acerca del servicio a la tarea evangelizadora en España.

MADRID: Visita a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid y presidencia de un acto eucarístico organizado por la Adoración Nocturna Española. El Papa pronuncia un discurso sobre la eucaristía, «el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Iglesia».

DÍA 2º: Lunes 1 de noviembre.
(Solemnidad de todo los Santos)
(Ávila y Alba de Tormes: Clausura del IV Centenario de la muerte de Sta. Teresa de Jesús. Salamanca: Encuentro en la Universidad Pontificia)

ÁVILA: Encuentro y alocución a las monjas y monjes de clausura reunidas en el Monasterio de la Encarnación de Ávila. El Papa habla sobre el papel primario de la vida contemplativa en la Iglesia. «Las almas contemplativas, avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino».

ÁVILA: Eucaristía concelebrada con todos los Obispos de España ante las murallas de Ávila, en la Puerta del Carmen. Pronuncia una homilía sobre Santa Teresa de Jesús, a quien define como «hija singularmente amada de la Sabiduría Divina».

ALBA DE TORMES: Celebración de la Palabra en el campo de la Dehesa. Homilía del Papa acerca de los caminos teresianos. Visita al Monasterio de Carmelitas Descalzas, donde murió y está enterrada Santa Teresa de Jesús. En su alocución realiza una evocación y una plegaria ante el sepulcro de la mística doctora de la Iglesia.

SALAMANCA: Visita a la Universidad Pontificia y encuentro con el claustro de profesores. Discurso papal sobre el papel de los teólogos en la comunión eclesial.

DÍA 3º: Martes 2 de noviembre.
(Conmemoración de los Difuntos)
(Madrid: Cementerio de la Almudena, Palacio Real, Sede de la Organización Mundial del Turismo, Nunciatura Apostólica, Plaza de Lima y Parroquia «Ntra. Sra. de Guadalupe»)

Eucaristía en el cementerio de la Almudena de Madrid. Salutación inicial.

Recepción de los Reyes de España, del Gobierno y principales autoridades de la nación en el Palacio Real. Discurso del Papa sobre el mensaje de la buena nueva y la misión de la Iglesia en la construcción de una sociedad basada en la fraternidad, la justicia y la paz. El Papa habla también de los valores de la concordia y la convivencia.

Visita a la Organización Mundial del Turismo. Discurso papal sobre el interés de la Iglesia por el fenómeno del turismo y sobre el sentido cristiano de las vacaciones.

Recepción en la Nunciatura Apostólica al Cuerpo Diplomático acreditado ante el Reino de España. Discurso papal sobre la diplomacia como arte para la paz y la justicia.

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con representantes de los empresarios de medios de comunicación social. Discurso papal sobre el servicio desde los medios de comunicación a la causa del hombre en su integridad.

Visita privada a la Familia Real Española en el Palacio de la Zarzuela, residencia oficial del Rey de España.

Misa para las familias cristianas en la plaza de Lima. Homilía del Papa sobre el matrimonio y la familia a la luz de las palabras y del sacramento de Jesucristo. Participaron más de un millón de personas.

Encuentro en la parroquia «Ntra. Sra. de Guadalupe» con religiosos y miembros de Institutos Seculares. Discurso papal sobre el seguimiento a Cristo y el servicio gozoso en santidad de vida y la grandeza de la vocación consagrada.

DÍA 4º: Miércoles 3 de noviembre.

(Madrid: Nunciatura Apostólica, Universidad Complutense, Parroquia de «San Bartolomé» de Orcasitas y Estadio «Santiago Bernabeu».)

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con la comunidad judía de España. En su saludo, el Papa habla del «culto y amor ferviente al único y verdadero Dios».

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con representantes de Confesiones cristianas no católicas. En su discurso, el Papa habla de la «solicitud por la unidad en el amor».

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con periodistas e informadores. En su saludo, Juan Pablo II habla de la «importante y delicada misión de informar».

Encuentro en el Aula Magna de la Universidad Complutense con los representantes de la Universidad, Reales Academias e investigadores. Juan Pablo II habla del diálogo entre la Iglesia y las nuevas culturas.

En el campus de la Universidad Complutense de Madrid, encuentro del Papa con los universitarios, en el que habla del «Dios que hace nuevas todas las cosas».

Eucaristía en la parroquia de «San Bartolomé», del barrio obrero de Orcasitas. Inauguración del templo. En su homilía, el Santo Padre habla de «Jesucristo, piedra angular del nuevo templo de Dios». Habla también sobre la acción pastoral a través de la parroquia y la importancia capital de ésta.

Encuentro con los jóvenes de España en el Estadio Santiago Bernabeu. Participan cerca de un millón de jóvenes, a quienes Juan Pablo II propone las bienaventuranzas como programa de lucha para vencer el mal con el bien y habla del potencial humano y cristiano de la juventud española.

DÍA 5º: Jueves 4 de noviembre.
(Fiesta onomástica del Papa)
(Guadalupe, Toledo, Segovia)

GUADALUPE: Celebración de la Palabra en la plaza del Santuario de la Virgen. Homilía sobre el drama y reto humano, social y cristiano de las migraciones.

TOLEDO: Eucaristía en el polígono industrial de esta ciudad. Es la Misa dedicada al apostolado seglar. Después, el Papa visita la Catedral Primada.

SEGOVIA: Acto en la plaza de la artillería, junto al Acueducto, en el glosa la figura de San Juan de la Cruz. Visita posterior a la Iglesia de los Carmelitas Descalzas donde se halla el sepulcro de este gran santo sobre quien Karol Wojtyła hizo su tesis doctoral.

DÍA 6º: Viernes 5 de noviembre.
(Sevilla y Granada)

SEVILLA: Misa en el Campo de la Feria y beatificación de Sor Ángela de la Cruz. Posterior visita a la Catedral hispalense.

GRANADA: Celebración de la Palabra en el Polígono de Almanjayar. Homilía sobre la educación en la fe y la catequesis.

DÍA 7º: Sábado 6 de noviembre.
(Loyola, Javier y Zaragoza)

LOYOLA: Eucaristía en el Santuario de Loyola (Guipúzcoa), cuna de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús. La celebración está dedicada a los religiosos y religiosas. En su homilía, el Santo Padre habla de la «fidelidad a Cristo y a la Iglesia en las líneas señaladas por el Concilio Vaticano II».

JAVIER: Encuentro con misioneros y misioneras e imposición del crucifijo misionero en la explanada del Castillo de Javier (Navarra). El Papa habla en su alocución de la dimensión esencialmente misionera y evangelizadora de la Iglesia. Visita posterior al Castillo de Javier, donde nació San Francisco Javier, patrón de las misiones.

ZARAGOZA: Acto mariano nacional en la plaza Eduardo Ibarra. Homilía del Papa acerca de la presencia evangelizadora de la Virgen en la España del pasado, presente y futuro. Visita a la Basílica de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza y encuentro con minusválidos y enfermos, a quienes habla del sentido cristiano del sufrimiento «con Cristo que sufre». En la plaza de la Basílica del Pilar, el Papa reza el Santo Rosario, transmitido por radio y televisión para España y todo el mundo.

DÍA 8º: Domingo 7 de noviembre.
(Montserrat y Barcelona. Jornada muy lluviosa.
Fue el único día de todo el viaje en que llovió).

MONTSERRAT: Misa del Papa en la Iglesia Monacal. Homilía en la Plaza del Monasterio sobre el sentido cristiano de la vida como peregrinación, imitando el estilo de la Madre, hacia el monte de la paz.

BARCELONA: Visita al Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. Rezo del Angelus y alocución sobre «la unidad de fe y comunión de vida en el quehacer diario de una gran ciudad» y sobre los rasgos de la familia cristiana. Visita a la Catedral de Barcelona.

BARCELONA: Encuentro en Montjuich con empresarios y trabajadores, a quienes habla del evangelio del trabajo y de la doctrina social de la Iglesia. Eucaristía vespertina en el Estadio del Nou Camp, en cuya homilía llama a los fieles a «adoptar siempre actitudes auténticamente cristianas en la vida personal y social.

DÍA 9º: Lunes 8 de noviembre.
(Valencia, Moncada, Alcira, Madrid)

VALENCIA: Encuentro con los ancianos en la plaza del Santuario de la Virgen de los Desamparados. En su discurso, el Santo Padre expresa la preocupación pastoral y el afecto de la Iglesia hacia los hombres y mujeres de la tercera edad. Posterior visita del Santuario y de la Catedral.

VALENCIA: En la Alameda, celebración eucarística con ordenación sacerdotal de 141 diáconos de toda España. Es el acto de este viaje dedicado especialmente a los sacerdotes. En su homilía, el Papa habla del ministerio sacerdotal al servicio de los hermanos y de la necesidad de que los presbíteros sean «sacerdotes de cuerpo entero». Al final de la Eucaristía, el Papa hace entrega al Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Gabino Díaz Merchán, de un mensaje a los seminaristas de España, en el que señala que se preparan a ser «futuros sacerdotes en un mundo que necesita ver huellas claras del evangelio».

MONCADA: Encuentro con los sacerdotes y seminaristas. Alocución del Papa sobre la necesidad de que estos sean «amigos fieles del amigo fiel» y de que sepan ofrecer a los hombres la salvación.

ALCIRA: Visita no programada inicialmente. Encuentro del Papa con los habitantes de la zona afectada por recientes y dramáticas inundaciones. En su saludo, Juan Pablo II expresa la cercanía y la solidaridad de la Iglesia con los que sufren.

MADRID: Encuentro con las religiosas y miembros de Institutos Seculares femeninos en el Palacio de Deportes de la capital de España. En su alocución, el Santo Padre habla del sentido de la vocación y del seguimiento cotidiano a Jesucristo.

DÍA 10º Y ÚLTIMO: Martes 9 de noviembre.
(Madrid y Santiago de Compostela)

MADRID: Encuentro con el personal de los cuerpos de seguridad y del protocolo de la Nunciatura Apostólica, en el que el Santo Padre expresa su gratitud por su servicio y contribución al buen desarrollo del viaje pontificio.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: Misa del peregrino en las instalaciones del aeropuerto de Labacolla. En la homilía, Juan Pablo II habla de que «la fe católica constituye la identidad del pueblo español». 1982 fue Año Santo Compostelano.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: En la plaza del Obradoiro, encuentro con las gentes del mar. Discurso papal sobre la dignidad del trabajo humano y la toma de conciencia de que todos estamos en la barca de Jesucristo.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: En la Catedral del Apóstol, acto europeísta. En su discurso, Juan Pablo II habló de las raíces cristianas de Europa y de su necesaria renovación espiritual y humana. Oración ante el sepulcro de Santiago.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: Acto de despedida en el aeropuerto de Labacolla con la presencia, al igual que en el acto anterior, de los Reyes de España. Discurso de despedida del Papa: «¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!».

NOTAS FINALES

- El Papa Juan Pablo II tuvo como residencia durante todos los días de su viaje apostólico a España la sede de la Nunciatura Apostólica en Madrid. Allí regresó todas las noches y de allí partió a las distintas etapas de su periplo. Era Nuncio Apostólico en España Mons. Antonio Inocenti.

- El Santo Padre se desplazó por España en un helicóptero de la Fuerza Aérea Española, pilotado habitualmente por el General Ignacio Martínez Eiroa. El coordinador de parte del Estado Español de este viaje fue el diputado Luis Apostua Palos, ex subdirector del diario «YA» de Madrid. El coordinador de parte de la

Santa Sede del viaje fue el padre jesuita Roberto Tucci. Por parte de la Conferencia Episcopal Española, los coordinadores fueron el Obispo Secretario General, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, y los dos Vicesecretarios, Monseñores José María Eguaras Iriarte y Bernardo Herráez Rubio.

- El Presidente de la Conferencia Episcopal Española durante este primer viaje del Papa era el entonces Arzobispo de Oviedo. Mons. Gabino Díaz Merchán fue elegido para este cargo, en sustitución del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, todavía Arzobispo de Madrid, en febrero de 1981, junto a Mons. José Delicado Baeza, Arzobispo de Valladolid, como Vicepresidente. Desde junio de 1982, el entonces Obispo de León, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, era el Secretario General de la CEE.

- El Jefe del Estado Español era el Rey Juan Carlos I. El Gobierno de España estaba presidido en funciones por Leopoldo Calvo Sotelo, del partido de la Unión del Centro Democrático, una vez que el 28 de octubre anterior, se celebrasen elecciones generales legislativas en España, en las que el Partido Socialista Obrero Español obtuvo una muy holgada mayoría absoluta.

- Eran Obispos de las diócesis españolas visitadas por el Papa los siguientes Prelados: Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, de Madrid; Mons. Felipe Fernández García, de Ávila; Mons. Mauro Rubio Repullés, de Salamanca; Cardenal Marcelo González Martín, de Toledo; Mons. Antonio Palenzuela Velázquez, de Segovia; Mons. José Méndez Asensio, de Granada; Mons. Carlos Amigo Vallejo, de Sevilla; Mons. José M^a Setién Alberro, de San Sebastián; Mons. José María Cirarda Lachiondo, de Pamplona y Tudela; Mons. Elías Yanes Álvarez, de Zaragoza; Cardenal Narciso Jubany Arnau, de Barcelona; Mons. Miguel Roca Cabanellas, de Valencia; y Mons. Ángel Suquía Goicoechea, de Santiago de Compostela. De esta última archidiócesis era entonces Obispo auxiliar el actual Presidente de la Conferencia Episcopal Española y Arzobispo de Madrid, Cardenal Antonio M^a Rouco Varela.

- El Santo Padre Juan Pablo II visitó un total de 18 ciudades (Madrid, Ávila, Alba de Tormes, Salamanca, Guadalupe, Toledo, Segovia, Sevilla, Granada, Loyola, Javier, Zaragoza, Montserrat, Barcelona, Valencia, Moncada, Alcira y Santiago de Compostela) pertenecientes a 11 Comunidades Autónomas: Madrid, Castilla y León, Extremadura, Castilla-La Mancha, Andalucía, País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña, Comunidad Valenciana y Galicia.

- Juan Pablo II pronunció en España un total de 57 discursos, a los que hay que añadir un mensaje previo, la alocución del Angelus en Roma del 10 de noviembre y la posterior catequesis de la audiencia general de los miércoles.

- Todos los actos del Papa fueron seguidos por miles y miles de personas. En la Misa de las Familias de la plaza de Lima de Madrid, el 2 de noviembre, y en el encuentro con los jóvenes, en el estadio Santiago Bernabéu, también en Madrid, participaron en torno a un millón de personas. Fueron los dos actos más multitudinarios. TVE transmitió en directo la práctica totalidad de este viaje papal.

- Juan Pablo II se encontró con distintos y numerosos colectivos de la Iglesia y la sociedad españolas: los Obispos, los monjes y monjas de clausura, los teólogos, las autoridades y los representantes del pueblo, los diplomáticos, los empresarios de los medios de comunicación, los periodistas e informadores, las familias, los jóvenes, los representantes del judaísmo y de otras confesiones cristianas no católicas, los universitarios, los profesores, académicos, científicos e intelectuales, los obreros, los emigrantes, los representantes de los grupos, asociaciones y movimientos de apostolado seglar, los educadores cristianos, los catequistas y los niños, los religiosos, las religiosas y los miembros de los Institutos Seculares, los misioneros y las misioneras, los enfermos y los minusválidos, los trabajadores y empresarios, agentes de la seguridad del Estado, los mayores, los sacerdotes y los seminaristas, víctimas de catástrofes naturales, los hombres y mujeres del mar, políticos vinculados con Europa y, con el turismo, y sobre todo, con el pueblo, con el pueblo de Dios que peregrina en la Iglesia Católica en España.

- La doctrina predicada por el Santo Padre durante su viaje apostólico a España y sus interpelaciones y retos constituyeron la base del Plan Pastoral que la Conferencia Episcopal Española aprobó meses después, ya en 1983, bajo el título «La visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo».

SEGUNDO VIAJE APOSTÓLICO DE JUAN PABLO II A ESPAÑA (10 a 11 de Octubre de 1984)

DÍA 1º: Miércoles 10 de octubre

Llegada del Papa Juan Pablo II al aeropuerto de Garrapinillos, en Zaragoza, a las 18 horas. Fue recibido por el Jefe del Estado, el Presidente del Gobierno

y varios de sus ministros y otras autoridades civiles, el Arzobispo de Zaragoza y los miembros de la Conferencia Episcopal Española.

A las 18,30 horas, el Santo Padre visita la Basílica de la Virgen del Pilar de Zaragoza. Ora ante la venerada imagen y saluda a padres y familiares de misioneros españoles en América Latina.

A las 19 horas, visita el Ayuntamiento de Zaragoza, donde el Alcalde le entrega la llaves de la ciudad.

Entre las 19,15 y las 20,30 horas, Celebración litúrgica en la Avda. de los Pirineos (Carretera de Huesca), en el Actur. En su alocución el Papa llama a España a ser «fiel a su historia de fe».

A las 21 horas, en el Palacio Arzobispal de Zaragoza, se encuentra con los Obispos españoles. Posteriormente, desde el balcón de la sede del Arzobispado saluda a los cientos de miles de fieles presentes en la Plaza del Pilar y que durante esa noche iban a tener una vigilia mariana de oración.

DÍA 2º: Jueves 11 de octubre

A las 8 de la mañana, el Papa Juan Pablo II vuelve a saludar a los fieles, especialmente jóvenes, presentes en la Plaza del Pilar.

A las 9,45 horas, parte en avión desde el aeropuerto de Garrapinillos de Zaragoza hacia República Dominicana. Antes, el Papa se entrevistó con el Presidente del Gobierno español.

NOTAS FINALES

- En octubre de 1984 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. El Arzobispo de Zaragoza era Mons. Elías Yanes Álvarez y el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo.

- Esta visita papal a España duró tan sólo 16 horas y tuvo a la ciudad de Zaragoza como su único destino. Se trataba de una escala querida por el Papa en el comienzo de su viaje apostólico a República Dominicana y Puerto Rico para inaugurar el novenario de años de preparación al V Centenario del descubrimiento y evangelización de América. Es obvio el simbolismo de esta escala en Zaragoza, a los pies de la Virgen del Pilar, patrona de la Hispanidad, en cuya festividad litúrgica, el 12 de octubre de 1492, fue descubierto el llamado nuevo mundo y puesto por el descubridor Cristóbal Colón bajo la cruz de Cristo.

TERCER VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA (12-17 de junio de 1993)

DÍA 1º: Sábado, 12 de junio

SEVILLA

Llegada al aeropuerto de Sevilla a media mañana, donde fue recibido por el Jefe del Estado, el Presidente del Gobierno y varios de sus ministros y otras autoridades civiles, el Arzobispo de Sevilla, los miembros de la Conferencia Episcopal Española y el Legado Pontificio al Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla, Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo (República Dominicana) y Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Palabras de saludo.

Angelus en la Plaza de la Virgen de los Reyes, sede del Arzobispado hispalense. En su alocución el Papa habló de la «eucaristía como fuente de un renovado impulso de vida cristiana».

Adoración eucarística en la Catedral de Sevilla. Homilía del Papa sobre la eucaristía y la evangelización.

En el Polideportivo Municipal de Sevilla, ordenación sacerdotal de 37 diáconos.

Homilía del Papa sobre el sacerdocio como compromiso de servicio a los hermanos.

Encuentro con los fieles, especialmente jóvenes, desde el balcón del Palac

cio Arzobispal de Sevilla.

DÍA 2º: Domingo, 13 de junio

SEVILLA Y DOS HERMANAS

Eucaristía de clausura del 45 Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla, en el Campo de la Feria. Homilía sobre la eucaristía como «compromiso de caridad sin límites» y rezo del Angelus, en cuya alocución habló de la relación entre la eucaristía y la Virgen María.

Encuentro con los delegados nacionales del 45 Congreso Eucarístico Internacional, en el Patio de Naranjos de la Catedral hispalense. Discurso del Papa sobre el Congreso Eucarístico Internacional como signo de catolicidad.

Inauguración de la obra social del Congreso Eucarístico Internacional, en la Residencia «San Rafael» de Dos Hermanas. Discurso del Papa sobre la dimensión social, caritativa y solidaria de la eucaristía.

DÍA 3º: Lunes, 14 de junio

HUELVA, LA RÁBIDA, PALOS DE LA FRONTERA, MOGUER Y EL ROCÍO

Eucaristía en la Avda. de Andalucía de Huelva. En su homilía, el Papa subrayó la necesidad de que la Iglesia en España -pastores y fieles- haga presente en medio de la sociedad los valores permanentes del evangelio.

Breve visita a los lugares colombinos de Moguer y Palos de la Frontera.

Coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros del monasVisita al Santuario de la Virgen del Rocío. En su alocución, el Santo Padre habló de la auténtica devoción a la Virgen María y de sus caminos y expresiones.

DÍA 4º: Martes, 15 de junio

MADRID

Llegada en avión al aeropuerto de Madrid-Barajas.

Traslado a la sede de la Conferencia Episcopal Española, en la calle Añastro, donde mantuvo un encuentro con los Obispos españoles, a quienes entregó un discurso sobre el anuncio incansable del evangelio, y saludo a los sacerdotes, consagrados y laicos que trabajan en la sede de la Casa de la Iglesia.

Eucaristía de dedicación y consagración de la Catedral de Ntra. Sra. de la Almudena de Madrid. En su homilía, el Santo Padre habló de una catedral, esta catedral de la Almudena, como símbolo y reto del dinamismo del pueblo de Dios.

DÍA 5º: Miércoles, 16 de junio

MADRID

En los campos de deportes del Seminario Conciliar de Madrid, encuentro con los seminaristas y sacerdotes. En su alocución, el Papa habló de la vocación sacerdotal y religiosa como don precioso de Dios al servicio de los hermanos.

En la sede de la Nunciatura Apostólica, recepción al Cuerpo Diplomático y discurso papal sobre el servicio a la gran causa común de la paz.

Visita privada al Palacio de la Zarzuela, sede del Jefe de Estado español, donde se encontró con la Familia Real.

En la plaza de Colón, eucaristía de canonización de Enrique de Ossó y Cervelló, con una asistencia superior al millón de personas. Juan Pablo II llamó a los fieles a «salir a las calles» en y con el nombre del Señor y a hacer de la hora presente, «la hora de Dios». Glosó asimismo la figura del nuevo santo y su permanente mensaje interpelador.

DÍA 6º: Jueves, 17 de junio

MADRID

A las 10 horas, acto oficial de despedida en el aeropuerto de Madrid-Barajas. «Reavivad vuestras raíces cristianas» fueron algunas de las llamadas finales del Papa.

NOTAS FINALES

- En junio de 1993 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español. Acababan de celebrarse elecciones generales en España. Resultó vencedor de las mismas el PSOE, pero sin mayoría absoluta. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. Era Presidente de la Conferencia Episcopal Española Mons. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo de Zaragoza; Vicepresidente, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, Arzobispo de Pamplona y Tudela; y Secretario General, Mons. José Sánchez González, Obispo de Sigüenza-Guadalajara, que fue el coordinador español de este nuevo viaje papal. Eran Prelados de las diócesis visitadas por el Papa Mons. Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla; Mons. Rafael González Moralejo, Obispo de Huelva; y Cardenal Ángel Suquía Goicoechea, Arzobispo de Madrid.

- Una de las principales razones de este cuarto viaje papal de Juan Pablo II a España era la clausura del 45 Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo a la ciudad de Sevilla como sede. Juan Pablo II ha presidido siempre las clausuras de los distintos Congresos Eucarísticos Internacionales celebrados en su pontificado. La celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla se enmarcaba asimismo dentro de los actos conmemorativos del V Centenario del descubrimiento y evangelización de América, obra en la que Sevilla tuvo una gran importancia.

En este contexto de las estrechas vinculaciones de nuestra Iglesia con la obra de la evangelización del llamado nuevo mundo se insertó también la visita papal a Huelva a los llamados lugares colombinos.

En Madrid, el Santo Padre, entre otros actos, dedicó y bendijo la Catedral de la Almudena y canonizó a Enrique de Ossó y Cervelló, sacerdote español del siglo XIX y fundador del Instituto de Vida Consagrada Compañía de Santa Teresa de Jesús.

CUARTO VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA

(Santiago de Compostela y Asturias, 19-21 de Agosto de 1998)

DÍA 1º: Sábado 19 de agosto.
(Santiago de Compostela)

Llegada a las 11,05 horas al aeropuerto de Labacolla de Santiago de Compostela. Discursos oficiales. Encuentro privado con el Rey de España.

Rito del peregrino, tras haber recorrido a pie el Papa y séquito los cien metros que distan entre el Convento de San Francisco y la Catedral compostelana, donde tiene lugar la liturgia de la Palabra. Discurso del Papa en el que glosó el salmo 121 («¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor!»). Asimismo, afirmó que «la ruta jacobea es paradigma de la peregrinación de la Iglesia».

En la sede del Arzobispado de Santiago de Compostela, encuentro con el Comité Organizador de la Jornada Mundial de la Juventud.

En el Seminario de San Martín Pinario, encuentro con jóvenes minusválidos. Discurso del Papa. Juan Pablo II recordó a los jóvenes minusválidos que también a ellos el Señor les envía a su viña y que el hombre que sufre es el camino de la Iglesia.

En la sede del Arzobispado compostelano, encuentro con los miembros de la Xunta de Galicia.

En el Monte del Gozo, Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud. Homilía del Papa. En ella, entre otras cosas, alentó a los jóvenes del mundo a la defensa de la familia y de la vida y a contribuir en la tarea de la nueva evangelización. «Vengo a comprometeros -dijo el Papa a los jóvenes- en la construcción de un mundo donde resplandezca la dignidad del hombre»

DÍA 2º: Domingo 20 de agosto.
(Santiago de Compostela y Oviedo)

Eucaristía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, en el Monte del Gozo. Homilía sobre el lema de la misma «Yo soy el camino, la verdad y la vida» y alocución del Angelus.

Llegada al aeropuerto de «Ranón» de Oviedo a las 13,15 horas, Saludos oficiales.

Visita a la Catedral de Oviedo y a la Cámara Santa.

Eucaristía en el aeroclub de Llanera. Homilía del Papa

DÍA 3º: Lunes 21 de agosto (Oviedo y Covadonga).

Encuentro con el Patronato de la Gruta y Real Sitio de Covadonga.

Visita a Nuestra Señora «La Santina de Covadonga» en la Santa Cueva. Plegaria ante la venerada imagen de La Santina.

Eucaristía en la plaza ante la Basílica de Covadonga. En la homilía, el Papa propone la reconquista moral de Europa desde Covadonga.

Visita privada del Santo Padre al parque natural de los Lagos de Covadonga.

A partir de las 17,20 horas, ceremonia de despedida en el aeropuerto de «Ranón» de Asturias. Encuentro privado con el Presidente del Gobierno español.

NOTAS FINALES

- En agosto de 1989 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español, con quien el Papa mantuvo una entrevista privada en el aeropuerto de Asturias. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. El Arzobispo de Santiago de Compostela era Mons. Antonio M^a Rouco Varela y el Arzobispo de Oviedo Mons. Gabino Díaz Merchán. El Presidente de la Conferencia Episcopal Española era el Cardenal Ángel Suquía Goicoechea, Arzobispo de Madrid; el Vicepresidente, Mons. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo de Zaragoza; y el Secretario General, Mons. Agustín García Gasco y Vicente, Obispo auxiliar de Madrid.

- Esta tercera visita papal a España se organizó para la clausura de la IV Jornada Mundial de la Juventud, que tuvo lugar en Santiago de Compostela. Por voluntad del Papa, se amplió a Asturias, que había sido una de las etapas pendientes tras su primer periplo apostólico a España.

- En la Jornada Mundial de la Juventud de Santiago de Compostela, la segunda que se celebraba fuera de Roma, tras la creación de las mismas, participaron cerca de un millón de jóvenes.

- La presidencia civil de los actos en Asturias corrió a cargo del Príncipe de Asturias, Felipe de Borbón.

QUINTO VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA
(3-4 de Mayo de 2003)

DÍA 1º: Sábado 3 mayo.

A las 12,00 horas, llegada del Santo Padre al aeropuerto internacional de Madrid-Barajas, donde fue recibido por Sus Majestades los Reyes, el Gobierno de la Nación y otras autoridades del Estado y de más Administraciones, el Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española y los miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Palabras de bienvenida de S.M. el Rey

Palabras de Su Santidad Juan Pablo II

A las 17,30 horas, encuentro con el Presidente del Gobierno en la Nunciatura Apostólica, en Madrid

A las 18,45 horas, encuentro con casi un millón de jóvenes en la Base Aérea de Cuatro Vientos, en Madrid.

Palabras de presentación y saludo de Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y Arzobispo de Valladolid

Palabras de Juan Pablo II a los jóvenes en el aeródromo de Cuatro Vientos.

Testimonios

- Matrimonio
- Joven disminuida física
- Seminarista
- Monja contemplativa
- Hermana de la Cruz
- La cruz en mi vida
- Joven de Madrid

DÍA 2º: Domingo 4 mayo.

A las 10, 00 horas, celebración de la Santa Misa en la Plaza de Colón de Madrid en la que fueron canonizaciones Pedro Poveda Castroverde, presbítero,

mártir, fundador de la Institución Teresiana; José María Rubio, presbítero, de la Compañía de Jesús; Genoveva Torres Morales, virgen, fundadora de las Angélicas; Ángela de la Cruz, virgen, fundadora de las hermanas de la Compañía de la Cruz; y Maravillas de Jesús, virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas.

Saludo al Santo Padre del Cardenal Antonio M^a Rouco al comienzo de la celebración Eucarística.

Homilía del Papa Juan Pablo II en la ceremonia de Colón.

Regina Coeli.

A las 13,45 horas, encuentro y comida con los cardenales de España, los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española y los cardenales y obispos del séquito Papal en la Nunciatura Apostólica.

A las 17,00 horas, encuentro con los Reyes en la Nunciatura Apostólica.

A las 18,15 horas, ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional Madrid-Barajas, desde donde, a las 18,45 horas, partió con destino a Roma.

NOTAS FINALES

- En mayo de 2003 el Gobierno de la Nación española estaba presidido por José M^a Aznar López, del Partido Popular. El Cardenal Antonio M^a Rouco Varela era el Presidente de la Conferencia Episcopal Española y Arzobispo de Madrid.

- La canonización de cinco beatos españoles fue el motivo de esta quinta y última visita de Juan Pablo II a España. El Papa aprovechó para encontrarse con casi un millón de jóvenes que desde primera hora de la mañana prepararon en la Base Aérea de Cuatro Vientos una calurosa y emotiva bienvenida al Santo Padre.

MENSAJE PÓSTUMO DEL SANTO PADRE
JUAN PABLO II

PARA EL REGINA COELI DEL DOMINGO
DE LA DIVINA MISERICORDIA

Domingo 3 de abril de 2005

Mensaje que Juan Pablo II había preparado para que fuera leído con motivo de la oración mariana del «Regina Caeli» en este Domingo de la Misericordia, Leído tras la misa en sufragio del Santo Padre en la plaza de San Pedro del Vaticano

Fue leído «con tanto honor y tanta nostalgia», «por explícita indicación» del Santo Padre, como él mismo dijo, por el arzobispo Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado, tras la celebración eucarística en sufragio por Juan Pablo II presidida por el cardenal Angelo Sodano.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el Resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y «les mostró las manos y el costado» (Juan 20, 20),

es decir, los signos de la dolorosa pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Juan 3, 16).

Este misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo «in Albis», dedicado al culto de la Divina Misericordia.

2. A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

3. La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!

HOMILÍA DEL CARDENAL RATZINGER EN EL FUNERAL POR JUAN PABLO II

Viernes 8 de abril de 2005

«Sígueme», dice Dios Resucitado a Pedro como su última palabra, a este discípulo escogido para llevar el rebaño. «Sígueme». Esta palabra de Cristo puede considerarse como la clave para comprender el mensaje que viene de la vida de nuestro difunto y amado Juan Pablo II, cuyos restos mortales colocamos hoy en la tierra como signo de inmortalidad. El corazón rebosando de tristeza, pero también de esperanza y de gratitud, de reconocimiento. Estos son los sentimientos de nuestra alma.

Hermanos y hermanas, en Cristo estáis presentes en la plaza de San Pedro, en las calles y en otros lugares de la ciudad de Roma, en estos días, como una muchedumbre silenciosa y orante. Saludo a todo el mundo cordialmente, también en nombre del Colegio Cardenalicio, deseo dirigir mi pensamiento a los jefes de Estado, de Gobierno, a las delegaciones de los distintos países. Saludo también a las autoridades y a los representantes de las iglesias y las comunidades cristianas y también de las distintas religiones. También a los arzobispos, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y también a los feligreses, futuro y esperanza de la Iglesia. Además mi saludo va a todos aquellos que en el mundo se unen a nosotros a través de la televisión, de la radio, en esta participación coral en el rito de despedida de nuestro amado Pontífice.

«Sígueme». Cuando era joven estudiante, Karol Wojtyła era entusiasta de la literatura, del teatro, de la poesía, trabajando en una planta química, rodeado por el terror nazi oyó la voz del Señor que le decía «Sígueme». En este contexto muy especial, empezó a leer libros de filosofía y de teología y luego entró en el seminario clandestino y tras la guerra pudo completar sus estudios en la Facultad Teológica de la Universidad de Cracovia. Muchas veces en sus cartas enviadas a los sacerdotes y en sus libros autobiográficos nos ha hablado de su sacerdocio, al que fue ordenado el 1 de noviembre de 1946. En estos textos interpreta su sacerdocio especialmente a partir de tres Palabras del Señor. En primer lugar: «Sois vosotros quienes me habéis escogido a mí, pero soy yo el que os ha escogido a vosotros para que vayáis y llevéis el fruto, y vuestro fruto permanezca». La segunda Palabra es: «El Buen Pastor ofrece su vida por los pequeños». Y, finalmente: «Como mi Padre me amó a mí, así, yo también os he amado a vosotros. Os quedáis en mi amor». Con estas tres Palabras vemos todo el alma de nuestro Santo Padre.

Él fue especialmente a cualquier lugar y sin cansarse, para llevar el fruto, este fruto que permanecerá. «Levantaos, vámonos», es el título de su último libro. Con estas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y de hoy. «Levantaos, y vámonos» y eso es lo que nos dice también a nosotros hoy. Él fue sacerdote hasta el final porque ha ofrecido su vida a Dios, por su rebaño y sus ovejas y por toda la familia humana en una donación humana al servicio de la Iglesia y sobre todo en las difíciles pruebas de los últimos meses. Se ha convertido así en una sola cosa con Cristo.

El Buen Pastor que ama a su rebaño, a sus ovejas, y finalmente les dice «permaneced en mi amor». El Papa que siempre ha buscado el encuentro con todo el mundo, que ha tenido capacidad de perdonar y de abrir su corazón a todo el mundo, nos dice también hoy con estas palabras de Dios: quedando en el amor de Dios aprendemos en la escuela de Dios el arte del verdadero amor, «Sígueme».

En el mes de julio de 1958, empezó para el joven sacerdote Karol Wojtyła una nueva etapa en el camino del Señor. Karol había ido, como solía hacer, con un grupo de jóvenes para pasar las vacaciones, pero llevaba consigo una carta en la que se le invitaba a presentarse al primado de Polonia, y podía adivinar el objetivo de este encuentro, su designación como obispo auxiliar de Cracovia, dejar la enseñanza académica, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar este patrimonio intelectual para conocer e interpretar el misterio de la criatura del hombre, para que se presentase en el mundo de hoy.

Karol Wojtyla aceptó, sintiendo en la llamada de la Iglesia la voz de Jesucristo. Luego se dio cuenta que es verdadera la palabra de Dios. Quien ha perdido su vida, la salvará. El Papa nunca quiso salvar su propia vida, quiso darse a sí mismo sin reservas, hasta el final, hasta el último momento.

Quiso darse a sí mismo por Cristo y también por nosotros y de esta forma pudo experimentar todo lo que había entregado a las manos de Dios y volvió nuevo, volvió a la palabra, la poesía, las cartas, una parte importantísima de su misión pastoral que ha traído nuevos aires y nueva actualidad, nueva atracción al anuncio del Evangelio, también cuando es signo de contradicción.

«Sígueme».

En octubre de 1978 el cardenal Wojtyla oye otra vez la voz del Señor, se renueva así el Evangelio que se recoge en esta celebración. Jesús le dice a Simón «¿me amas?». En la pregunta «¿Karol me amas?», el arzobispo de Cracovia contestó desde lo hondo de su corazón: «Señor, Tú lo eres todo, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero». El amor de Cristo fue la fuerza predominante para Juan Pablo II. Quien le oyó rezando, quien le oyó predicando, lo sabe, y así, gracias al arraigamiento con Cristo, pudo llevar el peso que va más allá de las fuerzas humanas, el de pastor de rebaño de Cristo y de su Iglesia Universal.

No es este el momento para hablar de los individuales contenidos de este Pontificado tan rico, pero quisiera leer dos pasajes de la liturgia de hoy en los que hay elementos céntricos de su anuncio. En la primera lectura dice San Pedro y dice el Papa también a nosotros: «en verdad me estoy dando cuenta que Dios no tiene preferencias entre los hombres, pero quien lo teme y practica la justicia, sea cual fuere la nación de su pertenencia, será aceptado por Él». Es ésta la palabra que Él mandó a los hijos de Israel llevando la nueva, a través de la paz y Jesucristo que es el Señor de todos.

En la segunda lectura de San Pablo, y con él Juan Pablo II, nos insta en voz alta: «Queridísimos hermanos, mi gozo y mi corazón permanece firme en el Señor», así como habéis aprendido con nuestro Padre el Papa.

«Sígueme».

Junto al mandato de llevar su rebaño, Cristo le anunció a Pedro su martirio. Con esta palabra, en conclusión, el Señor se refiere a otro diálogo que se

produce en la Última Cena, en donde Cristo dijo: «A dónde yo voy, vosotros no podéis ir».

De la cena a la Cruz pasa Jesús. Ahora tras la Resurrección ha llegado el momento. Llevando el rebaño de Dios, Pedro entra en el Misterio Pascual hacia la Cruz y la Resurrección. El Señor lo dice con estas palabras: «Cuando eras más joven ibas a dónde querías pero cuando se es mayor, otro te cogerá de la cintura y te llevará a dónde tú no quieras ir».

En el primer periodo de su Pontificado, el Pontífice, todavía joven y lleno de fuerzas, llegaba hasta los confines del mundo, pero luego poco a poco entró en la comunión y el sufrimiento de Cristo y ha ido entendiendo cada vez más la verdad de las palabras de que otra persona cogerá tu cintura, y precisamente en esta comunión con Dios, Jesús ha anunciado incansablemente el misterio del amor que llega hasta el final, ha interpretado para nosotros el Misterio Pascual como misterio de la Divina Misericordia. En su último libro dice, pensando en el atentado, «Cristo sufriendo por todos nosotros dio un nuevo sentido al sufrimiento, en otra dimensión, en otro orden, el orden del amor».

El Papa sufrió y amó en comunión con Cristo y, por lo tanto, el mensaje de su sufrimiento y su silencio ha sido tan elocuente y tan fecundo, Divina Misericordia. Divina Misericordia, el Santo Padre encontró el reflejo más puro de la Misericordia de Dios en la madre de Dios. Él, que había perdido a su madre cuando era muy joven, quiso muchísimo a la Madre Divina, oyó la palabra del Señor en la cruz como si le fuera expresada a él mismo, «aquí está tu madre», y la acogió dentro de su ser, «Totus Tuus», y de la madre aprendió a adecuarse a Cristo.

Para todos nosotros es inolvidable cómo, en este último Domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado ya por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico, y por última vez, dio la bendición «Urbi et Orbe». Podemos estar seguros que nuestro amado Pontífice está ahora en la ventana de la Casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, Santo Padre, bendíganos. Encomendamos tu alma a la madre de Dios, tu madre, que te guió todos los días y que te guiará aún hacia la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

TESTAMENTO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

6.3.1979

Totus tuus ego sum

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

“Velad, porque no sabéis el día en que vendrá nuestro Señor” (cf. Mt 24, 42)- estas palabras me recuerdan la última llamada, que tendrá lugar en el momento cuando el Señor lo quiera. Deseo seguirle y deseo que todo aquello que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuando sucederá, pero como en todo, también en este momento me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus Tuus. En las mismas manos maternas dejo todo y Todos aquellos con los que me ha relacionado mi vida y mi vocación. En estas Manos dejo sobre todo a la Iglesia, y también a mi Nación y a toda la humanidad. Agradezco a todos. A todos pido perdón. Pido también la oración, para que la Misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad e indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Esta lectura me ha impulsado a escribir el presente testamento.

No dejo detrás de mí ninguna propiedad de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano de las que me sirvo, pido que sean distribuidas como parezca oportuno. Que se quemem los apuntes personales. Pido que don

Estanislao, a quien agradezco su colaboración y la ayuda tan prolongada a lo largo de los años y tan comprensivo, vigile esto. Todos los demás agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón delante de Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones, que dio el Santo Padre Pablo VI (*nota marginal*: el sepulcro en la tierra, no en un sarcófago, 13.3.92).

“apud Dominum misericordia
et copiosa apud Eum redemptio”

Juan Pablo PP. II

Roma, 6.III.1979

Después de la muerte pido Santas Misas y oraciones

5.III.1990

Hoja sin fecha:

Expreso la más profunda confianza en que, a pesar de mi debilidad, el Señor me concederá toda gracia necesaria para afrontar según Su voluntad cualquier tarea, prueba y sufrimiento que quiera requerir de Su siervo, en el curso de la vida. Tengo también confianza que no permitirá jamás que, mediante alguna actitud mía: palabras, obras u omisiones, pueda traicionar mis obligaciones en esta santa Sede Petrina.

24.II- 1.III.1980

También durante estos ejercicios espirituales he reflexionado sobre la verdad del Sacerdocio de Cristo en la perspectiva del Tránsito que para cada uno de nosotros es el momento de nuestra muerte. La Resurrección de Cristo es para

nosotros signo elocuente (*añadido encima: decisivo*) de la despedida de este mundo- para nacer a otro, al mundo futuro.

He leído, pues , las anotaciones de mi testamento del último año, escrito también durante los ejercicios espirituales- las he comparado con el testamento de mi gran Predecesor y Padre Pablo VI, con aquel sublime testimonio sobre la muerte de un cristiano y de un papa- y he renovado en mi la conciencia de las cuestiones a las cuales se refiere la anotación del 6.III.1979 preparada por mi (de una manera muy provisional).

Hoy deseo agregar a esta solo esto, que cada uno debe tener presente la perspectiva de la muerte. Y debe estar listo para presentarse delante del Señor y del Juez- y al mismo tiempo Redentor y Padre. Yo también tomo en consideración esto continuamente, confiando aquel momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia- a la Madre de mi esperanza.

Los tiempos en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. Difícil y duro se ha tornado también el camino de la Iglesia, prueba característica de estos tiempos- tanto para los Fieles, como para los Pastores. En algunos Países (como por ejemplo en aquel sobre el que he leído durante los ejercicios espirituales), la Iglesia se encuentra en un periodo de persecución tal, que no es inferior a la de los primeros siglos, es más, los supera por el grado de crueldad y de odio. *Sanguis martyrum- semen christianorum*. Y además de esto- tantas personas desaparecen inocentemente, también en este País en el que vivimos...

Una vez más, deseo confiarme totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuándo y cómo debo terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral. En la vida y en la muerte *Totus tuus* mediante la Inmaculada. Aceptando desde ahora esta muerte, espero que Cristo me dé la gracia para el último tránsito, es decir la (mi) Pascua. Espero también que la haga útil para la causa más importante que busco servir: la salvación de los hombres, la salvaguardia de la familia humana, y en ella de todas las naciones y los pueblos (entre ellos me refiero también en particular a mi Patria terrena), útil para las personas que de modo particular me ha confiado, por la cuestión de la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.

No deseo añadir nada a lo escrito hace un año- solo expresar esta presteza y confianza, para la que de nuevo me han dispuesto los presentes ejercicios espirituales.

Juan Pablo II

Totus Tuus ego sum

5.III.1982

En el curso de los ejercicios espirituales de este año he leído (más veces) el texto del testamento del 6.III.1979. Aunque aún lo considero provisional (no definitivo), lo dejo en la forma en que está. No cambio (por ahora) nada, y tampoco agrego, en lo que se refiere a las disposiciones contenidas en él.

El atentado contra mi vida el 13.V.1981 de alguna manera ha confirmado la exactitud de las palabras escritas en el periodo de los ejercicios espirituales de 1980 (24.II- 1.III).

Aún más profundamente siento que me encuentro totalmente en las Manos de Dios- y me encuentro continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a Él en Su Inmaculada Madre (Totus Tuus).

Juan Pablo II

5.III.82

En relación con la última frase de mi testamento del 6.III.1979 (“sobre el lugar, el lugar del funeral, decida el colegio Cardenalicio y los Connacionales)- aclaro lo que tengo en mente: el metropolitano de Cracovia o el Consejo General del Episcopado de Polonia- al Colegio Cardenalicio pido que satisfaga en cuanto sea posible las eventuales peticiones de los nombrados arriba.

1.III.1985 (en el curso de los ejercicios espirituales)

Además- en lo que se refiere a la expresión “Colegio Cardenalicio y los Connacionales”: el “Colegio Cardenalicio” no tiene ninguna obligación de consultar

sobre este argumento a “los Connacionales; sin embargo puede hacerlo, si por algún motivo lo considera justo.

JP II

Los ejercicios espirituales del año jubilar 2000

(12-18.III)

(para el testamento)

1. Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el Primado de Polonia Card. Stefan Wyszynski me dijo: “La tarea del nuevo papa será la de introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio”. No sé si repito exactamente la frase, pero por lo menos ese era el sentido de lo que entonces escuché. Lo dijo el Hombre que ha pasado a la historia como Primado del Milenio. Un gran Primado. He sido testigo de su misión, de Su total confianza. De Sus luchas: de Su victoria. “La victoria, cuando llegue, será una victoria mediante María”- Estas palabras de su Predecesor, el Cardenal August Hlond, solía repetir-las el Primado del Milenio.

De esta manera he sido, de alguna forma, preparado para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se me presentó. En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000, es ya una realidad de hecho. La noche del 24 de diciembre de 1999 fue abierta la simbólica Puerta del Gran Jubileo en la Basílica de San Pedro, luego la de San Juan de Letrán, después de Santa María la Mayor- en año nuevo, y el día 19 de enero la Puerta de la Basílica de San Pablo Extramuros. Este último acto, dado su carácter ecuménico, ha quedado impreso en la memoria en modo muy particular.

2. En la medida en que el Año Jubilar 2000 va adelante, de día en día se cierra tras de nosotros el siglo veinte y se abre el siglo veintiuno. Según los designios de la Providencia me ha sido concedido vivir en el difícil siglo que está a punto de terminar, y ahora en el año en el que mi vida alcanza los ochenta años (“octogesima adveniens”), es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón “Nunc dimittis”.

El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado contra el Papa durante la audiencia general en la Plaza de San Pedro, la Divina Providencia me salvó de la

muerte de un modo milagroso. El que es el único Señor de la vida y de la muerte, Él mismo me ha prolongado la vida, en cierto modo me la ha dado de nuevo. Desde este momento mi vida pertenece aún más a Él. Espero que Él me ayudará a reconocer hasta cuándo debo continuar este servicio, al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando Él quiera. “En la vida y en la muerte pertenecemos al Señor... somos del Señor” (cf. Rm 14, 8). Espero también que hasta que me sea dado cumplir el servicio Petriano en la Iglesia, la Misericordia de Dios quiera prestarme las fuerzas necesarias para este servicio.

3. Como cada año durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Continúo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Aquello que entonces, y también durante los sucesivos ejercicios espirituales he añadido constituye un reflejo de la difícil y dura situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las precedentes tensiones; esto no significa que no haya traído consigo nuevos problemas y dificultades. Particularmente, sea alabada la Providencia Divina por esto, porque el periodo de la llamada “guerra fría” ha terminado sin el violento conflicto nuclear, cuyo peligro amenazaba sobre el mundo en el periodo precedente.

4. Estando en el umbral del tercer milenio “in medio Ecclesiae”, deseo todavía una vez más expresar la gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, del cual junto con toda Iglesia- y sobretodo con todo el episcopado me siento deudor. Estoy convencido que aún por largo tiempo será dado a las nuevas generaciones descubrir las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha dejado. Como obispo que ha participado en el acontecimiento conciliar del primero al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán los futuros llamados a aplicarlo. Por mi parte agradezco al eterno Pastor que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado.

“In medio Ecclesiae”... desde los primeros años del servicio episcopal- resalto que gracias al Concilio- me fue dado experimentar la fraterna comunión del Episcopado. Como sacerdote de la Archidiócesis de Cracovia había experimentado lo que era la fraterna comunión del presbiterio- el Concilio ha abierto una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡A cuántas personas debería nombrar! Probablemente el Señor Dios ha llamado a Sí a la mayoría de ellas- en cuanto a los que aún se encuentran en este

mundo, las palabras de este testamento los recuerdan, a todos y en todas partes, donde quiera que se encuentren.

En el curso de más de veinte años en los que realizo el servicio Petrino “in medio Ecclesiae” he experimentado la benévola y fecundísima colaboración de tantos Cardenales, Arzobispos y Obispos, tantos sacerdotes, también personas consagradas- Hermanos y Hermanas- en fin tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el Vicariato de la Diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Como no abrazar con grata memoria a todos los Episcopados del mundo, con los cuales me he encontrado en las sucesivas visitas “ad limina Apostolorum”! ¡Cómo no recordar también a tantos Hermanos cristianos- no católicos! ¡Y al rabino de Roma y también a los numerosos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a tantos representantes del mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

6. A medida que se acerca el límite de mi vida terrena regreso con la memoria al inicio, a mis Padres, a mi Hermano y a la Hermana (que no he conocido, porque murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a aquella ciudad de mi amor, a los de mi tiempo, compañeras y compañeros de la escuela elemental, del gimnasio, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y en seguida a la parroquia de Niegowie, a la de San Floriano de Cracovia, a la pastoral de los estudiantes, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que de modo especial me han sido confiadas por el Señor.

A todos quiero decir una sola cosa: “Dios os recompense”

“In manus Tuas, Domine, commendo spiritum meum”

A.D.

17.III.2000



BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

El cardenal Joseph Ratzinger, Papa Benedicto XVI, nació en Marktl am Inn, en la diócesis de Passau (Alemania), el 16 de abril de 1927. El padre, comisario de la gendarmería, provenía de una antigua familia de agricultores de la Baja Baviera. Pasó la adolescencia en Traunstein y fue llamado en los últimos meses de segundo conflicto mundial en los servicios auxiliares antiaéreos.

Era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional, decano del Colegio Cardenalicio.

De 1946 a 1951, año en que fue ordenado sacerdote (29 de junio) e iniciaba su actividad de profesor, estudió filosofía y teología en la universidad de Munich y en la escuela superior de Filosofía y Teología de Freising. En el año 1953 se doctora en Teología con la disertación «Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de San Agustín». Cuatro años más tarde obtenía la cátedra con su trabajo sobre «La Teología de la Historia de San Buenaventura».

Tras conseguir el encargo de Dogmática y Teología Fundamental en la escuela superior de Filosofía y Teología de Freising, prosiguió la enseñanza en Bonn, de 1959 a 1969, Münster de 1963 a 1966 y Tubinga, de 1966 a 1969. En este último año pasó a ser catedrático de Dogmática e Historia del Dogma en la Universidad de Ratisbona y vicepresidente de la misma universidad. En 1962 aportó una

notable contribución en el Concilio Vaticano II como consultor teológico del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia.

Entre sus numerosas publicaciones ocupa un lugar particular «Introducción al Cristianismo», recopilación de lecciones universitarias publicadas en 1968 sobre la profesión de fe apostólica; «Dogma y revelación» (1973), antología de ensayos, predicaciones y reflexiones, dedicadas a la pastoral. Obtuvo una notable resonancia el discurso pronunciado ante la Academia Católica bávara sobre el tema «¿Por qué sigo todavía en la Iglesia?, en la que afirmaba: «Solo es posible ser cristiano en la Iglesia y no al lado de la Iglesia». En 1985 publica «Informe sobre la fe» y en 1996 «La sal de la tierra».

El 24 de marzo de 1977, Pablo VI lo nombró arzobispo de München und Freising. El 28 de mayo sucesivo recibía la consagración episcopal. Fue el primer sacerdote diocesano que asumió después de 80 años el gobierno pastoral de la gran diócesis bávara.

Creado cardenal por el Papa Pablo VI en 1977, fue relator en la V Asamblea General del Sínodo de los Obispos (1980) sobre el tema: «Los deberes de la familia cristiana en el mundo contemporáneo» y presidente delegado de la VI Asamblea sinodal (1983) sobre «Reconciliación y penitencia en la misión de la Iglesia».

El 25 de noviembre de 1981 fue nombrado por Juan Pablo II prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional.

El 5 de abril de 1993 entró a formar parte del orden de los obispos, con el título de la Iglesia Suburbicaria de Velletri-Segni.

El 6 de noviembre de 1998 fue elegido vicedecano del colegio cardenalicio. El 30 de noviembre de 2002 el Santo Padre aprobó la elección de decano del colegio cardenalicio, realizada por los cardenales del orden de los obispos.

Fue presidente de la Comisión para la preparación del Catecismo de la Iglesia Católica, que tras seis años de trabajo (1986-1992) pudo presentar al Santo Padre el nuevo Catecismo.

El 10 de noviembre de 1999 recibió el doctorado «honoris causa» en Derecho por la Universidad italiana LUMSA

Desde el 13 de noviembre de 2000 era Académico honorario de la Pontificia Academia de las Ciencias.

Fue creado cardenal por Pablo VI en el consistorio del 27 de junio de 1977, titular de la Iglesia Suburbicaria de Velletri-Segni (5 abril 1993) y de la Iglesia Suburbicaria de Ostia (30 noviembre 2002).

Era miembro del Consejo de la II Sección de la Secretaría de Estado, de las Congregaciones para las Iglesias Orientales, para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, para los Obispos, para la Evangelización de los Pueblos, para la Educación Católica; del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y de las Pontificias Comisiones para América Latina y «Ecclesia Dei».

Nota: Biografía oficial del nuevo Papa Benedicto XVI, cardenal Joseph Ratzinger, facilitada en español por el Vatican Information Service.

BENDICIÓN URBI ET ORBI

19 de abril de 2005

El cardenal chileno Jorge Arturo Medina, como corresponde al Protodiácono, ha anunciado al pueblo romano y al mundo entero el nombre del nuevo Papa según la fórmula, pronunciada en latín, de acuerdo con el *Ordo Rituum Conclavis* (ritos del cónclave):

Os anuncio un gran gozo, tenemos Papa: el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Joseph Ratzinger, Cardenal de la Santa Romana Iglesia, quien se ha dado el nombre de Benedicto XVI.

Bendición Urbi et Orbi

Queridos hermanos y hermanas:

Después del gran Papa, Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un sencillo y humilde trabajador en la viña del Señor.

Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar con instrumentos insuficientes y sobre todo confío en vuestras oraciones.

En la alegría del Señor resucitado, confiados en su ayuda permanente, sigamos adelante. El Señor nos ayudará. María, su santísima Madre, está de nuestra parte. Gracias.

MISSA PRO ECCLESIA

PRIMER MENSAJE
DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
AL FINAL DE LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
CON LOS CARDENALES ELECTORES
EN LA CAPILLA SIXTINA

Domingo 20 de abril de 2005

Venerados hermanos cardenales;
amadísimos hermanos y hermanas en Cristo;
todos vosotros, hombres y mujeres de buena voluntad:

1. ¡Gracia y paz en abundancia a todos vosotros! (cf. *1 P* 1, 2). En mi espíritu conviven en estos momentos dos sentimientos opuestos. Por una parte, un sentimiento de incapacidad y de turbación humana por la responsabilidad con respecto a la Iglesia universal, como Sucesor del apóstol Pedro en esta Sede de Roma, que ayer me fue confiada. Por otra, siento viva en mí una profunda gratitud a Dios, que, como cantamos en la sagrada liturgia, no abandona nunca a su rebaño, sino que lo conduce a través de las vicisitudes de los tiempos, bajo la guía de los que él mismo ha escogido como vicarios de su Hijo y ha constituido pastores (cf. *Prefacio de los Apóstoles*, I).

Amadísimos hermanos, esta íntima gratitud por el don de la misericordia divina prevalece en mi corazón, a pesar de todo. Y lo considero como una gracia especial que me ha obtenido mi venerado predecesor Juan Pablo II. Me parece sentir su mano fuerte que estrecha la mía; me parece ver sus ojos sonrientes y escuchar sus palabras, dirigidas en este momento particularmente a mí: «¡No tengas miedo!».

La muerte del Santo Padre Juan Pablo II y los días sucesivos han sido para la Iglesia y para el mundo entero un tiempo extraordinario de gracia. El gran dolor por su fallecimiento y la sensación de vacío que ha dejado en todos se han mitigado gracias a la acción de Cristo resucitado, que se ha manifestado durante muchos días en la multitudinaria oleada de fe, de amor y de solidaridad espiritual que culminó en sus exequias solemnes.

Podemos decir que el funeral de Juan Pablo II fue una experiencia realmente extraordinaria, en la que, de alguna manera, se percibió el poder de Dios que, a través de su Iglesia, quiere formar con todos los pueblos una gran familia mediante la fuerza unificadora de la Verdad y del Amor (cf. *Lumen gentium*, 1). En la hora de la muerte, configurado con su Maestro y Señor, Juan Pablo II coronó su largo y fecundo pontificado, confirmando en la fe al pueblo cristiano, congregándolo en torno a sí y haciendo que toda la familia humana se sintiera más unida.

¿Cómo no sentirse apoyados por este testimonio? ¿Cómo no experimentar el impulso que brota de este acontecimiento de gracia?

2. Contra todas mis previsiones, la divina Providencia, a través del voto de los venerados padres cardenales, me ha llamado a suceder a este gran Papa. En estos momentos vuelvo a pensar en lo que sucedió en la región de Cesarea de Filipo hace dos mil años. Me parece escuchar las palabras de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», y la solemne afirmación del Señor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (...) A ti te daré las llaves del reino de los cielos» (*Mt* 16, 15-19).

¡Tú eres el Cristo! ¡Tú eres Pedro! Me parece revivir esa misma escena evangélica; yo, Sucesor de Pedro, repito con estremecimiento las estremecedoras palabras del pescador de Galilea y vuelvo a escuchar con íntima emoción la consoladora promesa del divino Maestro. Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis débiles hombros, sin duda es inmensa la fuerza divina con la que

puedo contar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18). Al escogerme como Obispo de Roma, el Señor ha querido que sea su vicario, ha querido que sea la «piedra» en la que todos puedan apoyarse con seguridad. A él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu.

Me dispongo a iniciar este ministerio peculiar, el ministerio «petrino» al servicio de la Iglesia universal, abandonándome humildemente en las manos de la Providencia de Dios. Ante todo, renuevo a Cristo mi adhesión total y confiada: «*In Te, Domine, speravi; non confundar in aeternum!*».

A vosotros, venerados hermanos cardenales, con espíritu agradecido por la confianza que me habéis manifestado, os pido que me sostengáis con la oración y con la colaboración constante, activa y sabia. A todos los hermanos en el episcopado les pido también que me acompañen con la oración y con el consejo, para que pueda ser verdaderamente el «Siervo de los siervos de Dios».

Como Pedro y los demás Apóstoles constituyeron por voluntad del Señor un único Colegio apostólico, del mismo modo el Sucesor de Pedro y los obispos, sucesores de los Apóstoles, tienen que estar muy unidos entre sí, como reafirmó con fuerza el Concilio (cf. *Lumen gentium*, 22). Esta comunión colegial, aunque sean diversas las responsabilidades y las funciones del Romano Pontífice y de los obispos, está al servicio de la Iglesia y de la unidad en la fe de todos los creyentes, de la que depende en gran medida la eficacia de la acción evangelizadora en el mundo contemporáneo.

Por tanto, quiero proseguir por esta senda, por la que han avanzado mis venerados predecesores, preocupado únicamente de proclamar al mundo entero la presencia viva de Cristo.

3. Tengo ante mis ojos, en particular, el testimonio del Papa Juan Pablo II. Deja una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que, según su doctrina y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo al futuro. Con el gran jubileo ha entrado en el nuevo milenio, llevando en las manos el Evangelio, aplicado al mundo actual a través de la autorizada relectura del concilio Vaticano II. El Papa Juan Pablo II presentó con acierto ese concilio como «brújula» para orientarse en el vasto océano del tercer milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 57-58). También en su testamento espiritual anotó: «Estoy convencido de que durante mu-

cho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado» (17.III.2000).

Por eso, también yo, al disponerme para el servicio del Sucesor de Pedro, quiero reafirmar con fuerza mi decidida voluntad de proseguir en el compromiso de aplicación del concilio Vaticano II, a ejemplo de mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia. Este año se celebrará el cuadragésimo aniversario de la clausura de la asamblea conciliar (8 de diciembre de 1965). Los documentos conciliares no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada.

4. Mi pontificado inicia, de manera particularmente significativa, mientras la Iglesia vive el Año especial dedicado a la Eucaristía. ¿Cómo no percibir en esta coincidencia providencial un elemento que debe caracterizar el ministerio al que he sido llamado? La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede menos de constituir siempre el centro y la fuente del servicio petrino que me ha sido confiado.

La Eucaristía hace presente constantemente a Cristo resucitado, que se sigue entregando a nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su Cuerpo y su Sangre. De la comunión plena con él brota cada uno de los elementos de la vida de la Iglesia, en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso de anuncio y de testimonio del Evangelio, y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños.

Por tanto, en este año se deberá celebrar de un modo singular la solemnidad del *Corpus Christi*. Además, en agosto, la Eucaristía será el centro de la Jornada mundial de la juventud en Colonia y, en octubre, de la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, cuyo tema será: «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Pido a todos que en los próximos meses intensifiquen su amor y su devoción a Jesús Eucaristía y que expresen con valentía y claridad su fe en la presencia real del Señor, sobre todo con celebraciones solemnes y correctas.

Se lo pido de manera especial a los sacerdotes, en los que pienso en este momento con gran afecto. El sacerdocio ministerial nació en el Cenáculo, junto con la Eucaristía, como tantas veces subrayó mi venerado predecesor Juan Pablo II.

«La existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística»», escribió en su última *Carta con ocasión del Jueves santo* (n. 1). A este objetivo contribuye mucho, ante todo, la devota celebración diaria del sacrificio eucarístico, centro de la vida y de la misión de todo sacerdote.

5. Alimentados y sostenidos por la Eucaristía, los católicos no pueden menos de sentirse impulsados a la plena unidad que Cristo deseó tan ardientemente en el Cenáculo. El Sucesor de Pedro sabe que tiene que hacerse cargo de modo muy particular de este supremo deseo del divino Maestro, pues a él se le ha confiado la misión de confirmar a los hermanos (cf. *Lc* 22, 32).

Por tanto, con plena conciencia, al inicio de su ministerio en la Iglesia de Roma que Pedro regó con su sangre, su actual Sucesor asume como compromiso prioritario trabajar con el máximo empeño en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los discípulos de Cristo. Esta es su voluntad y este es su apremiante deber. Es consciente de que para ello no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en el camino del ecumenismo.

El diálogo teológico es muy necesario. También es indispensable investigar las causas históricas de algunas decisiones tomadas en el pasado. Pero lo más urgente es la «purificación de la memoria», tantas veces recordada por Juan Pablo II, la única que puede disponer los espíritus para acoger la verdad plena de Cristo. Ante él, juez supremo de todo ser vivo, debe ponerse cada uno, consciente de que un día deberá rendirle cuentas de lo que ha hecho u omitido por el gran bien de la unidad plena y visible de todos sus discípulos.

El actual Sucesor de Pedro se deja interpelar en primera persona por esa exigencia y está dispuesto a hacer todo lo posible para promover la causa prioritaria del ecumenismo. Siguiendo las huellas de sus predecesores, está plenamente decidido a impulsar toda iniciativa que pueda parecer oportuna para fomentar los contactos y el entendimiento con los representantes de las diferentes Iglesias y comunidades eclesiales. Más aún, a ellos les dirige, también en esta ocasión, el saludo más cordial en Cristo, único Señor de todos.

6. En este momento, vuelvo con la memoria a la inolvidable experiencia que hemos vivido todos con ocasión de la muerte y las exequias del llorado Juan Pablo

II. En torno a sus restos mortales, depositados en la tierra desnuda, se reunieron jefes de naciones, personas de todas las clases sociales, y especialmente jóvenes, en un inolvidable abrazo de afecto y admiración. El mundo entero con confianza dirigió a él su mirada. A muchos les pareció que esa intensa participación, difundida hasta los confines del planeta por los medios de comunicación social, era como una petición común de ayuda dirigida al Papa por la humanidad actual, que, turbada por incertidumbres y temores, se plantea interrogantes sobre su futuro.

La Iglesia de hoy debe reavivar en sí misma la conciencia de su deber de volver a proponer al mundo la voz de Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn 8, 12*). Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo.

Con esta conciencia me dirijo a todos, también a los seguidores de otras religiones o a los que simplemente buscan una respuesta al interrogante fundamental de la existencia humana y todavía no la han encontrado. Me dirijo a todos con sencillez y afecto, para asegurarles que la Iglesia quiere seguir manteniendo con ellos un diálogo abierto y sincero, en busca del verdadero bien del hombre y de la sociedad.

Pido a Dios la unidad y la paz para la familia humana y reafirmo la disponibilidad de todos los católicos a colaborar en el auténtico desarrollo social, respetuoso de la dignidad de todo ser humano.

No escatimaré esfuerzos ni empeño para proseguir el prometedor diálogo entablado por mis venerados predecesores con las diferentes culturas, para que de la comprensión recíproca nazcan las condiciones de un futuro mejor para todos.

Pienso de modo especial en los jóvenes. A ellos, que fueron los interlocutores privilegiados del Papa Juan Pablo II, va mi afectuoso abrazo, a la espera de encontrarme con ellos, si Dios quiere, en Colonia, con ocasión de la próxima Jornada mundial de la juventud. Queridos jóvenes, que sois el futuro y la esperanza de la Iglesia y de la humanidad, seguiré dialogando con vosotros, escuchando vuestras expectativas para ayudaros a conocer cada vez con mayor profundidad a Cristo vivo, que es eternamente joven.

7. *Mane nobiscum, Domine!* ¡Quédate con nosotros, Señor! Esta invocación, que constituye el tema principal de la carta apostólica de Juan Pablo II para el Año de la Eucaristía, es la oración que brota de modo espontáneo de mi corazón, mientras me dispongo a iniciar el ministerio al que me ha llamado Cristo. Como Pedro, también yo le renuevo mi promesa de fidelidad incondicional. Sólo a él quiero servir dedicándome totalmente al servicio de su Iglesia.

Para poder cumplir esta promesa, invoco la materna intercesión de María santísima, en cuyas manos pongo el presente y el futuro de mi persona y de la Iglesia. Que intercedan también con su oración los santos apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos.

Con estos sentimientos, os imparto mi afectuosa bendición a vosotros, venerados hermanos cardenales, a cada uno de los que participan en este rito y a cuantos lo siguen mediante la televisión y la radio.

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
EN OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
PARA EL INICIO DEL MINISTERIO PETRINO

Domingo 24 de abril de 2005

Señor Cardenal,
venerables Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
distinguidas Autoridades y Miembros del Cuerpo diplomático,
queridos Hermanos y Hermanas:

Por tres veces nos ha acompañado en estos días tan intensos el canto de las letanías de los santos: durante los funerales de nuestro Santo Padre Juan Pablo II; con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave, y también hoy, cuando las hemos cantado de nuevo con la invocación: *Tu illum adiuva*, asiste al nuevo sucesor de San Pedro. He oído este canto orante cada vez de un modo completamente singular, como un gran consuelo. ¡Cómo nos hemos sentido abandonados tras el fallecimiento de Juan Pablo II! El Papa que durante 26 años ha sido nuestro pastor y guía en el camino a través de nuestros tiempos. Él cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio este paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios. Nosotros sabíamos que allí se esperaba su llegada.

Ahora sabemos que él está entre los suyos y se encuentra realmente en su casa. Hemos sido consolados de nuevo realizando la solemne entrada en cónclave para elegir al que Dios había escogido. ¿Cómo podíamos reconocer su nombre? ¿Cómo 115 Obispos, procedentes de todas las culturas y países, podían encontrar a quien Dios quería otorgar la misión de atar y desatar? Una vez más, lo sabíamos; sabíamos que no estamos solos, que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todo vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con los hombres. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todo nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección.

La Iglesia está viva: de este modo saludo con gran gozo y gratitud a todos vosotros que estáis aquí reunidos, venerables Hermanos Cardenales y Obispos, queridos sacerdotes, diáconos, agentes de pastoral y catequistas. Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios. Os saludo a vosotros, fieles laicos, inmersos en el gran campo de la construcción del

Reino de Dios que se expande en el mundo, en cualquier manifestación de la vida. El saludo se llena de afecto al dirigirlo también a todos los que, renacidos en el sacramento del Bautismo, aún no están en plena comunión con nosotros; y a vosotros, hermanos del pueblo hebreo, al que estamos estrechamente unidos por un gran patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las irrevocables promesas de Dios. Pienso, en fin –casi como una onda que se expande– en todos los hombres de nuestro tiempo, creyente y no creyentes.

¡Queridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. Algún rasgo de lo que considero mi tarea, la he podido exponer ya en mi mensaje del miércoles, 20 de abril; no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia. En lugar de exponer un programa, desearía más bien intentar comentar simplemente los dos signos con los que se representa litúrgicamente el inicio del Ministerio petrino; por lo demás, ambos signos reflejan también exactamente lo que se ha proclamado en las lecturas de hoy.

El primer signo es el palio, tejido de lana pura, que se me pone sobre los hombros. Este signo antiquísimo, que los Obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica –quizás a veces de manera dolorosa– y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente Él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia. En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad –todos nosotros– es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para

ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud. El símbolo del cordero tiene todavía otro aspecto. Era costumbre en el antiguo Oriente que los reyes se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Era una imagen de su poder, una imagen cínica: para ellos, los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer a su agrado. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados. Precisamente así se revela Él como el verdadero pastor: “Yo soy el buen pastor [...]. Yo doy mi vida por las ovejas”, dice Jesús de sí mismo (*Jn* 10, 14s.). No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. “Apacienta mis ovejas”, dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacientar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir.

Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento. Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

El segundo signo con el cual la liturgia de hoy representa el comienzo del Ministerio petrino es la entrega del anillo del pescador. La llamada de Pedro a ser pastor, que hemos oído en el Evangelio, viene después de la narración de una pesca abundante; después de una noche en la que echaron las redes sin éxito, los discípulos vieron en la orilla al Señor resucitado. Él les manda volver a pescar otra vez, y he aquí que la red se llena tanto que no tenían fuerzas para sacarla; había 153 peces grandes y, “aunque eran tantos, no se rompió la red” (*Jn 21, 11*). Este relato al final del camino terrenal de Jesús con sus discípulos, se corresponde con uno del principio: tampoco entonces los discípulos habían pescado nada durante toda la noche; también entonces Jesús invitó a Simón a remar mar adentro. Y Simón, que todavía no se llamaba Pedro, dio aquella admirable respuesta: “Maestro, por tu palabra echaré las redes”. Se le confió entonces la misión: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres” (*Lc 5, 1.11*). También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el

fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Quisiera ahora destacar todavía una cosa: tanto en la imagen del pastor como en la del pescador, emerge de manera muy explícita la llamada a la unidad. “Tengo , además, otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor” (*Jn 10, 16*), dice Jesús al final del discurso del buen pastor. Y el relato de los 153 peces grandes termina con la gozosa constatación: “Y aunque eran tantos, no se rompió la red” (*Jn 21, 11*). ¡Ay de mí, Señor amado! ahora la red se ha roto, quisiéramos decir doloridos. Pero no, ¡no debemos estar tristes! Alegrémonos por tu promesa que no defrauda y hagamos todo lo posible para recorrer el camino hacia la unidad que tú has prometido. Hagamos memoria de ella en la oración al Señor, como mendigos; sí, Señor, acuérdate de lo que prometiste. ¡Haz que seamos un solo pastor y una sola grey! ¡No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –

absolutamente nada— de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén.



Conferencia Episcopal Española

NOTA DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA TRAS LA MUERTE DE JUAN PABLO II

Madrid, 2 de abril de 2005

El Nuncio Apostólico en España, Mons. Manuel Monteiro de Castro, profundamente apenado, se apresura a comunicar al pueblo español, que en el día de hoy a las 21:37 horas ha fallecido piadosamente el Santo Padre.

El Nuncio Apostólico se une a las plegarias de la Iglesia Universal, muy especialmente a la de sus hermanos en el Episcopado y a la del querido pueblo español, tan amado por Juan Pablo II, pidiendo al Señor por el eterno descanso del Sumo Pontífice.

El Nuncio Apostólico aprovecha la ocasión para reiterarles fraternales saludos en el Señor.

CARTA AL CARDENAL CAMARLENGO

Madrid, 2 de abril de 2005

Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Eduardo Martínez Somalo
Cardenal Camarlengo de la Santa Iglesia Romana
CIUDAD DEL VATICANO

Eminencia:

Al conocer la triste noticia de la muerte de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en nombre de todos los Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española, en el de nuestros colaboradores de esta Casa y en el nuestro propio, deseamos expresar a V. E. la honda pena que nos embarga y nuestros sentimientos de amor y adhesión a la Sede del Sucesor de Pedro en estos momentos de dolor para toda la Iglesia Católica.

Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al Pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad. Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y su enfermedad. Hoy los católicos de todo el

mundo, gracias a su ministerio, nos sentimos más firmes en la fe en Jesucristo, más animados por la esperanza de la Gloria y más resueltos a la caridad que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Los católicos de España nunca olvidaremos a Juan Pablo II, el primer Papa que ha venido a visitarnos y nos ha lanzado, como en los mejores tiempos, a los caminos de la santidad.

Señor Cardenal, unimos nuestras oraciones a las de todos los pastores y fieles católicos dispersos por el mundo, para agradecer al Padre de las misericordias la vida y el servicio de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Encomendamos al Señor al siervo bueno y fiel. Él sabrá premiarle como sólo Él puede hacerlo. La Madre del Redentor, a la que tanto quiso y de la que tanto y tan hermosamente habló y enseñó en este mundo, le habrá conducido ya al abrazo eterno de su Hijo.

No queremos dejar de decirle, señor Cardenal, que confiamos plenamente en que Jesucristo, vivo en su Iglesia, seguirá pastoreando a su Pueblo, por medio de otro Pastor según su Corazón, como lo ha hecho por medio de los grandes papas del siglo XX y, en particular, por medio de nuestro muy querido Juan Pablo II.

De Vuestra Eminencia afectísimos en el Señor,

† Ricardo Blázquez Pérez
Obispo de Bilbao
Presidente de la CEE

Juan Antonio Martínez Camino
Secretario General de la CEE

MENSAJE DEL COMITÉ EJECUTIVO TRAS LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO II

Madrid, 11 de abril de 2005

Todos los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, junto con otros muchos hermanos en el episcopado de nuestra Conferencia y del mundo entero, hemos asistido en Roma a los funerales por Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Nos hemos unido así al dolor y a la esperanza de la Iglesia y de la Humanidad, que se hicieron presentes en la Plaza de San Pedro de un modo nunca visto hasta ahora a través de numerosísimas representaciones oficiales y de millones de peregrinos, sobre todo jóvenes. Hemos vuelto humanamente impresionados y espiritualmente confortados; con el alma llena de gratitud a Dios por el inmenso regalo que han sido la persona y el servicio de Juan Pablo II.

El Papa ha muerto con fama de santo. En los últimos meses de su vida hemos visto cómo el hombre que había comenzado su pontificado con una vitalidad extraordinaria había ido perdiendo las fuerzas físicas y cómo el pregonero universal del Evangelio se había quedado incluso sin aquella voz fuerte y bella con la que durante años había hecho resonar por todo el mundo las palabras mismas de Jesucristo: “¡No tengáis miedo!”. Juan Pablo II murió anunciando el Evangelio de la Vida con la elocuencia suprema de la propia vida entregada hasta su último aliento al Señor y a su Iglesia. Fue su último gran servicio a la Humanidad. Fue la última verificación de su fama de hombre de Dios.

A lo largo de sus veintiséis años de ministerio, Juan Pablo II desplegó una actividad apostólica inmensa. Su testamento espiritual nos confirma que centró su misión en lo que constituye el corazón de la obra evangelizadora de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para la salvación de todos. El Gran Jubileo de la Encarnación, en el año 2000, constituyó la ocasión providencial que orientó el ministerio del Papa en este sentido. Al mismo tiempo, Juan Pablo II llevó adelante con múltiples iniciativas y hondo discernimiento la aplicación del Concilio Vaticano II, acontecimiento eclesial que él entendía como “un nuevo adviento” que propiciaría una renovada presencia viva de Cristo, Luz de los pueblos. Sus cinco visitas apostólicas a España han supuesto para nuestras Iglesias un impulso decisivo en la verdadera renovación conciliar. España evangelizada podrá ser así también evangelizadora, como el Papa deseaba.

Al proclamar tantos santos y beatos, muchos de ellos contemporáneos y compatriotas nuestros, entre ellos, significativamente tantos mártires del siglo XX de todas partes del mundo, Juan Pablo II nos ha recordado a obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos que la santidad es posible para todos y que es necesario aspirar a ella con determinación por los distintos caminos de seguimiento del Señor en fidelidad a las diversas vocaciones y misiones que enriquecen a la Iglesia. El mundo necesita santos. Podemos decir que lo hemos visto estos días de manera especial. Recogemos el desafío y la invitación que para todos supone la palabra y la vida de Juan Pablo II. Descanse en paz.

A la intercesión de María, la Madre del Redentor, que permanecía en oración con los apóstoles tras la resurrección del Señor, encomendamos a la Iglesia en estos momentos y, en particular, la elección del nuevo Papa. Bajo su protección materna, miramos con confianza al futuro.

COMUNICADO DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA

Madrid, 19 de abril de 2005

Mons. Manuel Monterior de Castro,
Nuncio Apostólico en España

El Nuncio Apostólico en España, Mons. Manuel Monteiro de Castro, con profundo gozo, se apresura a comunicar al pueblo español que, en la tarde de hoy, ha sido elegido Sumo Pontífice el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Joseph Ratzinger, quien ha asumido el nombre de Benedicto XVI.

Nacido en Marktl am Inn, diócesis de Nassau, Alemania, el 16 de abril de 1927. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951, nombrado Arzobispo de Muiinchen und Freising y Consagrado Obispo el 28 de mayo de 1977. Creado Cardenal en el Consistorio del 27 de junio de 1977.

El Nuncio Apostólico aprovecha la ocasión para reiterarles fraternales saludos en el Señor.

COMUNICADO DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA

Madrid, 19 de abril de 2005

Mons. Manuel Monterior de Castro,
Nuncio Apostólico en España

El Nuncio Apostólico en España, Mons. Manuel Monteiro de Castro, con profundo gozo, se apresura a comunicar al pueblo español que, en la tarde de hoy, ha sido elegido Sumo Pontífice el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Joseph Ratzinger, quien ha asumido el nombre de Benedicto XVI.

Nacido en Marktl am Inn, diócesis de Nassau, Alemania, el 16 de abril de 1927. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951, nombrado Arzobispo de Muiinchen und Freising y Consagrado Obispo el 28 de mayo de 1977. Creado Cardenal en el Consistorio del 27 de junio de 1977.

El Nuncio Apostólico aprovecha la ocasión para reiterarles fraternales saludos en el Señor.

